

Ruinas de Humo

Eduardo Toral





“Luz, más Luz”, Johann Wolfgang Goethe

Epiblogo

Estos retazos inconclusos de entrevistas y esta descosida colección de apuntes a lápiz manuscritos en cuatro tipos diferentes de papel, nunca se llegaron a publicar en ninguna revista porque una sobredosis de cocaína en mal estado fulminó la vida de mi esposa Márbara y de camino el consolidado prestigio de MMM. Ocurrió este concluyente hecho en un chiscón de Vicálvaro, donde un centenar de enfermos terminales sin recursos boqueaban gratis sus últimas fumaradas de autoestima acunados en los brazos de unos desinteresados voluntarios especializados en triturar memorias.

Quienes deseen adentrarse en profundidades televisivas desde una óptica ajena a lo académico encontrarán en estas páginas una figurativa reflexión a salvo del aguacero.

Reservados todos los derechos
© Eduardo Toral Calvo, 2017
© Editorial El Ángel, SL, 2017
www.elangel.es
info@elangel.es
ISBN: 9788494587580



Pánta rei. ¿Pero es imposible caer mas alto?.

SOY EL OJO INDISCRETO DE DIOS: UN ECLIPSE, una televisión nómada, errante, ambulante y vagabunda... Una televisión de sueños digitales y analógicos celestes y terrestres. Estoy en todas partes y esto no es una revolución cargando sus deposiciones sobre la televisión convencional, es una evolución divina producto de una sobresaliente maniobra de progreso que altera los espacios de influencia sobre la opinión pública y un vocacional llamado a la emisión de nuevos espacios para nuevas audiencias. Ya no podemos observar el cielo, nos lo han de retransmitir para que no quedemos ciegos. Un omnipresente escrutador ojo orwelliano que todo lo ve en cuya pupila caben todas las nuevas imágenes inéditas imaginadas para no dejar de parpadear en el futuro nos hace el favor de no obligarnos a levantar la cabeza. Una televisión felizmente aliada con el teléfono, con el ordenador y con la mente. "Lo veo todo" no es ya un -claim- publicitario tópico, es más un incuestionable lema que transmite la cosmología de trabajo en mi forma de mirar. Y cuando te miro... ¡Qué bien te veo! Te tapa la luna y ya no existe ni un minúsculo asunto invisible. Todo está dispuesto para dejarse contemplar con detenimiento: ¡¡¡¡Conéctate y mira!!!! (Que nadie olvide que la más excelente de las ventajas de ser dios es la clarividencia). Todo lo vislumbro con una perspicacia fuera de cuestión desde la transparencia más pura y extraordinaria. Puedo viajar al interior de lo insondable cuando me apetece y observar lo conocido desde el privilegio de la absoluta totalidad de los ángulos. ¿No es maravilloso? ¿No soy el paradigma y la envidia de esos pasmados ojitos de cristal que intentan ser simples espejuelos graduados que el mundo adapta a su nariz para observar su decrepitud con mejor detalle?. Camino sin desmayo hacia una luz cegadora. Soy una televisión nómada sin ambliopías, sin miopías y sin legañas. Soy tu tercer ojo catódico: el que te hace suponer que todo es menos verdadero que tu oscuridad interior.

El delirante showrunner de programas televisivos Manuel Monterde Milano, -el padre que nunca lloró-, había probado también la incierta aventura de escribir sobre sí mismo: “Un general sin guerras que odiaba el uniforme y amaba a Baudelaire. Un animoso cabronazo al que ni la más severa derrota se atrevería a bajarle los humos”. Este primer documento a investigar era un pensamiento para endogámicos profesionales del embotronamiento mediático que Márbara leyó digitalizado en el iPad, mientras vigilaba de reojo a su bebida de cinco meses en el fresco jardín del adosado. Los regarabateados papeles de un desvencijado anciano que paseó su fama por los platós como falsario creativo ni la impresionaban ni la emocionaban más allá de su dudoso contenido literario. Pero la curiosidad, ese animal transparente que se cuele sin vergüenzas por las costuras del alma, alimenta su voracidad con una dieta simple compuesta básicamente por aburrimientos y hastíos, circunstanciales, enseres vitales de los que Márbara y sus treinta años andaban más que sobrados. Se derramaba a borbotones la primavera con la violencia que sucede a un marzo muy lluvioso y los pájaros se cortejaban en las rectilíneas mutiladas ramas de las arizónicas del vecindario. Márbara sopesó por primera vez en ese hermoso día la posibilidad de dedicar su tiempo libre a ese empeño de rescatar los arcanos escritos de su padre “a todo vapor”.

¿Cuántas vidas y cuántos videos tuve que recorrer hasta llegar a ti?.

Enfurecido se derrumbó en el sillón y se dedicó a hacer tiempo entre voluta y voluta, entre pausa y pausa, entre perezosos sueños. Así permaneció durante cuatro calurosos días envuelto en aromas de hoja criolla. Absorto en aquella maldita fotografía en la que el tiempo había sudado con saña borrando sombras y luces. Sus ojos se habían tintado de esa amarilla y pálida humedad que clarea la pupila como si un huevo frito se pasara de tiempo sin terminar nunca de carbonizarse. Nicotínicos severos. Así una eternidad tras otra, sin descanso. Y en momentos de lucidez reconocer su cara. Ese sutil delirio donde ella, como bailando un bolero, pistola en mano, avanzaba hacia él sin piedad y tras dispararle en la frente sin parpadear, soplabla en sus labios un dulzón sabor a final de culebrón caribeño.

Márbara, educada en las excentricidades del maldito MMM que le regaló ese sugerente nombre “con sabor a sal y a catalejo”, no pensó en ese momento que la alborotada vida de su progenitor podría depararle una

temporada de insomnios frente al ordenador y trasladó todo su interés a la observación complaciente del ansia con el que nuestra hija daba cuenta del biberón de cereales. Pero, como el viento y las nubes de ese mar salado que la habitaba, volvía a su cabeza una irritada metáfora de la nicotina haciendo su trabajo en favor de la adicción y de la autodestrucción al igual que la televisión - sofronizando la cotidianidad de la vida -. Sin ella darse cuenta, se había prendido una fogata en su interior que hacía arder el interés por descifrar y reivindicar el oscuro lado inexplorado de su padre y que no se apagaría hasta tener completado una especie de ensayo periodístico sobre la difusa peripezia del mercenario de la televisión que él gustaba de llamar pública, dando un sonsonete a la palabra que la confinaba en resonancias y tufos de puta barata. Le vino de pronto a la cabeza, mientras arropaba con primor a la niña, una sugerente frase de Sábato que se había tatuado en la retina de los recuerdos de etapa universitaria: «El estar monótonamente sentado frente a la televisión anestesia la sensibilidad, hace lerda la mente y perjudica el alma». Desde que la leyó nunca había permanecido más de media hora seguida frente al tentador electrodoméstico que ocupaba un lugar preferente en nuestra -sala de estar-. Ni siquiera en las películas. Ese espíritu rebelde contra un medio idiotizador sería una buena idea fuerza para un texto de investigación sobre ese cadáver viviente que babeaba sin descanso en el sofá con sus ojos ciegos disipados sobre cualquier pared y al que ella aludía como “MMM: en el espíritu de la golosina”. No sabía, no recordaba o no le interesaba si ese inerte y pasivo pedazo de carne había llegado a ejercer de padre con ella un solo día. Si lo había hecho sería circunstancialmente y sin tomar en cuenta la responsabilidad que eso representa en una sociedad como la nuestra donde se le supone a un progenitor el cariño y la ejemplaridad. MMM siempre se comportó como si hubiera olvidado el trato materno y paterno de su niñez y mantuvo con su familia una espesa distancia que se fue escurriendo entre los dedazos del tiempo hasta convertirse en la seca, áspera y gruesa piel del guante de un mundo con vida propia ajeno a cualquier normal caricia de la convivencia.

Vivíamos en su presencia inerte un mundo tosco y despegado que no se correspondía con nuestros sentimientos y que era tan distante como inspirador. Márbara cambió el pañal a la niña en una rutina sin ascos. Estaba humedecido y un poco amarillo. No había caquitas. La bebida que gimoteaba sin motivo, con dos sencillas y expertas caricias de Márbara, volvió a su redondo rostro la sonrisa bobalicona de quien percibe el cariño sincero derrochado a manos llenas y por un momento el aire del planeta tierra se llenó de esa mezcla de Nenuco y cagada que los humanos relacionamos sin titubear con el tierno amor a nuestros cachorros. Márbara había



heredado de su madre el don de la sencilla elegancia y el dominio perfecto sobre las emociones de los niños. La abuela Pepa, que solo dominaba esas innecesarias fundas para las emociones, fue una pésima madre ejemplar y una ejemplar pésima esposa. Tras hacer la vida imposible al disparatado MMM y perder la relación, su estupidez la impidió el intento de recomponer la familia. MMM una vez perdido el sosiego familiar, el amor y el respeto, engordó su escasa afición a lo doméstico con divertidos viajes a los brazos de coyunturales jóvenes amantes que se sentían atraídas por su fama de caballero, sus reconocidas dotes amatorias y su alegre billetera.

Enredada frágilmente en este torbellino de reiteradas reflexiones que importunaban su estudiada y comprometida banalidad, Márbara se miró reflejada en la cristalera y contempló entre la melancolía y la ansiedad esa verdad a medias que casi siempre devuelven los espejos. Tenía treinta años muy mal cumplidos. Realmente, pese a las incipientes ojeras violáceas aparentaba estar en la flor capicúa de los veintidós. -Un cielo grande cabe en un infierno de andar por casa-. La niña estaba dormida. El reino celestial comenzaba a desnudarse. ¿El azul es propiedad de los gorriones? -El firmamento solo es el lugar más azul de la tierra-. La niña estaba dormida. Unos suaves rayos de sol se colaron entre las blancas nubes y la capota azul del cochecito le proveía sombra unos centímetros por debajo de los ojos cerrados. El castaño cabello de Márbara, siempre tan bien cepillado y tan lustroso, se mecía con la brisa y en momentos se le enredaba en las bien perfiladas cejas y en las enrimeladas pestañas sin dejarla leer con comodidad. Entonces ella se pasaba los largos dedos abiertos desde la frente a la nuca y era como si remitiera todos sus pensamientos a la espalda y los estrellara afectuosamente contra la blanca pared a la espera de algún milagro lluvioso de abril que los regara de viajeras gotas de rocío tan cursis como ella. En el momento que se detenían, abatidos por la brisa, ella retomaba las líneas de lectura justo en la frase donde había dejado descansar su mirada. Y como decía la abuela Pepa “se los atusaba” agitada y descuidadamente.

Dos años después, en la página final de un periódico de la Comunidad Castellano-Manchega se publicaba la entrevista que transcribimos. En la fotografía Márbara mostraba un perfil casi de espaldas a cámara mientras observaba un membrillo al atardecer. El tono mieloso nos recordaba aquella moda de color que impuso un tiempo “El espíritu de la colmena”, la fantástica película de Erice que nos reconcilió con ese ánimo todopoderoso del destino al que obedecemos ciegamente como abejas y que rubrica testimonialmente la esencia de nuestros aciertos y nuestros fracasos de “ovejas” cuando como en “La vida es sueño” no somos capaces de distinguir con claridad entre realidad y ficción. Así, en respuestas con

poco brillo, segismundeamos nuestras interioridades para satisfacer la frívola confundida curiosidad de los desconocidos.

“La vida de perfil” - (entrevista)

--¿En qué oscura galería del alma viaja tu pasado y a que frenética velocidad lo hace?—No recuerdo si quise hacerle esa pregunta a sabiendas de que no me respondería o no me atreví por falta de seguridad en la franqueza de la respuesta. El perfil horizontal de MARABARA MIRA, (MARBARA MONTERDE PEREZ), (--EPIBLOGO--. Editorial Visión), tiene unas atractivas curvas que al llegar al pecho se convierten en retadoras cimas para escaladores de alto riesgo.

M.-De niña me sentía incomoda con las proporciones de mis tetas pero con el tiempo las tomé afecto.

P.- ¿Todas las mujeres son deseables o solo algunas?

M.- Nacer trofeo de caza es una incómoda cruz. Las mujeres no deseadas son más libres para ejercer su sexualidad. En el grupo de “las algunas” se sobrevive al empujón. Una mujer deseada en exceso es el blanco perfecto de las iras de aquellas que no consiguen entrar en el punto de mira de los cazadores interesantes. Los machos de ocasión son aficionados con muy poca puntería.

P.- ¿Es preferible un amor imposible o un amor loco?

M.-Lo mejor es un amor de cristal. La dureza, la fragilidad y la transparencia son sus virtudes más ambicionadas. Un amor imposible es una temeridad ridícula de sostener y un amor loco tan solo es soportable en la adolescencia.

P.- ¿El tamaño importa?

M.-El tamaño importa sensaciones y exporta impresiones. La impresión que produce una sensación es producto de nuestras experiencias anteriores.

P.- ¿Cuándo pisa un charco le gusta que salpique o prefiere humedecerse usted sola?

M.-He aprendido a nadar las trampas de la vida de espalda y sin chapotear

en exceso.

P.- ¿Qué es para usted el miedo?

M.-Tener números rojos en el alma, que es deber demasiado a los demás.

P.- ¿Una mariposa es más bella que una araña?

M.-El hecho extraordinario del vuelo hace que la mariposa sea más preciosa como animal, pero los peligros de la picadura de una araña son un apasionante riesgo que la belleza hila alrededor de la curiosidad. Me quedo con la belleza de la araña. Odio ser mansa.

P.- ¿Escribir un libro es desnudarse?

M.-No. Es vestir de voces el impulso de compartir y a la vez lavarse el alma con lejía.

P.- ¿Cuándo se sintió la mujer más desgraciada del mundo?

M.-El día que descubrí mi primera cana.

P.- ¿Cuándo se sintió la mujer más feliz del mundo?

M.-El mismo día .Cuando me la arranqué.

P.- ¿Si le doy las gracias por su tiempo, usted que me da a cambio?

M.-Un beso, un adiós y un consejo: Cámbiese de acera. Aproveche para recordar a sus lectores que las cámaras de vigilancia nos acechan por las calles y que somos los peores actores de su peor televisión.

MARABARA MIRA es una montaña rota por el furioso rayo de una tempestad catódica que nunca cesó. Su libro es una cesta de hojas caídas de cualquier árbol con bastante más de -cien años de soledad-.

¿Alguien lo habrá leído?

Mi hermana Malena siempre fue la rarita de la casa. También la más guapa. Cuando mi madre perdió a mi padre tras echarle a coces de su convulso corazón y ponerle las maletas en el descansillo de la escalera del cuarto piso sin ascensor donde vivíamos, intentó vivir con él durante un tiempo. Decía que se lo debía a si misma tras la hogareña devastación sucedida y para no sentirse piedra en el camino. Yo nunca entendí ese razonamiento absurdo: las ruinas son el humo de lo que fue hoguera y ella pretendía ser manguera de bombero donde ni rescoldo quedaba. La peor decisión de su vida, me reconoció entre lágrimas un mes y medio después. Fue testigo de varias orgias de azafatas, participó en una detención policial en la que se intervinieron 160 gramos de coca, protagonizó la portada de una revista del corazón donde se la confundió con la compañera sentimental de una famosa presentadora y se enamoró sofocantemente de Antonio Pernas un colaborador becario de papá que resulto ser gay y portador de VIH. Afortunadamente el muchacho se lo confesó en una borrachera colectiva donde ella pretendía consumir su tórrida fascinación con un memorable revolcón. Mi pobre hermana huyó espantada de la casa de mi padre con el estómago hecho girones, litro y medio de lágrimas “premium” empapando diez paquetones de Clinex y una maletita en la que además de dos bragas, un sostén y un cepillo de dientes, dormían un fleje de desordenados folios manuscritos, que una vez ordenados constituyen el esqueleto narrativo de este libro. El resto de su equipaje quedó allí: su enfermizo positivismo, los tres vestidos de marca, las deportivas de correr maratones, las gafas RayBan que siempre la ayudaron a pintar de otro color su diminuto universo de maravillas y esa cajita de ibuprofeno que navegaba permanentemente por sus bolsillos buscando fondeaderos seguros. A Malena le costaba un disgusto diario en aquella época abandonar las sabanas de la cama porque ningún estímulo contrario al aislamiento se albergaba confortablemente en su descuartizado corazón. La indecisión era su bandera y mi ilusión, -que la acompañaba sin despeinarse-, era mutar a buena la inútil arquitectura social de ese absurdo mundo-reality sin cámaras que fue nuestra infancia. ¡Sapere aude! ¡Atrévete a saber! Le susurraba cada mañana para despertarla a otro mundo más acogedor. Esta turbadora frase se hizo célebre por un ingenioso texto de Kant («¿Qué es la ilustración?»), y este la había hallado dormida en una carta del poeta Horacio en el siglo I a.C. ¿Estaba dispuesta a enterarse? Hacerlo significaría entrar en el club de la “mayoría de edad”. Hacerse crítica y reflexiva. Admirar desde el sometimiento la imposible debilidad del héroe y las grandes certezas de la duda enjaulada en pequeños detalles cotidianos. Desvestir nuestra relación y reflexionar sobre nuestras contradicciones influidas por un entorno televisivo tan cenagoso como provocativo. Siempre me he preguntado qué tal vivía mi familia dentro de nosotras y con qué tipos de desahogos la albergábamos.

Nadie, ni siquiera un bombero sin vocación, debe sobrecogerse ante el humo. Un pirómano con casta es aquel que contempla inspirado la llamarada incendiaria a pulmón libre. -Sin miedos-. Veinte quemas diarias tan cercanas a la boca es una proeza digna de la mejor raza de cobardes. Cada vez hablo menos conmigo mismo. No creo que sea cosa de un enfado. Pienso más bien que es un achaque de la toxicomanía. Con los años uno se conoce tanto o tan poco que deja de interesarse por su persona. Nuestro particular conocimiento nos depara muy pocas sorpresas agradables o desagradables. Esa escasez hace que no conversemos habitualmente sobre lo que nos acontece con el primer responsable que muy probablemente sea quien más sepa de lo que cambia de color en nuestra vida. Para hablar bien conmigo mismo, me digo, no debo colocarme en la posición de espectador frente al actor. Actor y espectador observan y odian a la vez el idéntico tipo de defecto y ambos lo padecen por igual. “Para hablar bien con uno mismo hay que hablar bien de las propias cualidades y a la vez ser generosamente adulador. La técnica de las mezquindades para con uno y de la reprobación personal no son aconsejables por su tendencia a encauzar el dialogo a la discusión. Peor que hables mal de ti mismo y que además sea verdad es tu propia reprobación. Un ser reprochable no habría de disfrutar el derecho de quererse o de odiarse con igual intensidad y pasión que un individuo normal.” Me dijo mi psiquiatra. Hoy, harto de nicotina, mi espectador me ha preguntado por qué durante tanto tiempo he permanecido fiel al tabaco y no he sabido responderle con un argumento que justificara tan dilatada amistad. Me he mirado en él y me he asombrado de mi ridícula estampa de traga humos. Después, desde el rechazo, me he cuestionado el seguir con esta vocación de chimenea y no he encontrado ni un solo argumento válido para justificarme mi adicción. ¿Habrá enmudecido mi alma o se me habrá terminado la cajetilla? Por los devastadores efectos del humo sobre el azul del horizonte me han prohibido el paso al reino de los cielos. ¡Qué maravilla!: La cajetilla y unas cerillas.

La soledad había sido siempre ferviente y devota compañera de MMM. Padre, ¿alguna vez te habrás parado a analizar en profundidad la lógica interna de todo aquello que considerabas normal?. Incluso cuando simultaneó a mi madre con una secretaria putita en el despacho y una putona de lujo en un ático a orillas del Manzanares. Cuando ya no le quedaba nada que perder, abandonado por todos, incluidos los recuerdos más memorables, la soledad permanecía acampada en su frágil corazón vestida con sus mejores galas de novia en forma de cigarro solo para él. Todo él MMM era un brillante cenicero desamparado en el borde de una esquina sobre la mesa de los postres de la vida. Márbara sospechaba que

la ávida enfermedad que le consumía no lograría acabar con su existencia de un solo soplo y que la muerte le llegaría cuando a la soledad le viniera en gana robarle el viento ayudada por un manotazo externo a su fecundo pasar de conveniencia. Muy de tarde en tarde MMM rasgaba el silencio con unas gruesas lágrimas que sonaban al caer sobre la manta que le cubría las piernas con el mismo latoso sonido del campanario de Pozuelo de Alarcón. Desde ese municipio había robado millones de corazones y nunca recordó donde los dejó ni a merced de quién. Todo el pasado y el presente se le hacían difusos o tomaban dimensiones erróneas cuando Brígida, nuestra eficaz empleada boliviana, le cambiaba los pañales y él era ya incapaz de sentir vergüenza. Cuando en alguna de estas ocasiones Márbara tropezaba su mirada sobre esa prosaica labor de higiene, ni la piedad ni la compasión visitaba su bien acorazada sensibilidad que guardaba en conserva como el mejor de los tesoros para su niñita. En esos casos, observado por su hija, por una extraña y en presencia de su nieta, el desamparo tomaba la forma de un hiriente resplandor sin límite que solo podía combatir cerrando los ojos. Ahí ausentaba su ser tras las hundidas cuencas, tras las cejas blanquecinas y tras la desesperación. Ese era el único modo de acceder al pasado, la llave maestra que abría la puerta donde se revivían los momentos donde, como en un inexistente sueño, aún mantenía incomprensiblemente erguida su derrota.

—La Televisión y la vida real son dos mundos muy distintos y muy lejanos. El primero es una deforme ilusión interpretativa del segundo.-

Cuando dijo esto, se agrió un poco su fácil y entrenada mirada de hombre sin maldad y reclamó con el gesto un silencioso tiempo para procurarse otro trago de gin-tonic. El silencio entre amigos de copas es cómplice de las confidencias en la medida que estas sean capaces de rodar por la cuesta de las diferencias sin hielos, sin limón, sin empujones y con un detallito gaseado, pensó. El hecho objetivo de que estos dos periodistas sean del “colorín” no dulcifica mi casi siempre agria exposición.

—La televisión, prosiguió, no es solo una orteguiana “perfecta pasión inútil”, es además un adictivo veneno para los ojos de quienes se dejan embaucar por su afable e inocente apariencia. Me refiero a los espectadores. Una peligrosa droga de diseño tan tóxica como el letal veneno de los políticos que la manipulan, la distribuyen y la consumen.-

Aquí hizo una pausa y observó su alrededor sin buscar el asentimiento que nadie le hubiera negado desde esa teatral confidencialidad sobre “los camellos de las ondas” en la cual obsequiaba al auditorio con sus ampulosos gestos de persona mayor acostumbrada a mandar. Entonces dio un giro al discurso y comenzó a dialogar consigo mismo sin importarle el rol de

ácido tertuliano que había interpretado mientras en la cabeza le bullían otros sombríos pensamientos:

— ¿Quién cojones me desconectó?... ¿Estoy realmente desintonizado?... ¿Existe un programa que se llame “La puta realidad”?- ... ¿Me han jodido los sueños?. ¿Estoy seguro que no retornaré de este viaje a la nada?.-

Alrededores de ese personaje al que han dado en llamar REALIZADOR

Si miras la tele y la sientes cuadrada estás viendo el programa de otro. Si no la ves ni cuadrada ni redonda y además te ves dentro, el programa es tuyo. Si no la ves de ninguna de las dos formas no eres de la profesión. Si la ves de espaldas eres el especializado crítico de un periódico. Si la ves pero no la entiendes te habrás confundido de país o estarás en España. Si no la ves eres una persona casi feliz. Ver mucha tele es malo. Se gasta mucho tiempo. Hacerla es peor. Se gasta mucho más tiempo y muchísimo dinero. La participación laboral en un programa es por lo que te pagan. Nunca te pagarán suficientemente bien si el resultado es bueno. Si no es el esperado te pagarán muy bien pero será por poco tiempo. Si has de trabajar en un espacio trabaja con pasión, procura que la improvisación no abuse de tu compañía y gestiona con mimo el lugar más ardiente de tu vocación dedicándolo a la innovación. El peor y más fastidioso lugar para divertirse sin trabajar es una televisión. Un buen programa es el que le puedes enseñar sin vergüenza a tu amante, a tus amigos, a tu pareja, a tus hijos o a tus padres. Un programa genial es aquel con el cual podrías hacer coincidir a todos a la vez. Un mal programa es aquel que solo le enseñas a tu jefe. Un programa maravilloso es aquel que realizas más de tres veces y todavía te entretiene viéndolo en emisión. El mejor programa es el que se queda en proyecto. Nadie es tan listo como para saber anticipadamente si un programa que pueda ser líder de audiencia lo sea ni tan tonto como para no desearlo. Un programa “perfecto” solo es posible en la declaración de intenciones del programador de la cadena. Un programa perfecto es la perfecta justificación de muchas nóminas. Aprender de los fallos de los demás y de los propios es el ejercicio diario que da continuidad a las emisoras. Con los errores de quienes rellenan de contenidos la parrilla se podrían llenar varias bibliotecas. Con los errores de los realizadores varios pases maratonianos. Para la lista de los aciertos de ambos sobrarían un par de folios. De todas las reglas para hacer buena televisión cuatro son las fundamentales. Desafortunadamente ya se han gastado ese número de generaciones buscándolas y nadie conoce su actual paradero. La experiencia es el menos duradero de los valores televisivos y por lo general el resignado resultado de no repetir equivocaciones. Indirectamente la cualidad

más específica de la televisión es el directo y el mejor realizador es aquel cuyo trabajo es tan fluido que pasa desapercibido (el equipo tiene tan claras las ordenes y la planificación que no es necesaria su omnipresencia) y cuando ningún espectador percibe de inmediato ni su autoridad ni su talento.

Un padre impostor es el sustituto perfecto de un frustrante videojuego sin manual. Ni un solo rasgo de Márbara ni Malena se asemejaban a Pepa ni a MMM. Márbara, de adolescente, hacía llorar a la pequeña Malena contándole que era adoptada y que por eso no se parecía a nadie de la casa. Malena llegó a construirse un mundo donde una madre y un padre sin rostro la maltrataban en un oscuro calabozo donde solo le daban pan y agua para comer. Llegó incluso a ponerle cara a un policía vestido de uniforme que tras un épico rescate la entregaba desnuda a la familia. Nunca olvidaría ese rostro benefactor. Recordaba perfectamente el intenso frío que se le clavaba en el cuerpo como alfileres a su llegada y como Márbara le preparaba un baño de sales muy caliente en la bañera del servicio grande y como el agua despedía un vaho que empañaba los espejos. Toda su vida odió que se ensombrecieran de vaho los espejos de los baños y pese a no gustarle se bañaba con agua hirviendo. Odiaba el agua tibia. Márbara sacó siempre ventaja de esos ridículos miedos y utilizó a Malena, que no era precisamente de carácter débil, al antojo de sus imprevisibles juguetones deseos. Era como si entre las dos hermanas se desarrollara un inacabable juego de rol en el cual todos los papeles fueran urdidos por Márbara y perfectamente interpretados a regañadientes por Malena. Esa era en esencia su modelo de relación fraternal. (La hizo deliberadamente desdichada el día que la descubrió que podía y debía mentir, que bajo la lisa superficie de lo profundo se sumergía una agónica verdad y que las emociones de los otros podían variarse sólo con equivococar el orden de los sentimientos. Era tan simple como arrebatarle el impulso a un pájaro en vuelo con un disparo certero que atravesará su corazón. Ella que ya sabía describir el sabor del primer beso de amor sabía también el dolor que infringía el puñal cristalino de la muerte que transforma el tornasol de la colorida existencia en un pavoroso blanco y negro. -Tras mucho tiempo a oscuras la luz deslumbra-. Esa sería la puta madre del cordero).

Un día, Malena inducida por las sospechas de su hermana que se reiteraba pesadamente en la falta de lazos sanguíneos, le preguntó a Pepa -sin venir a cuento- si de verdad MMM era su padre. Como movida por un resorte Pepa la abofeteó sin contemplaciones dos veces seguidas y ambas se quedaron estatuadas mirándose con desprecio durante un buen rato. Pepa con los ojos inyectados en lágrimas y la altivez de una jirafa. Malena muy digna y retadora, como una cebra cabreada desafiando una dentellada de

leona herida. Cuando por fin Pepa abrió la boca, solo alcanzó a articular con una mal disimulada desazón de hiena.

__El segundo bofetón era para tu hermana. Devuélveselo en cuanto tengas ocasión.-

La ocasión se presentó cuando Márbara en un incontrolado ataque de sinceridad, tras una etílica fiesta de graduación de la cual habían salido ligeramente perjudicadas, le confesó que se había follado a Ramón, el príncipe azul de Malena durante todo el bachiller, en el baño de minusválidos de un centro comercial de Majadahonda. Tras una masculina guantada que mandó al suelo a Márbara, se abrazaron y lloraron la mona largamente junto al río, bajo una parpadeante, enmohecida y grafiteada farola. Entonces fue la noche lisa y llana para pasar de ser cartógrafas a exploradoras, simplemente porque en un fraterno abrazo se reveló sustancialmente que la vida había huido de Villa Cacas sin decir adiós. Como un soberbio cuadro de Mirò que sólo cuenta con dos estrellitas de tiza y una raya a brocha de titanlux rojo sobre un negro mate desolador. Al amanecer, tras un maratón de incongruentes confidencias, decidieron no ser hijas de MMM y sí de un amante secreto de Pepa al que pusieron por nombre Aquiles.

--“Aquí-les-dejo-mi-ADN” dijo un apuesto policía uniformado con rostro de payaso benefactor desde una risa de Joker que se contestó con otros varios carcajeos de patos en celo. Parecía un perfecto final para una parodia de película americana que podría titularse “Encuentros en la tercera frase” y solo faltó la concluyente voz de Bruce Springsteen cantando de “The river”, saturando de emoción los títulos de crédito.

--¡Joder que canción tan hermosa! Acertó a articular la sofocada Márbara parapetada tras su ojo morado.

Todos, en algún momento de nuestra existencia, hemos deseado resucitar irrepetibles sensaciones o vivencias. Ese sueño, en corto espacio de tiempo, tan solo es realizable viajando por el espacio a bordo de la ISS. La Estación Espacial Internacional describe su órbita sobre la Tierra que rotando alrededor del Sol da una vuelta completa girando sobre sí misma cada 24 horas. El engendro volador, que pesa “tan a gusto” medio millón de kilos, da 16 vueltas completas alrededor de nuestro planeta en una sola hora cruzando 15 diferentes husos horarios. Los astronautas de la Estación Espacial pueden rutinariamente entrar en el inicio del día y regresar al día anterior unos cuantos minutos después. El peor error de Albert Einstein, se deduce de esta incongruencia, fue aseverar que el tiempo era algo relativo. ¿De verdad lo es? La peor cualidad de la ISS es no ser un buen lugar para vivir pero si un prodigioso hogar donde morir del placer de fumar un delicioso habano durante una hora que valiera por quince. En esta absurda curvatura del espacio –

tiempo sucumbiríamos quince veces en una hora. Si esa nebulosa idea aconteciera tendríamos más vidas que una pareja de gatos politoxicómanos.

El bar no bajaba el volumen y MMM subía dos tonos por encima de la media sin importarle que la posible audiencia estuviera solo en lo suyo y no le prestase la debida atención que reclamaba insistente. Solo los muy próximos seguían con ambigua atención el alegato arrollados en su perorata, reclusos en una esquina sin posibilidad de escape.

—Esto es un ramplón ERE. Ni más más ni más menos. Y yo ya soy un estorbo catódico a la intemperie. “Catódico, apostódico y hertziano”. También según ellos soy “kafkiano, antediluviano y marciano”. No sé bien si me entendéis. - Se interrumpió de pronto sin esperar respuesta. Dos diminutas lágrimas le asomaron para sentir el imposible vértigo de deslizarse sobre las bolsonas congestionadas que, bajo sus ojos, resumían cuarenta años de vida profesional tras las cámaras. No los miraba a la cara, miraba ahora el suelo del bar como sopesando el milagro de mantener “erguida su derrota” sobre los brillantes zapatos de marca. MMM era como un pulpo fatalmente herido en sus tres corazones de un único arponazo. Un pulpo incapaz de bracear alrededor de sí mismo en la pecera del acuario municipal curioseado por un colegio de primaria.

Márbara le tenía el puntito pillado a los tequilas en el bar Mexicano de la esquina del barrio donde ponían canciones de Vicente Fernández, que era como Bruce pero en cristiano. Después de los tres amarillos chupitos de Cuervo Reposado aderezados con la ocasional rayita de un viejo dealer de chocolates, marihuanas y pastilleo volvía a casa tan segura de sí misma como quien se ha hecho una libertadora y divertida lobotomía a manos del deshollinador del barrio. Los hipnosedantes “quaaludes” aportan al colocón un incomparable plus de desinhibido festejo personal.

Por darle rienda suelta

A mis antojos

Por no tener conciencia de la misma

Por eso ayer hice llorar sus ojos

Y hoy mis ojos también, hacen lo mismo

Por no medir los pasos que tomaba

Por eso es que he llegado a la derrota

Le hice una traición a quien me amaba

Y ahora estoy como estoy

Con mi alma rota

Que tal Que tal Que tal
Se siente corazón
Ahora si te pegaron
Es cara, cara, cara la traición
Y al fin te la cobraron

Pero Márbara era incapaz de cobrar una sola factura. No era su estilo. Ella era más de -perdonar pero no olvidar-, y así, cuando miraba a su madre veía el planeo de una lora de bajos vuelos con las alas cargadas de plomo y cuando miraba a su padre imaginaba un arrogante gallo desplumado, con los espolones amarillos del tabaco y con ese astuto ojo redondo asombrado por un firmamento de fracasos. Él nunca amó a esa pájara pinta, ni a sus crías, ni a su peor enemigo que era él mismo. MMM nunca despertó del sueño de proyectarse, de hacerse película y rodar de pantalla en pantalla. El creía en la fama como se cree en omnipresencia de Dios y como se cree en la existencia de los ángeles; por educación.

MMM era recurrente y pesado en esa manía suya de “angelizar” los trabajos, hacerlos etéreos, espiritualizarlos, hacer lo celestial humano y otra sarta de “tópicas gilipolladas personales” que él repetía como un mantra en las reuniones con los técnicos. Estos, conociendo sus gustos y su fácil sentido del humor, le ofrecían luces divinas, interpretaciones omnipotentes, ediciones supremas, sonidos eternos y elucubrantes efectos soberanos. Al final, -la ventaja de esa profesión-, todo transcurría en el tiempo de emisión y nadie conmemoraba una semana después el éxito o el fracaso del proyecto porque, -¡qué tiempos aquellos!-, ya todos andaban “en otra”. Este último término MMM lo aplicaba orgullosamente sin compasión también a sus feligresas de cama.

Mi madre, en ese escenario de “angelicaciones”, cotorreaba y picoteaba entre barrotes de plata y nosotras, muy cercanas, la acompañábamos en una percha con dos comederos de plástico que si hacíamos alguna gracia se llenaban de fruta, pero si no cumplíamos con las ocurrencias esperadas solo alcanzaban a contener cacahuets tostados y un pienso seco con figuritas frutales. Claro está que lo importante, según la lora Pepa, es lo que fuera digno de repetirse por cualquier motivo y circunstancia, y ella que era tan estúpidamente lista, capaz, previsible y repetitiva, se creía necia en cualquier simple discusión y buscando “lo digno y lo importante” se venía arriba con descalificaciones contra MMM del tipo: maricón, cutre, mierdaseca, cabronazo y gordo. MMM miraba solemne, sin ofenderse, hacia otro lado y cuando conseguía apartarla de su campo visual, con un gimnástico

giro de cabeza, sacaba a flote y desnucaba su talante zen, se apaciguaba el hígado y aprovechaba para entrenar mentalmente las estrategias de sus nuevas conquistas y gestionar en su intestino grueso el estresante estado de ocultamiento permanente. (Se justificaba a sí mismo en este experimentado tic por “pura coherencia de batalla”). Un ejercicio de dominio insuperable. Comenzó a entrenarlo cuando tras el nacimiento de Malena mi madre lo desalojó definitivamente de su cuerpo tras una urgente depresión inmensa, intensa, densa... y un ataque de cuernos como el de un rebaño de bisontes. Su depresión, en un instante que duraba semanas, pasaba de ser un socavón al hundimiento por implosión de un hoyo. Endiablada, se transformaba en un ser deslenguado y feroz en su mal administrado despecho. El bizarro MMM despreciaba desde su estatura intelectual la verborrérica infección de estulticia de su legal cónyuge, que los años y la medicación fueron incapaces de sanar, y que sumaba acritud a sus cuantiosos achaques físicos: cefalea, asma, gastroenteritis, seborrea, artritis, frigidez... MMM era como un planeta helado distante de la hirviente sartén garbancera de mi desquiciada madre. Era la Pepa de Telde, para él, un rancho canario de ropavieja y berros mal sancocado. MMM estaba encantado de haberla desconocido definitivamente en los dos años de diferencia y de diferencias que separan a mi hermana de mí. Una demencial Pepa sin sentido del humor que nos construyó un descosido paraíso con manzanas de supermercado pijo, serpientes de peluche y ausencia de risas. La banda sonora de nuestra infancia mejoraba su influjo acústico melódico cuando se celebraban ese tipo de gritonas liturgias caseras. Por lo general, nosotras salíamos corrientemente favorecidas de una partitura sin pautas y premiadas -en clave de fa- con una sesión cinematográfica en algún cine de la Gran Vía para celebrar el sepelio de palabras que invariablemente duraba más de cuarenta y ocho horas. Un ciclo de silencio que nos venía de perlas a mí para la lectura y a Malena para ocuparse en el laboratorio de sus geniales insatisfechas fotografías minimalistas en blanco y negro. Malena escribe con la luz de un vacío pentagrama de plata.

Las instantáneas de Malena, viajando a la transparencia por aquella época, eran inacabables en el tiempo. El tiempo expandido. El tiempo de contar en siglos. Nunca estaban del todo terminadas como para exponerse a la contemplación de nadie que no fuéramos su gatito virtual y yo. Trabajaba cada sombra, cada textura, cada contraste y cada profundidad de campo con una constancia y una meticulosidad maníaca donde el hiperrealismo no tenía lugar metafórico. Cada centímetro cuadrado lo ocupaba con la captura y luego en laboratorio como un todo resplandeciente figurativo objeto del objetivo y en ese mosaico que escrutaba como si

sufriese una crítica metamorfosis a lepidóptera se le volaba la mirada en pequeños disparos como de enloquecimiento diafragmático. Obturaba y descomponía su empalagosa crisálida ocular en miles de ocelos hasta perfeccionar la mera observación como una perfecta visión diez mil veces más específica que la visión normal del ser humano. Una técnica que ella denominaba “técnica de la mariposa” y que consistía en forzar al límite el globo ocular para captar la imagen desde su parte posterior. Los resultados eran magníficos, pero esos proyectos siempre estancaban sus anhelos en las pruebas. La inmóvil mirada inconclusa de Malena era desesperante para mi padre. “Una mirada educada en silenciosos resplandores”. MMM sostenía que la instantaneidad era el alma de los retratos y mi madre, lejos de animarla, consideraba que su ocupación artística no podría nunca compararse con la sinceridad profesional de los fotógrafos de bodas y bautizos que ganaban honradamente su sustento deteniendo e inmortalizando momentos satisfactorios. Y cuando decía –momentos- guiñaba el gesto intentando expresar “santiamenes”.

Pepa persistía obcecadamente aunque sin maldad en su concluyente calamidad. Haciéndose fea. Haciéndose desagradable. Haciéndose odiosa. Ejerciendo una inútil tiranía desde su incompetente falta de respeto. Haciendo intolerable la convivencia con el molesto olor de fruta podrida que emanaba su alma. Provocando tormentas oceánicas en la mal cocinada sopa del almuerzo o de la cena. Mejorando cualquier catástrofe hasta convertirla en desdicha. Manteniendo en perfecto estado de revista su escudo de intolerancia que ella creía la defendía de cualquier ataque que cuestionara su dominio total de lo que se guisaba bajo el techo de su casa. MMM había colmado sus expectativas matrimoniales de impagables deudas y ella las había evacuado con su obsceno pronto de víbora y su pornográfica lengua insidiosa. ¿Por qué no vengarse cada minuto?. El postre más ácido después de un agotador día de rodaje, de edición o de ensayos, MMM se lo tragaba como un cumplido si el resultado había sido satisfactorio y como una purga si, como es habitual en esa función de escenificar televisivamente los sueños, el tiempo se había tomado sus desastrosas ventajas sobre el plan de trabajo. Una convivencia hogareña donde el sadomasoquismo cobraba tintes dramáticos inundando nuestra adolescencia de innecesarios castigos. A diario helaba en ese moderno salón de diseño italiano donde las olas ahogaban nuestros pequeños naufragios, nuestros choques contra icebergs, nuestro encallar rocoso y el miserable estilo de natación con el que braceábamos buscando cada día una orilla para dar descanso a nuestro espíritu cefalópodo. Pepa no soportaba ni a MMM, ni una sola liposucción más, ni otra inyección de botox, ni otra

blefaroplastia, ni otra reunión de padres de alumnos de nuestro colegio. MMM no consentía que el silencio anidara en su boca y lo ahuyentaba llenándola de whisky de importación para cauterizar, en irlandés de adopción, sus feroces impulsos de flemático killer verbal. Lo único que a MMM le entusiasmaba gritar a pulmón lleno era -¡¡¡Acción!!!- y siempre reservó el -!!!Corten!!!- para sus esforzados ayudantes. “La televisión es un malintencionado pleonasma de la realidad y es imparable”.

Querida Márbara:

El sanísimo deporte de hablar mal de una mala persona es un método magnífico para destruirla frente a los demás pero sobre todo para hacerla estallar dentro de nuestra mente y de nuestro corazón, para devastar los trazos de su imagen que chocan contra las aristas más cantosas de nuestra memoria y para hacer que el mundo sea un lugar mejor para vivir. Pero, querida niña, has de hacerte el favor de convertir la maledicencia en virtud solo si los partidos contigo mismo son amistosos, porque las malas personas son como los piojos “cuando consigues deshacerte de ellos te asaltan los furiosos picores de las liendres”. Ese es el gran secreto que la piel esconde.-. ☺ Las malas gentes, (rebaño donde destaca por mérito propio el “cretino certificado”, inevitable contrariedad en la vida diaria), se hacen inmunes socialmente gracias a tu indiferencia. Decía Faulkner que las malas personas eran confiables porque jamás cambiarían. Yo pienso exactamente igual. Una mala persona nunca te defraudará: nunca cambiará de mala a buena y si hace algún cambio será de mala a peor. Son seres tóxicos de por vida que viajan por nuestros alrededores con su mochila repleta de decepciones y de mierda con la que van manchando los públicos y los secretos paisajes de quienes se tropiezan con ellas. Este no era el caso de tu padre. No puedes asegurar que MMM era mala persona, porque nunca lo conociste lo suficiente. Tu padre era generosamente despiadado solo con los muy idiotas, esa casta que en su trabajo ocupaba exclusivamente puestos de alto rango donde su incapacidad era generosamente premiada por una superioridad cateta y apesbrada políticamente. La televisión tiene muchos defectos, pero el más cruel de todos es el dedicado a vampirizar la vida de quienes consagran su vocación a rellenar sus veinticuatro horas de emisión con motivos de distracción. Puede ser que familiarmente, por ese padecimiento o por otros motivos que desconozco (aunque pueda intuirlos) no estuviera a la altura de vuestras expectativas filiales, pero, los que frecuentábamos su amistad y sus defectuosos afectos no estaremos nunca de acuerdo con estos borradores que me envías esperando la legitimación. No era mala gente. Era un ser entrañable y diferente, un tipazo cuya última

voluntad era morir con los ojos cerrados para no causar a nadie la molestia de cerrárselos.

Quienes han sido muy felices en la vida entran en la obligación social de pagar sus alegrías con algún tipo de sufrimiento. No poder ser permanentemente envidiable es una factura que o se paga con gusto o se paga con disgusto. MMM era de los primeros y, para sus adentros, seguro que lo hacía con decoro. Los impagos te dejan sin evocaciones y si llegas a una edad sin esas protuberancias de los recuerdos pierdes totalmente tu identidad y te desguazas sin remedio. Una persona sin recuerdos no tiene más tesoros que el silencio. Y con solo el silencio no se puede alcanzar una vejez satisfactoria.

Te regalo, a modo de despedida una frase para que recapacites antes de hacer correcciones de estilo o mandar a imprenta

“Al que solapadamente infama a su prójimo, Yo lo destruiré”.

SALMO 101:5

Te quiere de corazón

Carlos

Márbara emergía sobre los escritos de MMM como sobre los espejismos de un tropical desierto. Fumaba unos delgados canutitos de “maría” alejándose de nuestra hija, pero dejándola siempre al alcance de sus pupilas ahumadas, dilatadas y enrojecidas. Una animal contemplación de loba dispuesta a saltar y despedazar a zarpazos y dentelladas la más leve sospecha de peligro. El simple vuelo de una mosca próxima al cochecito desataba su ira y no se calmaba hasta que el infeliz díptero yacía destripado en el césped tras un firme manotazo repleto de folios. “Albóndigo”, el obeso gato del vecino se asomaba a la verja con temor y sigilosamente radiografiaba consternado esas histéricas escenas que solo se apaciguaban cuando Márbara, retomando la lectura, dejaba que la naturaleza tornara a la normalidad como perpetuada en un cutre fotomatón de gastados líquidos reveladores en el vestíbulo de una vieja estación de trenes descarrilados. Márbara siempre voló por debajo de la línea de detección de los radares incluso durante el tiempo que las publicaciones se explayaron aireando sus dos dificultosas rehabilitaciones alcohólicas. Los pájaros no la acompañaban para no estorbar la evolución de sus secretos planeos. Este penar por las revistas de moda desquició a MMM y como consecuencia directa del estrago emocional que le supuso ver sus apellidos entintados de colorín sensacionalista, sufrió su primer ictus del que salió prácticamente ileso. Coincidió esta grieta en el pavimento de su carrera con un bache de profundidad asentado en las primeras tentativas de remodelación empresarial de la cadena. El hecho de pasar de los cincuenta constituía una oquedad

peligrosa en su contra por la mal asfaltada vía a la jubilación.

Sepi or not sepi

El viejo toro vestido de luto en su extremo grado de pobreza no podía ni prestar el mínimo cuidado a sus cuernos y se había convertido en algo menos que una negra sombra mansa. La vaca flaca con tacones de acero en estilete que siempre le acompañaba apática era tan pobre que no tenía ni vergüenza. Nada podría esperarse de esa absurda relación donde lo financiero y lo personal habían tocado el hueco final del pozo más hondo de la indignancia. (La diminuta bolsa de la esperanza tiene ese invisible poro traidor en su costura principal. Gotea levemente pero de forma irremediable. Se llena de vacío en un fugitivo espacio de tiempo para luego evaporarse en un fugaz caldo de recuerdos). Los bovinos de esas características no sirven ni para dar pena pero si pueden engendrar cabritillos con pavorosos ojos de felices prejubilados nacidos del incomprensible amor entre el odio y la estulticia.

_Ocurrió lo que tenía que ocurrir. Se veía venir. Era un Tsunami anunciado. La mala vida de nuevo rico impone su despiadado peaje. Y por fin llegó el fin. Tras tocar el fondo del fondo y hundir el cuello en el lodo con la suavidad con que lo hace el sol del ocaso en el horizonte marino.

_Tratándose de televisión, cualquier parecido con la realidad es una jodida coincidencia-, respondió Carlos a un vaporoso y pagado de sí mismo MMM. Carlos, a lo peor el único admirador reconocido de mi padre, cuando se ponía trascendente impostaba la voz y se aumentaba de puntillas como una bailarina para entrar su estatura en el estándar de la paradigmática talla M. En este caso, vigorizó su excelso timbre de tenor lírico no demasiado convencido, pero dándole a entender a MMM (que ejercía solemne de tenor heroico) su resuelta participación en la esencia de su discurso. Empujaba Carlos, esforzado “wannabe”, con alegría y animado desenfado el racord de continuidad para el febril monólogo beodo de MMM con el cual obsequiaba más al culo seco de su vaso que a su exigua audiencia. Y transcurría la noche alimentándose de palabras vertidas en los contenedores de la basura donde los gatos, las ratas y los insectos mantenían sus batallas a la luz amarillenta incandescente de las jorobadas farolas del Barrio de las Letras. La nostalgia es un paraíso privado donde ni los perros tienen permitido dejar sus urgentes deposiciones y el mejor amigo del hombre no es el perro, es ...la televisión. El bar, mirado con detenimiento, parecía una nutrida reunión de actores en paro haciendo de figuración.

Cuando las manos de MMM tanteaban alguna de las creaciones de Malena, se decantaba su honestidad paterna en un profundo silencio respetuoso con esa verticalidad artística en mayúsculas de la que él nunca pudo valerse en sus trabajos. MMM admiraba cada milímetro de papel tratado por su hija como se admira todo lo cotidiano conocido, como el alba admira su reflejo en el mar o como se advierte uno espejado en el fondo de un búcaro grabado en vidrio de Bohemia que contenga un delicioso licor blanco, como la inocencia con la que te observa tu perro o como caen dócilmente las hojas de los abedules y los olmos en otoño. Él derrochaba ese abanico de patrimonios situacionales para disfrazarse de espectador entusiasta de su estirpe. Malena tenía varios dones, pero el principal estaba relacionado obsesivamente con los reflejos de los ojos. -Los reflejos bien tratados son un billete de ida y vuelta al nacimiento de las verdades visibles-. Ese suceso técnico podría suceder voluntaria o involuntariamente. En ambos casos, ese reflejo de techos, de lámparas luz, de formas o de paisaje, para Malena constituían la esencia creadora de un primer plano. A ella no le conformaban los colimados con un snooft, ni los *catchlights* circulares o rectangulares, ni el mismísimo sol. Allí, en el clic espontáneo o calculado, ella hacía vivir una circunstancia objetiva, mensurable y de un contenido superior al propio retrato que se convertía por arte de su magia en marco para peritos del buen mirar. Malena cosificaba las ideas de un personal modo que siendo inaprensible era patente. Esa era la mejor definición de sus grandiosas fotografías. Un día quiso retratar a mi hija Lucía fuera de las protectoras garras de Márbara. Colocó alrededor de la cuna una sábana blanca con luz rebotada, una espiral de neón rosa, un chupete colgado de un hilo de seda, un sapito con corona, una manzana roja y un antiguo reloj de bolsillo sin agujas. Cuando dos meses después nos regaló un cuadrito un poco mayor que la mano de un hombre, puso luces de cuarzo a mi asombro. Resplandecía en el pequeño y delicado paspartús un elemento de tensión en la que un inquietante tiempo menor a un suspiro se deslizaban sobre la identidad de mi hija absorta en un chupete observado por un príncipe encantado. Más allá de ella misma. Era como un daguerrotipo de su alma en la piel de una fruta madura. Lo más turbador era que se percibía perfectamente el futuro. Se la veía bella en la adolescencia que la esperaba y feliz en la vejez que disfrutaría. No le comenté nada del retrato, pero a la semana le envié un exuberante ramo de calas y jazmines de tres clases por una agencia. No le escribí ni una sola palabra en la tarjetita. Era innecesario. Ella y yo sabíamos todos los porqués de ese anónimo adeudo floral y por qué en mi agenda y en la de su amante del mes figuraba como Vittoria Estoraro. Márbara no lo quería saber con certeza.

Pepa no era capaz de ver una nube de flores echando raíces en su retina. Malena solo se prestaba atención en blanco y negro. Todos los meses ganaba algún premio fotográfico y a mi padre una sana envidia le clavaba su afilada espada en el corazón. Malena ganaba mucho dinero que invertía en golosinas y braguitas de fantasía. Nunca se atrevió a preguntarse ni a preguntarme quien era el verdadero padre biológico de Lucía, porque ella había retratado mil veces, en su mundo raro, un padre que no colaboraba con una mujer en crear una vida sino otro que cercaba de amores a un bebé. En la adolescencia leí ansiosa y desordenadamente toda la biblioteca de MMM y enredaba los días escribiendo sin fortuna, sin medida, sin método, sin futuro y sin pasión. Por esas fechas mis reflexiones estuvieron abducidas por un inglés cabrón y genial llamado Penrose, que estaba empecinado en mostrarnos un esférico universo nacido en la baja entropía en contraposición al alto estado de orden que la naturaleza soportaba: La mejor parábola comprensible para describir mi inenarrable domicilio y el por qué yo me afeitaba semanalmente el pubis con la maquina eléctrica.

A mi madre, tras destetar a Malena, no se le retiró la leche. Un raro fenómeno que trataron con igual desacierto varios médicos. Mi madre se ordeñaba hasta cuatro veces diarias con un sacaleches eléctrico que se aplicaba dolorosamente porque no soportaba exponer a los ojos de nadie los corros húmedos que se le dibujaban en las camisas. En los sujetadores siempre incorporaba un pegotón de algodón que absorbía su vergüenza. Era un raro caso que sí bien se percibía algo asqueroso en la operación de estrujarse los pezones, en lo referente al olor era maravilloso. Recuerdo perfectamente ese aura de aroma almendrado que recorría la casa a su paso como un bálsamo embriagador y desquiciante, un lenitivo sanador que sellaba en falso el armisticio de cualquier batalla. Pepa abordaba su cárcel envuelta en esos perfumados vientos de paz que ni conducían ni venían de ningún puerto conocido ni por conocer. Era un derrotero domestico errático, sin sentido y sin accidentales naufragios que clausuraba esas travesías sin rumbo por el peligroso calado de nuestras desoladas orillas extendidas por los pasillos del -peor que maldito- hogar. El omnipresente mar petrificado de nuestra familiaridad donde los días se anclaban era nuestra desdicha. El cristalizado silencio de nuestras desconfianzas era nuestro castigo. La amenaza del aire tatuando en nuestra epidermis el fastidio era nuestro día a día suministrando agenda a la desdicha irremediable de un hogar enfermo. El latido de nuestros desaciertos era nuestro descalabro cotidiano. Todo esa pesada carga de funestas vibraciones levitando sobre una febril adolescencia no era nada en

comparación con la acerada monotonía de nuestra convivencia. Nuestra soledad era fría como los besos de mi padre y húmeda como los de mi madre. ¿Cuántas vidas anteriores habrían destrozado antes de proponerse derrumbar las nuestras?

-El humo es un fuera de lugar-. Me dijo observándome detenidamente tras su frío estetoscopio. Luego me besó con pasión. ¡"Ve despacito mi niña, que no te pierdas nada de nada"! , decía al tran-tran la canción que sonaba en la radio mientras yo le relataba la extraordinaria batalla de las pompas de jabón. Quedó muy conmovida cuando le apliqué al oído en un susurro aquella inteligente frase de John Mason Brown "La crítica de teatro es como hacer tatuajes sobre pompas de jabón". Le cambié -crítica de teatro- por diagnóstico y me quedó muy redondo. Pero... ¿Cómo se forman las pompas de jabón? Me preguntó ella con maligna ingenuidad. Y fue entonces cuando le contesté con la seguridad de un bachiller empollón dotado de una excepcional memoria: "El carácter anfipático de los jabones permite que éstos interaccionen con sus regiones polares y se sumerjan en la fase acuosa, mientras que las cadenas apolares son repelidas y proyectadas hacia fuera, en el aire, donde interaccionan con las cadenas alifáticas de sus moléculas vecinas. Esta doble interacción polar-apolar es responsable de que las moléculas de jabón en solución acuosa se extiendan por la superficie del agua y formen una monocapa. Cuando se insufla aire en la solución jabonosa, las moléculas de jabón se reorientan y adoptan otra estructura, llamada bicapa, que permite formar la pompa de jabón." ¡¡¡¡¡Coño con la sabia Red de Redes !!! Me quedé muy a gusto. Soy ingeniero experto en lípidos tratados por Internet y no una doctora calentorra de la Seguridad Social. Además, ella era también fumadora compulsiva de Malboro.

MMM nunca buscó una tregua con los malos humos de Pepa. ¿Por qué esa reiteración sublimada en el vicio de fumar y que relación procuraría con la televisión en sus soporíferas y pretendidamente didácticas notas? MMM no tuvo miedo a ningún enfisema, nunca. Ni miedo a nadie. Ni a la mismísima muerte. Bordeaba los precipicios que esta le apostaba en el pecho con cada bronca y como un valiente funambulista marchaba a sus ocupaciones que incluían no descuidar a sus muchas amantes. El paso por los Estudios era su descanso del pastoreo y tal vez su exclusivo premio diario: su respiro. El plató era el caldo de cultivo perfecto donde sus microbios favoritos, -la creatividad y la improvisación-, eran felices. Allí reinaba entre cables y cámaras rodeado de atentos técnicos y artistas que ejecutaban sus deseos con esmero. Sus locos deseos que el

share solía avalar con cifras por encima de la media. Allí era respetado e incluso admirado por algunos más allá de lo razonable. En esa corte de aduladores, de mediocres y de excelentes profesionales, (en igual proporción) MMM sabía trazar una tenue línea de compromiso que sobrepasada hacía prosperar el proyecto con las debidas garantías de éxito. Tenía la habilidad de involucrar al equipo haciéndolo responsable de cada plano, cada movimiento y en cada situación. El equipo, seducido, aportaba ese grado de sabiduría solidaria que se precisa de un colectivo para consumir una buena realización. MMM desde su infinita vagancia y su escasa inteligencia les hacía sentir la satisfacción del trabajo bien hecho. No importaba que fuera un cantante pésimo, un actor genial o una presentadora babosa. Su intención era envolverlo todo en una decencia estética que salvara de abolladuras su culo de bronce al cual tenía un gran aprecio. Su intuición y su oficio en ese difícil arte de embaucar para conseguirlo no le traicionaron nunca. Ni siquiera en aquellos encargos que le sacaban de quicio y de madre. --La cualidad esencial del ritmo visual reside en la intencionalidad de la duración de las miradas. Detenerse en un objeto o pasar de largo sobre un rostro, enfatizar una sonrisa o quedarse a vivir en un gesto--. Los grandes directores han dejado suficientes lecciones de esa gramática, de esa plana ortografía y de esa perfecta matemática capaz de dinamitar el alma en mil pedazos (imposible de recomponer) y a la vez mostrarnos el método infalible para restaurarla (aunque ya todo esté convertido esencialmente en pestaños del corazón). MMM había aprendido de joven esa lección y la repetía en cada encargo con elegante desenvoltura. Él lo denominaba “técnica del ventaneo”. Ante una planificación de guión se comportaba como una ola de playa lamiendo los pies de los paseantes y después, en el fragor del rodaje y la edición, se convertía en un imparable río de lava que hacía arder todo aquello que se interpusiese en su camino. Consideraba una virtud esa tensión avasalladora que provocaba dolores de cabeza y náuseas al equipo de subordinados a los que sólo premiaba con sonrisas y carantoñas de tirano. Y sin embargo su ferocidad era muy apreciada. --Un equipo feliz es aquél que tiene claro el objetivo y un jefe como yo empeñado en cumplirlo--. En ese territorio las batallas de MMM siempre se contabilizaban a su favor. Las ganó con lluvias, con vientos huracanados, con nieve y hasta en desiertos. Los exteriores de un videoclip para Eurovisión son recordados como uno de los momentos épicos más exagerados de la producción musical de los años 80. Una grabación suya en los Monegros que transcurrió en 29 horas y alcanzó temperaturas entre los menos dos y los menos treinta grados. Le costó el cargo al director de la casa de discos porque se descubrió que pagó los 50 gramos de coca que MMM y la secretaria de éste terminaron de consumir en un nevado parador de Cuenca camino de vuelta a Madrid. Hay quien asegura que poner a una mujer

a cuatro patas, con las cuencas de sus ojos -mirando a Cuenca- es una expresión que se acuñó en esta ocasión y no en amparo de Felipe I como decían las malas lenguas del siglo XV. ¿Pondría MMM a mi madre a cuatro patas y le haría el amor como a una perra dejándola al menos mirando a Tarancón?.

__La vida en directo y sus “aquellos” es el más perro de los realitys. La tele-realidad no es sino una falsa exposición de lo miserablemente indigna que resulta nuestra intimidad. El ser humano es al menos tan deplorable como el medio que lo muestra en su obscena desnudez anímica frente a los focos. Camarero, por favor: otra ronda de Hendricks, con pepinito y bolillas de enebros-. ¡Como tú sabes!

Dos copas después surfeaban entre risas la anécdota de la chica de un ballet búlgaro que se “escagarrutó” de nervios en la gradilla de luces tras perder las lentillas en un «fouetté en tournant” y de cómo las tomas traseras destellaban un insalvable efecto “drop-nicotínico” en las bragas.

__¡Y mira que a mí me entusiasmaron siempre las traseras!-. Por la puerta trasera me sacaron a mí de la profesión. ¡Por la trasera!. El día que decidieron que el cine no tenía sitio de producción y solo se le daría ventana de emisión. Dieron cerrojo al casposo y respetado departamento que lo amparaba. ¡La puta electrónica, lo digital y la madre que parió todo!. En confianza: ¡Quieren que el mundo real desaparezca!-. Esa bailable y equivocada obsesión es como un diarreico pedo en el calzoncillo de la cultura «fouetté en tournant”.

Los sábados y domingos mi casa era una gran catedral de silencios y de sombras donde se oficiaba la liturgia del miedo escénico elevándola al máximo ridículo. Mi padre visitaba esa catedral como quien visita la sombra del chalet vacacional de su fantasma favorito y a sabiendas de que ese universo hostil tendría un oculto plan B que acabaría aniquilándolo. En los momentos álgidos del ceremonial mi padre y mi madre, sin pudor, se hablaban y se insultaban a través nuestro.

__Dile a tu madre que deje de comportarse como una zorra despiojada y lo haga como una abnegada esposa del barrio Salamanca.

Yo dulcifiqué el recado: __ Dice papá que no seas idiota.

Mi madre respondió: __Dile a tu padre que no soy una zorra idiota.

Mi padre me corrigió sin alterarse: __ Hija no existen zorras idiotas ni amables esposas apetecibles en este barrio. Tu madre es una zorra tan lista que es capaz de hacerse pasar por casada idiota que es lo que se conoce en román paladino como “mantenida”. Es una irritada zorra “a secas”. Sin adjetivos. Zoorraaaa. Pero le ruego acepte mis disculpas por el calificativo

“despiojada”.

Pepa se levantó solemne y aguantó el gesto unos segundos de pie esperando el renglón seguido de mi interpretación pero no dominó su ira y sin contenerse volcó el plato de sopa sobre el mantel de hilo crudo abandonando el comedor con los ojos inyectados en lágrimas. En la puerta giró la cabeza y masculló con despecho: __Vuestra abuela paterna sí que era un zorrón desorejado. Decídselo a ese cretino. Gracias a las petardas ventas de su coño pudieron comer tu menesteroso abuelo “el picapleitos” y este mediocre replicante de artista pajillero.

Las sombras de duda se hicieron añicos de cristal sobre los encerados baldosines y el caliente hálito del ridículo que planeó por la estancia, en un descuido, se fugó por la ventana entreabierta hacia la libertad del patio de luces. Un espacio comunal donde los ruidos morían dichosamente tropezados en ropa, secándose enganchados en las coloridas pinzas de plástico de los tenderos comunales de bragas, calzoncillos, pantalones, camisas y faldas de boutique de medio pelo que en aquel momento se llamaban de “quiero y no puedo”. MMM parsimoniosamente recolocó sus cubiertos a salvo de los fideos desparramados por el mantel y nos aleccionó con voz grave:

__No se puede llamar zorra a una idiota porque se pueden cortocircuitar sus entendederas y largarse a sacar brillo a sus soledades. Es obvio que el resultado no es el oportuno.

Qué bien sacaba Pepa a pasear su orgullo pegado a su prominente culotón por la puerta del pasillo y qué edificante el silencio de sus salidas de tono. Era una genuina princesa rusa haciendo un mutis en el barroco teatro de nuestra ya roñosa opereta.

MMM sentenció y remató:

__La paz es...su ausencia.

Y entornando los ojos parodió forzosamente que rezaba:

__Dios mío, cuando nos llesves contigo, obséquianos con el sosegado descanso del que hoy nos privas. Un instante después recompuso su imagen de distinguido joven conquistador ofendido por la deposición de un pequeño parásito en su corbata. Malena se hacía la fuerte y, lo mejor que podía, me consolaba por la noche de los destrozos mentales que mi madre nos infligía después de cada bronca desde su vengativo y sordo rencor. Nos consideraba dos mensajeras comisionadas por el enemigo y estaba segura de que militábamos ciegamente a favor de las desabrigadas opiniones de MMM. Se enrocaba en la absurda certeza de que nos refugiábamos en los argumentos de mi padre para expresar por su boca aquello que cobardemente éramos incapaces de refregarle por su espinoso rostro de las desdichas y de las malas vibraciones. Era Pepa infeliz y exigía con todas sus almas de hidra de mil cabezas que sufriéramos con ella. La disculpa de

esa contaminante suciedad anidaba en el hecho de que ella era quien nos provisionaba del papel higiénico que enjuagaría nuestra mirada de niñas en ese fingimiento de relación que, por descontado, nos obligaba a ser fiel de la balanza y contrapeso de sus calamidades matrimoniales. MMM sufría este género de sístoles y diástoles de arrítmico compás y flujo en una postura contigua a la indolencia, a la displicencia y al pasote: Postura de póker. Acostumbrado a cambiar de labios y de abrazos en una interminable danza de alegrías carnales que le mantenía joven y en el mercado, pese a sus años, no se afectaba ni se inquietaba y admitía estas discusiones como fortuitos acaloramientos inconvenientes de naturaleza premenopáusica de su “viuda en vida”

CHARCOS CATÓDICOS

El consumo de televisión por un tubo nos va incrustando unas dosis letales de estupidez solo superadas por los discursos de los grandes próceres... Delirio catódico es ver un telediario mientras se ingiere una lata de Beluga... Onanismo catódico es zapear por la publicidad mientras te zampas unos huevos fritos... Frenesí catódico es soportar cómo radian el fútbol televisado... Ceguera catódica es observar con entusiasmo y embeleso la lavadora en los programas largos de prendas de color... Miseria catódica es -mi serie- de borrosas decepciones sobre los infumables contenidos que ya a perpetuidad nos volcará en el salón la caja de los desecamientos... Catódica -a secas- es nuestra húmeda mirada catatónica de bobos. (Observación del caribeño Joturus Pichardi, el auténtico y genuino pez bobo que nada feliz y contento en la laguna de la memoria).*

Seguro que no conocéis a Alfonso Pomainat, un ictiólogo curiosamente excepcional. Consiguíó extraer los cristales de haluros de plata de las películas para introducirlos disfrazados de apetitosos bocados en la dieta de unos peces de río que cuidaba en grandes balsas de cristal. Antes de ello fotografiaba lugares con asistencias multitudinarias, partidos de fútbol, conciertos, manifestaciones de cualquier signo político,... En cualquiera de sus tomas se reunían más de diez mil diminutos rostros atrapados en el respirar de un instante. El excremento de esos peces era el retrato más fidedigno de nuestra sociedad consumidora de imágenes y se lo quitaban de las manos todas las emisoras para embadurnar de reconocimiento sus espacios. Era inmensamente rico y administraba muy bien el caladero.

**Estupor catatónico: inmovilidad absoluta del sujeto, retraimiento e inmovilidad. En esta situación un afectado puede gobernarse largos periodos de tiempo, lo cual conforma una situación de riesgo por falta de alimentación y por la retención de las deposiciones. La catatonía nada a braza y a espalda en cuadros clínicos potencialmente mortales.*

Brígida, la diminuta empleada que cuidaba a MMM, le daba limpieza y sacaba lustre a sus excrementos y excrecencias, a veces se descuidaba en la pena y suspiraba un sentido: "Diosito mío acuérdate ya de él". Pero Dios no tenía interés ninguno en dar final a la cuerda de ese cansado reloj ni gana alguna de escuchar a esta pobre maestra indita boliviana que había dejado en Santa Cruz de la Sierra a sus tres hijos y a un marido enfermo de una mortal silicosis contraída en las minas de la Cochabamba. A veces pensaba Brígida que no moría MMM para que aquellos sus cuatro lejanos seres queridos vivieran. Juntos veían todos los seriales y los programas del corazón y la santa misa de los domingos en una extraplana Samsung de 42 pulgadas. La misa, retransmitida de desconocidas y lejanas iglesias, asombraba a esta esforzada mujer que de rodillas en la consagración- a voz en grito-pedía por todos los suyos, por todos nosotros y por Evo Morales nacido en el pueblo de Orinoca donde ella contrajo matrimonio y tuvo a su hijo primogénito antes de contraer nupcias religiosas. Con la voz más queda también rogaba por el alma de su primer marido, un valiente sindicalista muerto en una balacera de cocaleros. El gesto estupefacto de MMM en estas tan concurridas misas virtuales se convulsionaba agobiado por tantas ausentes presencias en la salita y se esforzaba en orinarse más de lo normal como señal de protesta que exclusivamente yo percibía por el narcotizante tufo de urinario público que emanaba. A Brígida esos aromas ácidos no la importunaban lo suficiente como para hacer descender del éxtasis sus beaterías. MMM siempre me tuvo una consideración fuera de dudas. Nunca supe bien por qué un tipo de su calado se podría interesar por un reciclador de plásticos como yo ni como terminé comprometiéndome tan entregadamente con Márbara en el techo de su drogadicción sin visos de enmienda a medio plazo. El destino corrige cada uno de nuestros pasos desde su ceguera y nosotros no vislumbramos su poderío hasta no caer atrapados en sus redes de hierro. Un día le pregunte a Brígida que opinaba de MMM y tras pensarlo un instante me contestó.

__El señor es como los espantapájaros del campo. Al principio asusta, pero con el tiempo le pierden el respeto hasta los gorriones.

__Brígida, ¿estás muy segura que no me estas contando algo malo de Márbara?

__Yo señor, solo sé que este muertito lleva muy mala vida y que yo con todo lo que le colaboro no consigo sacarle una sonrisa ni espantándole a silbidos los pájaros cagones. A la persona que no sonrío, la vida no se le acerca.

__¿Márbara es un pájaro cagón?

__Márbara es un pajarillo emigrante que revolotea solitario por su mundo enamorado de sus propios cantos y de los de Lucía.

En su discreción, Brígida, con sus rasgados ojos lánguidos y su gesto tibio,

arropaba a MMM con la manta como sí le alisara la mortaja. Prodigaba regaladamente un estado de cristiana santidad técnica. Nada en su apariencia delataba la excepcional bondad y la compasión que su corazón gastaba superfluamente con el inmovible estatuado veterano que ya había dejado apagar el fuego de las venas del corazón. Escuchando atentamente nuestros silencios entendía, incluso mejor que nosotros mismos, las irrelevantes conversaciones que regábamos por la casa.

Mi padre es una palmera enferma y los médicos me dicen: es una palmera estable en su gravedad. Las palmeras no son árboles, aunque tienen raíz, tronco y copa. Son otra cosa. Actualmente se estima que hay unas 2.500 especies de palmeras dentro de unos 200 géneros, pero estos números van cambiando a medida que se van revelando nuevas especies a lo largo y ancho del planeta. MMM es un espécimen de cocotero inclasificable y singular. Mi padre es otra cosa diferente al estirado árbol que aparentemente se le asemeja. Tiene una rara raíz que le aferra a la tierra y busca el cielo con los brazos abiertos sin abrir los ojos desde la silla de ruedas que lo achaparra. A veces pienso que le toma la medida al cielo para iniciar un despegue vertical como esos aviones Harrier tan de moda en los filmetes bélicos de los años setenta. La verdad es que Brígida se tomaba su tiempo haciendo que la severa función clorofílica de MMM se ejecutara estrictamente según mis instrucciones. Yo quería verlo deshacerse literalmente- como aquel viajero del cuento de Bolaño-. Calcinando sus ramas. --“Y sabía que se moría y tomaba el sol a la brava como quien se despide de alguien muy querido. El viejo turista se despedía del sol y de su propio cuerpo y de su vieja mujer que estaba a su lado. Era cosa de verlo y admirarlo. No era un cadáver el que se estaba tostando allí en la arena, sino un hombre. Y con qué valentía, con qué delicadeza”--.

Nadie ha descrito jamás una más fiera ceremonia de la luz y nadie hubiera sido capaz de escribir la muerte de mi madre Pepa en una fotofóbica soledad como de película de Bergman con exorcismos de William Friedkin, entre alaridos dolorosos, blasfemias delirantes, insultos elásticos como pulseras de goma y ácidos vómitos. El tumor intraocular de mi madre fue un “visto y no visto” que se extendió vertiginosamente por toda su cabeza en tan solo dos meses. En un primer estadio solo gemía amargamente lamentando su mala suerte, pero a los cinco días del diagnóstico definitivo se agrietaron las paredes de la casa con desgarradoras imprecaciones en toda las escalas de los dolores verbalizares. MMM, desapareció esa temporada inmerso en uno de sus rodajes y nos telefoneaba diariamente refiriéndose a Pepa como “La punki”. ¿“La punki” ha sacado canción nueva?. ¿“La punki” ya pide una escoba voladora?. ¿Cómo lleva “La punki” los ensayos de su último concierto?. ¿“La punki” ya no desafina?...Llegó la hora definitiva y

se estatuyó con un gesto visual que abarcaba como un gran angular todo el techo incluidos los pretenciosos e historiados frisos y cornisas de escayola que enmarcaban su falso cielo. Allí en la caja parecía más grande de lo que realmente era. MMM, al que avisamos para que viniera desde Canarias, dijo que no la cerraran los ojos, que la cámara y los ataúdes engordan mucho y que así podría observar en tiempo real el negro futuro que la deseaba el destino. Luego, fumando un pitillo, mientras los pésames, al ver que cerraban el arca con el cuerpo presente de su castigo, majestuosamente dibujó un gesto muy amplio de su brazo con la palma hacia el suelo, bajó solemne desde arriba y farfulló teatralmente la frase que terminaba en un disolve el peor definitivo plano de su carrera: Fade to black. Pepa para MMM en su vida y en la muerte fue la más elocuente metáfora de una televisión donde el pesimismo era obligatorio. Por muchas más razones dejó al sol mañana y tarde esos amojamados restos de MMM. Para que cicatricen sus faltas de amor y la desalmada capacidad que siempre tuvo a gala para hacerse el importante sabiéndose un despojo. Es un molesto vegetal roto tan admirable como desechable. La naturaleza con esa especie de palmera chaparra y ocresanta no tiene piedad y la procura un desmerecerse tan cruel como ecológico. Una buena palmera tarda en morir sin cuidados sus agónicos 10 años. El sol seguro que hará bien su trabajo y MMM se reseca pronto. Antes de que mi hija pueda descifrar su maldad, aunque a veces pienso que detrás de esa beatífica estampa de viejito moribundo, en una blindada parte de su mente, este indeseable está realizando películas porno para alguna productora americana que le sirve scorts de lujo y machotes con almidonada polla inarrugable que aguantan sus caprichosos encuadres. A MMM le obsesionaba mover mucho la cámara.

El “sí pero no” es una diletante frase española que aplicada al tabaquismo cobra un valor rayano en lo sublime. -Sí fumo pero no me lo trago- o el -sí fumo pero poco- o el -sí fumo pero en grandes ocasiones- o el -sí fumo pero-... ¿Se puede tragar el humo como se traga un buen vaso de vino. Sí pero no. ¿Qué cantidad de picadura rubia y papel diferencia el poco del mucho?. ¿Existen grandes o pequeñas ocasiones para fumar?. Sí pero no. Me pregunto si habré sobrepasado el techo de fumar tan solo de uno en uno los cigarrillos.-El “sí pero no” es un concepto empalagosamente alquitranado-. Al otro lado del humo hay un mundo entero. Otro mundo más grande y desconocido. Un mundo separado del que vivimos todo el tiempo. Al otro lado, previsiblemente, se respira tan nítido como lo haga cualquier especie no evolucionada. Por eso es tan distinguido el consumo de tabaco. ¡A cuantos animales hemos visto fumar! La afición al tabaco es tan hereditaria como la esterilidad. Reconocí ser un eterno exfumador tras una densa y profunda

bocanada de “toast” inglés. Cualquiera, en un momento de descuido, puede dejar de fumar sin apenas darse cuenta de su tremendo error. Solo deseaba aspirar con parsimonia mi cigarro y a la vez hacer como si estuviera suspirando por algo realmente importante para la humanidad. Había regresado a la cautividad de los millonarios radicales libres mientras se esfumaba el exfumador”.

En ese punto aparcó su discurso y me pasó delicadamente la factura. Con lo que pagué me podría haber comprado una rica cajita de habanos pero no estaba muy inspirado esa mañana. Lo dice la canción:

La veleidad en cigarro es lo que tiene,
Que según pasa el viento se va y se viene.)

NOTA.-El humo de segunda mano puede impregnarse en el pelo, en la ropa..., en cualquier superficie. Lo llaman humo ambiental cuando realmente debían de hablar del humo de los otros o del que no es tuyo o del que no te da placer o del que no te quita el mono.

El corazón de Malena es un campo minado de sorpresas, una luminosa transparencia de equivocaciones, delirios y cariño. A mí, desde pequeña, los campos minados me aterrorizan estén donde estén y tengan el destino que tengan. Me aterra la poética de colisión y más la de los estallidos. Malena trae regalos a MMM que hacen que le brille el rostro y mueva los dedos de las manos y los pies como en un tribal *kathakali* agradecido. Combina Malena, para el postrado viejo, jabones artesanales de esencias florales del bosque con unos finos tocinillos de cielo del “Mallorca” que deposita delicadamente en su boca con una dulzura impropia de una maltratada con su maltratador. La dificultosa y babosa forma de deglutirlos MMM me traía la evocación de malas sensaciones, de pasados malos momentos, imborrables: me refiero a cuando llegaba de madrugada en taxi que era inequívoca señal indicadora de colosal borrachera. Era siempre Malena quien lo ayudaba diligentemente a desvestirse en el cuarto de invitados. A veces tenía que bañarle de pies a cabeza porque se había meado encima, o se había vomitado o se había “evacuado por la pata abajo”. Alguna vez participé de ese bochornoso espectáculo y auxilié a “Sor Malena” a ganarse su salvoconducto para enroscarse triunfante a los pies del Creador, próxima a los serafines y querubines de la corte celestial. Malena tenía ese denigrante residuo cristiano que le inocularon las monjas teresianas y que adornaba con suntuosidad sus muchísimas virtudes. Transcurridas pocas horas, MMM, en un alarde de impresionante capacidad de recuperación, miraba de reojo el periódico matutino junto al desayuno desde su indismulable abotargamiento y nos regalaba ocurrentes comentarios sobre los

políticos, los magnates y el “famoso” que habían sido portada. Los ridiculizaba con la saña de un perro rabioso y la desfachatez de un triste payaso de circo. Eran comentarios jocosos y a veces incluso agudos que ni nos devolvían el sueño perdido ni nos alejaban de su perfidia. Una vez, MMM, con las espinas del lenguado, escribió paz en el plato. Era muy hábil con el cuchillo y nunca tocó con los dedos el alimento. Al menos en nuestra presencia. Tenía unos dedos tan atractivos como los de un músico y sin embargo el hecho de que dieran la sensación de no pertenecer a nadie no los hacía deseables. Siempre que pienso en MMM empiezo por sus dedos. Es un agobio infantil que nunca superaré y que no tiene motivo para permanecer plantado en mi álbum de las manías. Pepa, en esas raras ocasiones en que coincidíamos sin batallar, preparaba un chocolate en polvo espeso como para una familia numerosa de compulsivos glotones. Lo hacía en una enorme caldera de cobre y lo removía con un gran cazetón de madera. Nunca nadie hizo un chocolate ni parecido a aquél. La cantidad de saladas lágrimas que necesita un bombón líquido para ser mejor que magnífico es el único secreto bien guardado que mi madre llevó a la tumba. Ese visible secreto era un abismo que se había creado en su interior, que la dotaba de un vértigo amenazador y que amargaba hasta el aire que se podía respirar en veinte metros a su alrededor. Era el aire viciado de la venganza que su cobardía no la dejaba perpetrar a cuchillo. Los cuchillos de cocina, agazapados en su cajón, lo percibían perfectamente y su agudo filo se estremecía como cuando los rascaba la piedra eléctrica de los cortes finos. Ese vacío abismal tan presente también en el estómago herido de MMM era la sensación más parecida a la del primer agujonazo estomacal del amor juvenil que su resaca podía soportar. Para nosotras era simplemente un chocolate agitado e indigesto que consagraba en taza el fracaso matrimonial de dos seres odiosos. Era arrancar el día con la angustiada sensación de desenamorarse perdidamente. La atmósfera de nuestro comedor era sólo comparable a la de un gabinete de crisis de una empresa de preservativos con sabores. MMM, sin embargo, no disimulaba su rechazo a este cuadro dramático que se representaba a dos cuartas de sus narices porque estaba acostumbrado a mirar a través de la cámara o en el monitor de seguimiento. Él solo componía el cuadro y esperaba resignado pacientemente, con cara de póker, el momento de dar por válida la toma. Nosotras tres no debíamos interpretar el papel a su total agrado o esperaba una interpretación más apropiada a una situación tan extrema. En la inexpugnable cabeza de mi padre todo era susceptible de ser visto desde otro ángulo. Esas detestables mañanas, más que el frío se percibía en el salón la presencia de la ausencia de calor, aunque su situación al oeste le proporcionara un acogedor y familiar ambiente soleado. Esa casa nunca tuvo ni cuartos para sobreentendidos ni despensa para las metáforas. En esa casa se vivía el día



a día con la impunidad de los telediaros.

Vida y milagros de la imagen

La iconografía y los recuerdos que han ido conformando lentamente el curso del río de la vida de varias generaciones y que actualmente descansan adormecidos en los empolvados archivos del pasado son realmente interesantes materiales dignos de un intento de rescate del anonimato o del olvido. Existen momentos de televisión, de radio y de cine tan hondamente instalados en nuestra memoria y tan familiarmente incorporados a nuestro imaginario, que parecen estar acompañándonos desde mucho antes del inicio de nuestra propia existencia. Imágenes grabadas por la fuerza incontrolable de los invisibles espejos que habitaron las cabezas de los guionistas y realizadores y de las sombras de una sociedad cuatro décadas enferma de franquismo. Nos referimos a la compilación de imágenes “inventario” que conforman el catálogo de nuestra cultura más doméstica y que en sí mismas simbolizan, -cuando no retratan con fidelidad-, los aspectos fundamentales de nuestra forma de percibir y vivir la realidad que nos rodeaba.

La nostalgia del mundo vivido, que permanentemente han recreado los medios, es un deforme universo coartado por actitudes, comportamientos y estéticas que grabaron en nuestro corazón -sin nuestro consentimiento- imborrables imágenes. Estas imágenes a su vez han sido y son en la actualidad capaces de generar otros referentes y a nuestra memoria recobrada se la procura el empeño de permitir la comparación y dar recorrido a la capacidad semántica, de aportar otras lecturas y perspectivas que amplíen su significado propio y de padecer su nueva andadura.

Pero la historia de la TV y no sus malvados hijos devoradores de sueños son el motivo de estos apuntes de urgencia y en algunas videotecas no visitables descansa un ingente recopilatorio para el estudioso de la evolución de este asombroso cuadrado hipnótico que desvirgó un dictador vestido de militar.

Miró sus manos como si fueran ajenas y se entretuvo un par de instantes en los dedos que dieron ritmo a las miradas y detenían el tiempo en una dirección o en otra, en un ángulo o en otro, en una falsedad o en otra, en un descuido o en una evidencia. Era el chasquear de sus dedos con precisión lo que modificaba y secuestraba la mirada de los otros. Eran dedos “de realizador” que modelaban en sus elecciones la forma de interpretar lo que sucedía, lo que otro consumiría con sus ojos como propia visión. Eran los dedos que consumaban y consagraban litúrgicamente la mentira del mirar del espectador. La dirigida manera de

deambular por los sueños y consumir ilusiones. Unos dedos finos y largos de tahúr fullero marcando los intervalos para que los corazones latieran. Un estiloso burlanga. Nada tenía que ver este pensamiento con el compromiso de contar. A partir de ahí, sin pausa y sin prisas nos arengó como un general predicaría a sus soldados tras una honrosa derrota.

El share. El puto share. Aquí hizo una pausa que él diría “larga como meada de borracho”.

—Qué lástima que la tristeza y la decepción no puedan medirse con números. Los aficionados a la matemática elemental podrían calcular la cifra exacta de lo que habría podido aumentar la felicidad de los espectadores si las audiencias de la televisión correspondieran a la realidad.

Un expectante silencio se posó en el ya fatigado rostro de los contertulios. Nadie asintió y nadie replicó. Uno de ellos aprovechó para sacarse un moco con disimulo observando que todos estaban pendientes de que MMM soltara a continuación un divertido exabrupto o una procacidad innecesaria. Hasta las dos moscas gandulas que recorrían la barra cerca de las copas detuvieron por un instante su aleteo sorprendidas por la repentina bajada de tono.

—Amigos, lo único que me salva es que ya no pueden desenterrarme y profanarme el culo. Tampoco serían capaces de vaselinizarme esos jefecitos jibarizados que llegaron a sus alturas trepando como escarabajos peloteros, escalando un muladar vertical que terminaba en la planta de la moqueta: la planta noble. “Del súmmum de sus logros al mínimum de sus aptitudes”. Un perfumado muladar prodigioso.

Dio varias caladas nerviosas a su cigarrillo y lo apagó con desprecio, sin terminar, en el cenicero que le proporcionó un camarero consentidor, haciendo la vista gorda, sobre la prohibición del humo en favor del asiduo consentido transgresor.

MMM hacía instruidos gestos antiguos como la historia y juegos de palabras a veces muy acertados. Cuando hablaba de la influencia social del medio se refería a éste como una delicada “telearaña insectívora” en la que los humanos quedaban atrapados como bobaliconas moscas. MMM ahondaba sus raíces en la superficialidad del trabajo de contar como quien comiendo pipas se siente haciendo deporte. MMM nunca se interesó por los seres vivos y se ocupó de los que estaban enganchados a esa letal droga cuadrada que seca el cerebro mientras te hace uniforme el pensamiento y plano el sentimiento. *-Sus dosis necesarias en tecnicolor instituyen la garantía del sistema económico del invento-*. Un concepto mediático que trataba de sintetizar el gran colorido viaje a la nada sentado cómodamente en un sillón. Sin tener que meditar en la climatolo-

gía de las estaciones para hacer las maletas y sin haberse informado de los lugares de interés del destino. Sin darse motivos para volver. Un viaje -curiosamente a ciegas- que recorre inaprensibles iconografías de los sueños de otros. Un viaje contradictoriamente inmóvil y carente de inocencia. Y así era como le gustaba tejer de contenidos sus programas atrapamoscas. Sin pausas donde meditar, sin ritmos elocuentes donde refrescar el parpadeo que el corazón precisa para sentir, sin puntos de fuga por donde la mirada descansara del avasallador empujé de lo digerido y sin vergüenzas. Una pegajosa -telearaña circular- rodeaba sus programas y los convertía en imparables esferas rodantes hacia el corazón del entretenimiento cargadas de letales magias adictivas. Un “puto genio”, como él gustaba llamarse, al servicio de la luz menos brillante y rara vez inteligente del cerebro. Nada se asemeja tanto a un subidón de vértigos como la caída televisiva de un ídolo mediático.

“Es muy jodido alimentarse exclusivamente de sangre de insectos mirones y hacer correr las agujas del reloj a punta de navaja para llegar a tiempo de salvarse de una maldición: afortunadamente todo se empequeñece a su paso por la televisión”.

¿Todo?. Su gran proyecto para el telediario de la noche, el -TELEDELIRIO-, se fundamentaba en « la entrevista definitiva a Dios». No sería una entrevista exclusiva de su imaginario perfeccionista en busca de la excelencia como vehículo a la transcendencia. Sería “la de dios”. Y ahí se cuadraba más ancho que largo. Sin despeinarse. Entre los actores mayores buscaba el intérprete que construyera esa arquitectura gestual y dialéctica con divina verosimilitud. MMM, el muy engreído, se emocionaba y desataba todo su potencial creador ante lo excepcional: “*un magno portapedos o una obra de Leonardo*”. El no hacía distingos entre la nalga de una buscona y el inocente candor de una creación de elevado rango artístico. Probablemente ese era su mejor truco para embaucarnos. A todos menos a los próximos. Márbara en esas frecuentes disquisiciones dialécticas de MMM sobre su ego, donde se suponía que ni los dioses eran merecedores de su interés, mostraba los dientes sin cepillar y las afiladas uñas rebelándose. En esas ocasiones se desmelenaba y lanzaba por su boca nicotínicas frases sucias impropias de una mujer en sus cabales que arañaban más que su desgarradora manicura francesa de moda para, a renglón seguido, abismarse en su habitual oleada de infelicidad.

PASSING SHOT (Esquivando pelotas)

¡Cinco y... acción! Y ...¡A negro! Estas dos frases son un paréntesis que *compendia y establece una cantidad determinada de intencionados chasqui-*

dos de dedos que determinan el ritmo. La toma, (SHOT para los presuntuosos), es una maniobra evolutiva de la cámara con principio y fin. El tiempo transcurrido desde que el director-realizador grita -¡Acción!-, hasta que la detiene con el - ¡Corten!. Tres elementos básicos conforman su expresión última: el plano como medida visual de proporción, el posicionamiento de la cámara respecto al objeto y los movimientos de ésta. Encuadre, angulación y movimiento son las características determinantes. Cualquier manual de iniciación explica en detalle hasta el aburrimiento estos conceptos y la incorporación de su automatismo de lenguaje la forma de abordar el trabajo es la que diferencia los estilos personales. EL PLANO ES LA UNIDAD BÁSICA DE EXPRESIÓN. Lo más plano de un plano es el encefalograma de quien lo determina sin una gramática bien pensada que sea capaz de integrarlo en la continuidad.

MMM sumergido en su travelling final es como un plano secuencia de una virtuosa inutilidad tentadora. Cuando Brígida va a la compra o sale a darse un pequeño paseo reparador de este infernal trabajo y si Lucía está dormida, torturo a MMM con su propia imagen. Tomo un espejo de aumento de los del baño y le voy mostrando su decrepitud parsimoniosamente. Sigue el proceso absorto en su desgracia, paladeando sin ánimos su desdicha y mi cruel resarcimiento sin emitir queja alguna. Su respiración se agita y la comisura de sus labios tiembla con un ritmo baboso que deja llegar los hilitos de saliva transparente hasta sus huesudas manos temblorosas. Cuando percibo que está más sumido en la melancólica excitación de verse en tan lamentable estado le muestro un antiguo álbum de fotografías que Pepa había seleccionado en su peculiar enamoramiento. Momentos deportivos de tenis, de pádel, de squash o de frontón donde la plenitud exuberante de MMM destacaba en su fresca prestancia y en su desafiante reto físico de triunfador “de pelotas”. Casi nunca miraba a cámara y esta, prendida de sus masculinos atributos, se recreaba en su atrevida disposición al hedonismo cautivador. MMM era un ejemplar de macho ibérico poco convencional. Tenía una innata elegancia en su presencia que rozaba en los rasgos lo femenino y que proveía de un encantador refuerzo a su principal elemento de seducción que era el pico de oro, con el que paseaba la biósfera de sus conquistas, aliado y camuflado en el disimulo para abatir las presas de forma expeditiva e indolora. Le expongo las fotos muy cerca de su nariz para que no pueda dejar de prestarlas atención y compruebo concienzudamente que le suba la temperatura corporal nerviosa hasta llegar al sudor. MMM exhala una secreción transpiratoria fría que le gotea por las sienas brotando desde unas microscópicas epidérmicas glándulas de orines faciales. A veces tengo la sensación



de que él preferiría que le pasara el filo de un afilado cuchillo de cocina por la garganta y que esa caricia de un imaginario dolor le confortaría y le ofrecería la esperanza de que mi pulso se alterara y en un incontrolado arrebató lo degollara. Por eso no lo hago aunque a veces he pensado otras torturas de más maliciosa perversidad. Me pone de buen humor hacerle sufrir. A este cabronazo se le ha muerto hace tiempo la sensación de estar vivo y la malentierra junto con su pasado a golpeteados soplos de irritante respiración. Como la descolorida memoria de un ciego garrapatea mi espacio visual haciéndolo insufrible. Seguro que en su nebulosa calcula mentalmente el flujo de mi poder sobre su cuerpo y el miedo le paraliza el pensamiento. Una vez llegué a desmayarlo y lo desperté arrojando un vaso de agua helada sobre su rostro. Luego le sequé con cuidado la inerme cara despavorida. Se hizo pis y caca. Brígida, que regresó al poco tiempo de los recados diarios, cayó los paquetes de la compra al suelo impresionada por el descomunal volumen de la descarga corporal. Había desbordado el pañal y llegó a chorrearle todo mezclado por debajo de las rodillas hasta el parquet de roble canadiense. Tuvo que bañarlo completamente y fue incapaz de lavar la ropa. La metió en una bolsa de basura junto a las toallas que utilizó para asearle y llevó este pestilente desahogo al contenedor verde de la esquina de la calle. El olor impregnó la habitación y tardó dos días en ventilarse. Hubo que pasar por la lavadora las cortinas, la colcha y las sabanas. Pienso que Brígida sospecha que lo maltrato y reza por mí a la Virgen de la Candelaria de Copacabana, patrona de Bolivia. Brígida a veces acaricia a MMM como lo haría con un encogido gato desvalido durante mucho tiempo seguido y consigue dormirlo. En esas ocasiones aprovecho para despertar a Lucía que siempre hace alarde en su vuelta de las nubes de la fantasía de una capacidad pulmonar de vicetiple enajenada saludando a un mundo sin volumen. Procuró para MMM, cada instante del día, la peor calidad de descanso posible. Es mi quehacer más estricto y a la vez la más frágil y mimosa obligación cuando después de mis dosis de paz necesito autoafirmarme.

La serena belleza de Márbara germinaba como la semilla de un látigo de viento sobre una pared recién pintada. Se percibía en la distancia corta con un violento rasgo trazado profundamente de un acertado único golpe. Era, en esa plástica modernidad pictórica, una belleza clásica y sólida que se significaba en curvas de riesgo y elegantes movimientos. Márbara era un cuerpo diseñado para pensar en estéticas de gran formato y en bocetos de sutil predisposición gráfica. Era lo que los pintores consideran un organismo limpio y los fotógrafos un clic de cuerpo blanco perfecto. Toda ella era un soporte de encuadres definitivos,

espontáneos y sencillos. Era como si hubiera encarnado el segmento áureo de un aliento exquisito entre luces de agua y sombras de aire. Una maravilla animal y radiante de afabilísimas facciones y mohines de Gioconda con colirios a la que nunca se vio llorar. Así la sentía la aguda nota visionaria de MMM que más que reparar en su severa hermosura la presentía como un dibujo animado implantado en su vida y con el cual tenía el privilegio de interactuar desde una esfera superior de poder. La desaconsejó estudiar en la Facultad de Ciencias de la Información y recondujo astutamente sus pasos hacia la carrera de Políticas, un empeño que nunca la interesó pero que socializó su carácter huraño con la gente y moderó su instintivo narcisismo hasta convertirlo en natural naturalidad. Márbara no era consciente de su poderío gestual y el desenfadado lenguaje de su cuerpo. Ya pasados los 20 años se confundía con el de una prematura adolescente de trece. Vestía sin embargo con un regusto viejo y gastado donde la moda parecía haber tirado una toalla mojada sobre una percha. No le gustaba la plancha y sus atuendos casi siempre de lana o de algodón carecían de apresto. Parecían usados y empeñados en ocultar con desdén las esculturales formas de sus pechos y sus caderas de hembra madura. Márbara, por norma corriente, perdía mucho el tiempo y nunca lo encontraba, pero a la familia nunca nos importó demasiado que su reloj no se coordinara con nuestra zona horaria. MMM ansiaba que el mundo fuera un silente fotograma congelado al paso de su hija y que la coreografía a su alrededor observara un transparente flou de irrealdad, que sus circunstancias fueran un largo trévelin volador sin parones y que el plano tres cuartos de la niña nunca poseyera brillos de ningún género, salvo los de su mano protectora. El maquinal inconsciente de MMM planificaba en sus delirios un itinerario sin sorpresas de foco, que aislara de cualquier tropiezo o de cualquier eventual fastidio la belleza insensible al halago de su hija favorita y anhelaba, con toda su alma, un plano secuencia magistral que la llevara desde la niñez al altar, donde un rendido príncipe le juraría eterna fidelidad. Ese príncipe ideal la obsequiaría con todo el activo volcán de amor que la enfermiza truhanería de MMM -leal e infatigable compañera de seducciones-, había escatimado a la montaña de novias que se benefició. Yo fui ese príncipe encantado. Bueno, fui algo más: un príncipe encantadísimo en caballo cojitranco. Llámame Antonio Rodríguez Fuentes es tan vulgar que no me ayudó nada. Saber que nadie llega al matrimonio en su sano juicio sin haber cometido al menos cien errores imperdonables fue mi peor travesura.

No pienso volver a fumar y mucho menos pienso dejar de fumar por convicción. Los cigarros que no fumé eran los mejores y los que me fumé eran los más sabrosos. ¡Cuánta compañía me hicieron!. La mejor compañía te la da la amistad y es más perdurable que cualquier amor. Su balsámica perversión te ayuda a vivir y te hace más llevadero el camino. Aunque sea menos doloroso

uno no puede abandonar un placer como se abandona un perro. Los vicios aspirables no los renuncia el cuerpo, son ellos los que nos desatienden una inesperada mañana llena de tos. La nefasta amenaza de los buenos modelos es muy deplorable. Un mes cualquiera sumido en la bochornosa bruma personal puede ser más consistente como razonamiento que una ojeada cómplice a quien triunfalmente ostenta su gozosa salida de un asma crónico. Odio a ese grupo de valientes vencedores que abandonan la guerra sin firmar armisticios invocando una paz sin vencidos. El hilvanado sofoco de una humareda es el presagio del fin de una batalla que nunca debe contemplarse como una niebla pasajera sino como la más importante nube de vaho que, pasando por la garganta, colma y calma las peleas de tu cerebro. Es tan importante la lucha como la imperiosa necesidad del fragor de la contienda. Hoy puedes ganar un pitillo y perder un ejemplar compañero de fatigas. Hoy puedes, sin darte cuenta, convertirte en abstemio. ¿Cuántas veces una pena merece la pena?.

MMM sostenía, con su atroz vehemencia, que si decíamos adiós a una estrella era para el resto de nuestros días por mucho que los cometas se empeñaran en acercarnos sus recuerdos. Mi padre, casi a escondidas, cada noche espiaba los cielos con un viejo telescopio. Las estrellas le inspiraban despiadadas escenografías de luz que luego rellenaría de ideas que se corresponderían con los firmamentos que él inventaba y bautizaba: La constelación de los tomates, la de las lechugas, la de las peras, la de los melones, la de los pepinos ... Eran todas fantaseadas vegetaciones comestibles y correspondían a un aleatorio orden geométrico que él desparramaba a su loco albedrío por el universo nocturno ironizando con las formas desde una agrícola perspectiva orientativa. Pepa odiaba el telescopio de la azotea donde MMM se fumaba las noches del Malboro siempre recién llegado de NY. Se lo traficaban dos amigos pilotos que hacían esa línea semanalmente. A él le gustaba “*el cigarrillo fresco como el pan diario*”. Cuatro cartones le duraban menos que las fases de la luna.

— *La luna llena*- nos ilustró una noche- *dura varios días. Sin embargo, técnicamente, sólo está totalmente grande unos instantes antes de empezar a menguar. La luna necesita un mes para completar sus fases. Lo mejor del cielo es que nada existe más allá de él y bajo el mismo cielo todos tenemos la certeza de que la oscuridad será vencida diariamente por la luz.* Los amaneceres nicotínicos tan frecuentes de MMM eran saludados por Pepa con chocolate, galletas y unas copitas talladas de anís rebajado con agua. Al lado de cada amanecer dormitaba un storyboard junto a un cenicero relleno de colillas y unos despuntados lapiceros de colores.

Enormes discursos de un pitillo de duración. Un pitillo que se fumaba solo. El Pub bullía a fuego lento y los parroquianos eran un estofado de lentejas bien sazonado de colesterólicos placeres prohibidos.

__El mundo real lo crea nuestra mente, no la televisión. Es acojonante esta diaria nebulosa estelar del “postureo” mediático flotante como residuos volanderos intergalácticos, porque, en un universo hispano de miles de profesiones esclavas, el nuestro siempre fue un destino y un oficio de hombres libres. Llevo en tres meses -retirado de la fabricación de amnesias temporales - una vida fuera de la tele-. Otra recién estrenada vida más que cargar en la mochila. Como sí mi espinazo fuera una memorable videoteca donde se vertebrara en cada disco amortiguador una vida estrujada por cada diez proyectos consumados. Espalda mochilera plana como una pantalla de plasma aplastando a un ganapán engañoso y chupóptero. Mis discos no dan para más. Andan “petaos” pero no se resignan a ser dóciles: son discos que funcionan “por libre”. La mierda es inacabable e infinita en lo referente a -mi vida laboral- que tantos premios cosechó. Es como una lenta panorámica de 360 grados con un aberrante ojo de pez que recomienza sin ningún cambio y va tomando una desmesurada velocidad de crucero mareante y desenfocando el centro. (El trípode es uno mismo y su circunstancia aprendida: informar, formar y entretener). Pez en un irreparable torbellino hacia un océano de inmundicia. Coletazo tras coletazo, burbuja tras burbuja, vida tras vida rodando, buceando, tolerando las responsabilidades envasadas en la absurda pecera mochilera telarañosa de mi trasera filmoteca.

“Desfiguraba sus pornográficas miradas a quemarropa con una perturbadora inocencia no exenta de cinismos. Colgado de Internet, cada noche, miraba coños como si sus ojos se hubieran fugado de una máquina de deshuesar aceitunas. Igual de oleosa y fuliginosamente. El cerebro, ese musculo con facilidad de adicción a cualquier tipo de recompensa había encontrado en esas páginas su paraíso. Como secuela y consecuencia de su irreprimible ardor pajillero, enfermo de las forzadas abstinencias que cocinaron sus testículos en su propio añejo jugo, adiestró su mano con todo tipo de engaños convirtiéndola en un contundente pulso de “PARKINSON GRAN LUJO”. Lo que la infelicidad no borró lo perdió su memoria a manotazos desentrañando cien maneras de enjuagarse el ojo y desplomar la polla. Todo un caso.”

LOSERS CLUB es un lugar para llorar a gusto. Una isla de lágrimas en el océano de los llantos. Un lugar donde cualquiera que se sienta un puto saco

de pus se encontraría en ambiente. Un espacio lúdico donde las emociones negativas se pueden compartir y disfrutar. Un recinto doloroso cerca de tu casa donde sentirse y exhibirse como en mismo infierno al módico precio de un botellín de cerveza. Entornado en su aire acondicionado con emanaciones de sulfóxido de tiopropanal, un gas cebollero que actúa como agente lacrimógeno que se genera al tronchar en daditos las capas de la cebolla y que diligentemente se encarga de liberar unas irritantes y melodramáticas enzimas conocidas como alinasas. Estos fermentos se mudan en vapores de ácidos sulfénicos y convenientemente dirigidos por la ventilación del local hacia la pituitaria de los parroquianos los arrastra al llanto a chorro vivo, al navegable y hondo lagrimeo y al moco tendido. Una menuda delicia pegajosa donde los tontos constatarán que hacer tonterías es fácil porque es fácil imitar a los tontos y muy difícil parecerse a los listos en trance de perecerse. Algunos de estos refinados inimitables, presos del pánico y con la cobardía por bandera, están de continuo regados por las mesas como quien está condenado a formar parte de la estruendosa comparsa de los extenuados. Lo que la mentecata infelicidad no borra lo pierde la memoria en este tipo de establecimientos tan de moda en la capital.

Hoy la actuación estrella era de un perro ejecutivo al que se le habían rayado las barras del código ético. Una larga actuación si se toma en consideración que en astrofísica el tiempo pasa más despacio cerca de un agujero negro. Eso es lo que Einstein llamó relatividad especial: donde dos observadores que viajaran a velocidades distintas verían un mismo rayo de luz desplazándose a idéntica velocidad, independientemente de la suya propia. (¡Que cosa más grande!). Pero sólo podría llevarse a cabo esta ocurrencia si cada observador percibiera el transcurso del tiempo de manera distinta. (¡Cosa improbable!). Einstein, además de tener siempre razonablemente lenta la razón, era un tipo moderado que nunca hubiera dado dos pasos conscientes para conocer este antro. El tipo en cuestión, el ejecutivo rayado, ofreció un monólogo extravagante sobre el muro de silencios que se levantó en su camino a la única vida que podría disfrutar sin problemas: la vida eterna. “Hay gentes que mueren sin haber estrenado la vida y otras que la gastan sin completar la adolescencia” gritaba enfurecido subido a unos coturnos. Enredado en un simulacro de muerte, subido a un féretro de aluminio se disparaba tiros en el las piernas con una pistola de fogueo mientras recitaba sus argumentarios de infelicidades frente a una muñeca hinchable que simulaba ser su apenada esposa.

Entre el gran desorden de papeles que Malena me volcó para este recopilatorio se deslizó, en un descuido, esta declaración de principios del colaborador becario de papá Antonio Pernas, que tras varias

peripecias fue su asistente personal (“Antonio a Peras” que le bautizó MMM). Curioso personaje el tal Pernas que tantas y tan tórridas desesperaciones suscitó en mi hermana con su discreta afición a los hombres. Por su valentía y por su descaro sincero creo que merece la pena detenerse un momentito en sus rumores de vistoso valle seco.

Otro estatus

En el tiempo que vendía los guiones de otros para la televisión, me dieron tantas patadas en el culo y tan mal dadas que mis abultadas hemorroides sufrieron inflamados complejos de balón de fútbol en un partido de tercera. Decidí dejar esa profesión, crear mi propia empresa y dedicarme a la compra-venta de talentos. Soy un resplandeciente HH. Un nuevo iluminado -head hunter -.Mi empresa se llama S. O. (Solutio Outsourcing TV) y está compuesta por un servicio automatizado de teléfono, un local de 37 metros cuadrados contando el baño, un anuncio semanal en prensa especializada, un ordenador (-por supuesto sin estrenar-) con una potente base de datos relacional, seis trajes Adolfo Domínguez, media docena de camisas Armani, cinco corbatas Hermés, dos docenas de calzones K.Klein y tres pares de Fluchos picudos.

¿Qué buscan las cadenas en mi gabinete? Cuando acuden a un “caza talentos” con raza (que es mi caso) para cubrir una necesidad ejecutiva, les ofrezco una tabla con los siguientes parámetros a cumplir por el aspirante:

- Mixtura de ingenio reconocido, competencias personales impolutas y aptitudes probadas.
- Capacidad innata de liderazgo y resuelta comunicación con los equipos.
- Facultad concluyente para la toma de decisiones y retos con capacidad de ejecución. (Visión anticipativa para generar estrategias).
- Capacitación por encima del resto de aspirantes posibles.
- Cuatro idiomas hablados y escritos.
- Aspecto físico notable o envidiable.
- Adaptación inmediata al puesto ofrecido.

Con estas meditadas condiciones mi agenda de contactos de entonces resultó inútil para la nueva labor. Por suerte, mis primeros encargos fueron de incuestionable éxito. Los perfiles establecidos coincidieron siempre satisfactoriamente con los hijos de los presidentes que me confiaron la exploración del mercado. Es cierto que hubo que retocar sensiblemente el pedigrí y las condiciones del candidato ideal pero, tratándose de puestos directivos para teledifusoras, no fue un empeño complicado. Pronto alcancé un grado de notoriedad en el sector que elevó mis honorarios vertiginosamente a cifras indecorosas. Mi popa comenzó a echar en falta las adiestradas y

certeras patadas de los jefes y los incómodos sillones de restaurante exótico donde cerraba esos quebradizos negocios a golpe de comisión fraudulenta que descontaba de mis ganancias. Mí -atrás-, habituado al permanente proceso de disolución de hematomas, sufría esa falta de ardor guerrero materializada en puntapiés. Ayer me mancomuné con la asociación de egresados de una prestigiosa universidad privada de CC. II. y simultáneamente a este acontecimiento conocí casualmente el hombre de mi vida: mi verdadero padre. Hoy, tras presentarle a mi actual novio, ha fallecido azarosamente de un ataque al corazón. Sus últimas palabras fueron un consejo que retumba en mi interior con la persistencia de un comentarista radiofónico en la tarde del domingo al marcarse un gol: “Hijo no mezcles nunca el talento con el culo”. Escribí tres artículos noctámbulos a partir de esa frase, que han obtenido un clamoroso éxito. - El señorío de la decepción-. -El mando del desengaño-. - El encantador imperio del desencanto-. Las tesis que defienden en ellos se pueden resumir en el siguiente pensamiento: “La televisión como electrodoméstico mediático popular es una histriónica deposición cuyo desenlace no puede ser otro que la cloaca”. Los he firmado con el seudónimo “Paca la Burra” en una revista digital de Comunicación RDC que se edita en Barcelona. Mañana volveré a mi antigua profesión y renunciaré a esta vorágine de trampas que tan solo me reporta beneficios económicos. El trasero me exige su ración de coces con una obstinación irresistible y como mi talento, esta experiencia me lo ha precisado como -escaso-, seguro que me espera un todavía más brillante y lucrativo porvenir en la primera división de las ventas de guiones para “la cuadrada”. Ha tomado -cuerpo presente- la amenaza de presentar mis propios proyectos. Creo que todavía caben en su cesto. Todavía en las series se besan sin amor y sin escrúpulos. Es acojonante. Dos profesionales se besan metiéndose la lengua hasta las anginas. Y, también tíos con tías y tías con tías. Acojonante. Todavía le caben toneladas de mierda, de sarro y de bacterias bucales.

La vecina de mesa se levantó acompañada por su amiga camino del baño y nos miró de reojo. Llevaba una camisa brillante y un cinturón hecho de cadenas de plata que apenas la tapaban unas bragas de seda que ambicionaban ser unos leggins agonizando desvaídos en la rodilla. Era presentadora en una recién nacida TV local. Presentaba un magazine por las tardes que unía cotilleo, moda y canciones. Sus majestuosas tetas eran como acerados balones reglamentarios de la Liga Nacional. Sus labios habían recibido la primera ración de botox con un aceptable resultado y la bragueta de su jefe sonreía alegre con esas hinchadas y provocativas consecuencias. Llevaba el decidido y orgulloso trote no de la

que va a mear, sino de la que viene de vencer una batalla astral en una guerra de ciborgs intergaláctica y “de pasito” haber salvado de los malos al cautivo planeta tierra. La amiga, menos putona y más práctica, como una ostra desprovista de su artificial perla, llevaba su bolsito en volandas con el mismo cariño que acarrearía un cachorrito de caniche recién perfumado. MMM se cargó los huevos a la izquierda, que era su postura de macho en disposición y removió flemático, casi distraídamente, los hielos de su copa con el dedo índice. Sacó el immaculado pañuelo de hilo con sus iniciales primorosamente bordadas y se limpió educadamente un picorcillo reflejo en la nariz mientras Carlos desorbitaba sus ojos tras las dos mareantas.

-La buena salud es sencillamente el más bajo precio al que uno puede morir - me dijo antes de encender su envidiable Cohiba. ¿Sería suya esa frase? No me atreví a preguntarlo. Yo encendí un rubio americano y él discretamente se acercó a la ventana para que no le contagiara el emboque. Cuando lo terminé, depositó silenciosamente en mi mano una panatela tan exquisitamente elaborada que no pude resistir el impulso de pedirle disculpas por mi inadecuado comportamiento médico respecto a su muy grave enfisema y a continuación pedirle una de esas largas cerillas de cedro que él guardaba para los grandes vegueros. ¡Qué bien tosíamos aquellos atardeceres en la playa!. -Convertirme en un cazador de “Miércoles de ceniza” fue mi principal obsesión desde que de niño escuché en la Iglesia que la imposición de las cenizas nos recuerda que nuestra vida en la tierra es pasajera.-Para esa volátil disculpa siempre he tenido un pitillo a mano. Un solo día al año se me antoja poco-. Le respondí sin pasión.(Mi permanente compañera nube y yo hacíamos saltar los detectores de humo de las grandes superficies a nuestro paso y se rociaban las salas con una cortina de espuma que hacía las delicias de las dependientas.)

—Alguien encerró la televisión en una jaula familiar, social y cultural en la que permanece presa y debilitada. Al borde de su muerte por inanición, sin nadie capaz de liberarla. . . Recuerdo a un productor cabrón comiéndome la oreja: “Tu tiempo se acaba pedazo de gilipollas. ¿Te crees un artista?. Eres un pijo memo y mediocre que lleva dos horas extra de desventaja. Dos horas por 15 tios de equipo son treinta horas de costo total. El perro grande te las va a meter por el culo de una en una.”

La cara de la putita presentadora a su vuelta del baño no era la de una meona convencional. Traía las pupilas dilatadas y una risa de mil dientes. Su amiga moqueaba sin disimulos y la miraba obscenamente el canalillo del escote como buscando un tesoro inalcanzable.

__Es apolotante trabajar en una cadena de burdeles donde a las putas las paga el estado. El estado las viste, las desviste y lo hace en esa ventana que decían que era de vocación pública y que llegó a ser casi pública porque serenamente ya no recuerdo bien a quien se le inflaron los huevos.-

__El coño de esa guarrilla no lo ha visitado nunca un ginecólogo. Lo lleva a las revisiones del dentista porque está sembrado de dientes con caries.

__La televisión vive todo lo que tu no vives, ese es su gran truco. Un truco que le ahorra sus posibles complejos de culpa. Recuerdo cuando la televisión era en blanco y negro. El color hace que parezca más inofensiva.

Cuando la necesidad se hace innecesaria es el momento oportuno de sacar a pastar las verdades por el árido campo de la convivencia y dejar que sus hambres mastiquen los pocos brotes de arrepentimiento que acompañen las pisoteadas sendas de la reconciliación. En ese desierto de pasiones que el tiempo inevitablemente extiende sobre las relaciones, nada es tan ordinario como el hastío con el que la arenosa cotidianidad envuelve cada repetición. Y de pronto el caos resurge manifestando toda su enérgica violencia: la maravilla de lo imprevisto es el más delicioso regalo de la naturaleza. ¡¡¡Coñoooooo, que retorcimiento!!!! Por esas y otras razones que tampoco vendrían al caso, el gato virtual que siempre acompañó a Márbara se quedó sin nombre ni apellidos. Si Maslow hubiera conocido a Malena habría cambiado su célebre piramidal esquema, porque en ella no sólo las necesidades no satisfechas influían en su comportamiento. Las necesidades satisfechas la turbaban y extendían sus motivaciones desordenando el ámbito de su relación más allá de la frontera de lo razonable. Sabía que ni MMM ni Pepa eran permisivos al tema lésbico. Y de pronto irrumpió con la fuerza de un inesperado tsunami, en el ya de por sí dificultoso discurrir de la relación, su explosivo y torrencial descubrimiento sexual a manos de una compañera de exposición. Toda su sexualidad se reveló de golpe contra las puertas de los armarios cerrados de la casa y una incontenida furia vital y peleona removió los cimientos de nuestra bien descalabrada relación familiar. La iconografía que ella manejaba y que siempre fue aparentemente desprovista de género se convirtió en una sutil reinterpretación del sexo en cada disparo de cámara, con una minuciosidad y un empeño que podría calificarse de enfermizo. Húmedas vaginas insinuantes, labios rojos sin carmín, curvas de pechos delicados en riesgo de lascivia, sensuales manos provocadoras, sedosos cabellos acolchando placeres extremos, besos carnales en el límite del educado pudor... Todo un tratamiento singular y fantástico reflejado en vasos, cucharas, manillares, espejos, charcos,..., todo aquello que pulido obtenía capacidad de rebotar

una imagen servía de soporte a sus elaboradas e intencionadas tomas. Y siempre la dilatada pupila de arisco felino acechando esféricamente una determinante acción relativa a lo femenino. Eran unas fotos hermosas que golpeaban la indiferencia con la segura violencia de un tren de alta velocidad al que MMM nunca tendría la suficiente hombría como para subir y del cual Pepa se avergonzaría de bajar si en su andén existiera la remota posibilidad de un simple testigo.

Malena no soportó la tensión de mis padres respecto a su elección y silenciosamente, casi de puntillas, se marchó a vivir con una patinadora olímpica tan hermosa como desequilibrada con la que mantuvo la relación un año colmado de viajes y farragosas peleas de celos y toys de todo tipo. (Era la primera vez en su vida que se veía morir y no sabía que sensación debía experimentar. Morir de amor no es en absoluto placentero, pero uno descubre que pasa por un momento al menos tan extraordinario como el de nacer). Sustituyó a “la gélida on the rocks” una triplete jugadora de baloncesto y a esta una “desestructuradora” cocinera muy mediática y a esa una modelo de lencería y a esa una abogada laboralista y a esa una actriz porno y a esa una intérprete de la ONU y , por fin, pudo vivir –esa- que era ella misma tal como se percibía y profesaba, en un ático maravilloso frente al Parque del Retiro frecuentado en su terraza por la luz madrileña de Velázquez, las palomas, los gorriones , los estorninos, su gato virtual de cola de tigre y alguna rara vez Francisco, un confidente gay profesor de yoga tantra en un gimnasio próximo al Hotel Wellington. (A Francisco, en su afán de reinona loca le encanta que en la intimidad le llamen Paquita Natillas, como se apodó en su momento al marido de la “frescachona” Isabel II). Malena, dice Carlos con la boca pequeña, - se balanceaba entre el resplandor y el espejismo como quien se alimenta sólo de agua salada efervescente o como un ancla intentando flotar en un pantano de mercurio o como sí el único lugar donde pudiera vivir fuera en el corazón de una bombilla encendida o como sí en su frágil y delicado cuerpo no existiese espacio para el miedo o como el corredor de motos que apadrina burros. Nunca se atrevería aliviarse de su imperiosa y fracasada necesidad de ser totalmente feliz-.

Correos reboteadores

De los miles de millones de mensajes que se quedan abandonados en el limbo muchos llevan la huella de mi teclado. No son mensajes equivocados que nos devuelve un rúter indignado por no poder dar tráfico a una dirección de correo sin destinatario conocido. (Reglamentariamente el mensaje nos es

devuelto con un informe de -dirección incorrecta-user unknow). Para que no exista duda de su irremediable pérdida, también modifiqué mi dirección de remitente con unos catastróficos nombres indescifrables y entonces ese maldito informe automático generado en correctísimo inglés no podrá llegar nunca a su destino. Rebotará un sinfín de número de veces. Brincará y rodará sucesivamente entre los pasmados hosts sin que nada ni nadie pueda detenerlo hasta que decida morir en alguna cuneta de las autopistas de la información. Eso es lo que he dado en denominar -la paradoja de mi eternidad mensurable-: los mensajes vacíos para la nada.

Hoy le escribí uno de esos a la directora de mi empresa. Se lo he mandado en blanco porque no tengo absolutamente nada que decirle ni deseo que sepa ninguna de mis opiniones sobre su cometido. Dentro de unos años, si no me responde, apagaré el ordenador.

Márbara dice que estos ejercicios de estilo no sirven para nada. No tiene razón. Yo creo que he de reivindicarme como ayudante de narrador en su historia de MMM porque entiendo que algunas metáforas que agitan nuestras neuronas desde nuestra propia óptica son irrelevantes, pero compartidas evitan ese cargante aturdimiento con el que nos salpica la exactitud y la sinceridad tomadas desde un punto de vista estrictamente individual. Realmente ocurre que la pantalla nos separa del mundo y todos los días nos roba un pedazo de dignidad. Lo indefinido es la otra parte que nos invade, que llena la alfombra de nuestro salón de hojarasca otoñales de una civilización decadente que tiene el obscuro deseo de engullirnos y digerirnos. Una civilización de fósforo y de mentiras, falsificada a nuestra imagen y semejanza. Una sombra con raíces que se aferran al suelo con desesperación para no cambiar de lugar ni de forma. MMM lo sabía muy bien y lo administraba con sumo cuidado. Tenía la habilidad de dar verosimilitud a los sueños y a la realidad la confundía con sus geniales trucos de prestidigitador enamorado. De la mezcla de ambos mundos hacia una papilla de alto contenido proteico con la que alimentaba su alma sucia de embaucador. Era ese ir y venir de un mundo a otro el que nos fascinaba. El genuino mundo -loquesea- era su batido *mainstream* de lo audiovisual. Y para él era tan fácil como dormir una buena siesta con la fresca conquista del día. Los creativos fracasados, y más los postrados, son desordenados pecadores de pensamiento, palabra, obra y omisión.

A MMM le dejé el asombro reflexionando, rumiando, cavilando y sofroñándose, hora tras hora delante de los espejos, mirando obligado ese montón de músculos sin movimiento y sin sentido y sintiendo cerca el trabajo de Brígida que distrae su tiempo limpiando con la aspiradora. El tiempo nunca fue su amigo del alma. Al descuido de la cuidadora, Márbara

le cambia diligentemente las pastillas. Las azules las pasa al frasco de las blancas y las blancas a las de los blister rojos. Sé que cambia la dosis de cada medicamento y soy consciente de que la alteración de horas perjudica y produce graves trastornos en el tratamiento, que en algunos casos pueden ser irreversibles y...ella se siente mejor. Se encuentra más convincente para hacer bien al ayudarlo a marcharse al otro mundo de la pantalla. __El otro es su verdadero mundo y este es un absurdo lago de soledades inexpresivas donde se ahogan sus catódicos descoloridos recuerdos que no cabrían en su pasado o que este no metabolizó convenientemente en sus brillos __. Su identidad se va desvaneciendo y se le hace extraña su propia contemplación. El futuro ya no es lo que él soñó sino una cruel caricatura en silla de ruedas que se precipita por una cascada de agua helada en un viaje que lleva al fondo de la negra luz. MMM ha perdido su condición de transeúnte. MMM es como un huevo que nunca hubiera tenido contacto con ninguna gallina. MMM es ya parte del cristal de la pantalla que hace de frontera entre la ficción y el sueño, entre la mentira y la verdad, entre la abundancia y la escasez de perspectivas. MMM es la parte irreparable de un juguete roto a la sombra de Peter Pan. MMM ya para siempre, lo que le quede de respirar, estará escondido a la sombra de la claridad: donde todos podamos juzgarle.

No es posible fumar de memoria. (Y menos de memoria ajena). Se puede comer, hacer el amor e incluso morir de memoria, pero fumar lo que se dice fumar, en el más amplio sentido del gozo, es a todas luces imposible. La prueba irrefutable de esta afirmación se diluye en un antiguo razonamiento de Carlos: "Si fuéramos capaces de fumarnos con deleite una guía telefónica no podríamos aprender sus números asociados a los nombres." Los argumentos de Juan eran invariablemente de una consistencia irrefutable. El día que Carlos resucite a buen seguro que le ofrecerá un cigarro liado al mismísimo Dios. Los fabricaba casi artesanalmente con una ingeniosa maquinilla holandesa que constaba de una esterilla y un rodillo volante. La manejaba como un dedo más de su mano derecha. También los hacía con filtro y sabores a menta o a ron añejo. Estos últimos eran su especialidad. Es absolutamente imposible aproximar el recuerdo a la exactitud de aquel delicioso sabor que magistralmente asociaba a un preciso grado de humedad.

MMM se había proyectado a un subidón de Hendricks para descender a los infiernos y celebraba por todo lo bajo su alcohólico aterrizaje de ángel caído. El infortunio cuando se sublima tiene esos sinceros destellos de lucidez.

__La “m” es una letra muy socorrida cuando se habla de televisión. Palabras que empiezan por “m” y terminan en “a”: mierda, molestia, matraca, machanga, majadería, mamadería, marrullería, malograda, mantenida, mareanta,...

El neón del Pub 16/9 centelleaba al ritmo de un demoledor disco de Springsteen. El disco número 13: Devils & Dust

We've got God on our side
We're just trying to survive
What if what you do to survive
Kills the things you love
Fear's a powerful thing
It'll turn your heart black you can trust
It'll take your God filled soul
Fill it with devils and dust

Y el alma desangraba su afligido invierno sobre los espejos en auténtico FullHD. (Toda canción es un milagro con una grieta por donde a la vez que escapa la acalorada sensibilidad de quien la escribió deja resquicio para penetrar a su interior la posibilidad de apropiación de quien la escucha. Las canciones de los otros, en el momento que se editan en la banda sonora de nuestras emociones, se incorporan por incrustación al propio imaginario del alma perdiendo las conexiones con su autor).

__ ¡Qué pena!. La televisión es un proceso que se ha “colgado” y que como cualquier sistema informatizado necesita un reset. Se necesita reiniciar los programas que ya se han corrompido con el paso de los años y con el mal uso. Es preciso un formateo en toda regla que devuelva el protagonismo a las gentes para las cuales se inventó el sistema_. En un suspiro sin convicción, perdiendo el hilo, columpió un silencio de fusa (equivalente a dos silencios de semifusa).

__¡Qué pena!. Un hijo de puta me vociferó por teléfono: “Lo importante, pedazo de estólido, es que salga el muñeco, el fútbol y el telediario. Lo demás es relleno». Así me despachó el hijo de la grandísima guerra.

Ejecutivillos, ejecutipillos y ejecupijillos masterizados del cagarro. Rapaces voraces, zombificados y comemierdas gasificados con pedos de largo aliento... ¡que letanía tan pueril y tan machacona!

La puta tele -me echó de un tirón- de entre sus cálidas tetas y el destino me dejó en un wáter de hospital de tercera categoría para llorar en cuclillas el adiós. Se me llenaron de brumas y drops los ojos y el alma.

__ ¡Qué pena!. La pertinaz memoria de las miradas es un fiasco televisivo y los jefes lo saben. La televisión, ese gran invento, es sinónimo eléctrico

de arqueología del mirar. El futuro más paradigmático está en los vírgenes ojos de los salvajes de la selva que sólo han visto sus árboles, sus montañas y sus ríos. Ellos sí pueden sorprenderse de no haberlo visto todo. La pantalla chica tiene la pupila triste y envenenada de vejez porque nunca procuró aprender a mirar fijamente a los ojos del espectador y ha desperdiciado sus oportunidades entre parpadeo y parpadeo en la contemplación de lo peor de este abobado: su miseria, su desamor y sus pecados más capitales empaquetados publicitariamente.

— ¡Qué pena!. La luz de la pantalla es tan invisible como el alma de los peces. La sucesión de fotografías, con las que engaña al ojo, son la peor versión de la sombra de la energía de la realidad, la más perversa y la menos ingenua. La pantalla carece de sinceridad y nunca fue capaz de reprocharse nada a sí misma. Jamás se avergonzó de su falta de escrúpulos. La pantalla es un mundo sin vida propia y sin atmósfera que no puede ni compadecerse de sí misma ni llorar, es técnicamente egoísta y como consecuencia de ello es desgraciada en su inhumanidad.

— ¡Qué pena!. La tele no es trivial y no es tampoco una infectada herida en el corazón de la sociedad, es sin desearlo... su incurable psicopatológico trastorno alucinado. ¡Que jodida es la benévola normalidad de una patología!

...

Ahí MMM, ¡qué pena!, oportuno intérprete de la partitura por él compuesta, se regaló un –calderón- en toda regla, un punto de reposo que alargó la duración de sus alusiones musicales recién ejecutadas dándonos un respiro.

— En esta edad de nieblas y tinieblas, -en la sopa fría de esta industria-, se puede ser cualquier cosa menos “loser”. Perdedor a los 55 es una cegazón del tipo a la producida por los chupitos de oxígeno conocidos como “oxy shots” tan de moda entre los jóvenes lobotomizados de SERRANO2. Si no has aprendido a autocompadecerte en el fondo abisal, con tus gafas graduadas de realidad virtual y tu botellita 4k en negro, vaciando sobre tu alma el poso amargo y pinturero de lo que no pudo ser retransmitido para el gran público, no podrás imaginar lo que significa expresar gran borrachera icónica, una brutal narcosis nitrogénica solidaria. Los aficionados al aire comprimido del submarinismo saben bien a que me refiero. Y por seguir críptico y alejarse a su olimpo de sabidurías, se explayó en una –cuadrada-, figura musical que en solfeo conforma una duración de ocho pulsos de –negra- equivalentes a dos –redondas- ligadas. Observó de reojo nuestro desconocimiento expectante de la meta de su discurso.

__ Los directivos al uso de mi puta empresa fueron y son como el SODOKU. Una energúmena combinación de nueve números tontos desordenadamente dibujados en un papel cuyo resultado más apreciable tras su dificultoso ordenamiento es una grosera pérdida del tiempo sobre un posible organigrama.

Nadie se atrevió a refutarle. No eran ya horas para la discusión y algunos acusaban una alcohólica fatiga escénica y un agarrotamiento de muñeca que apenas les permitía sujetar el vaso. (Una despedida a tiempo siempre es una victoria. El final de una batalla sin vencidos).

Comenzaban las gotas a escucharse sincopadas sobre el cristal del coche y en la radio retumbaba la balada de un fulano que cantaba con voz de rueda húmeda frenando

*Una tromba de amor no es un diluvio
Ni el desierto es un mar de caracolas.
Si lo habita un cuadrado
Una voz no es un grito de gusanos
Afanosos roedores de los cielos nublados
El aire pesa más que el agua de sus ojos
Y el viento navega en ellos contracorriente
La mañana va llegando vestida de contrabando
La tarde que se acerca la lluvia la va mojando
La noche es un infierno .Y sigo esperando
De los vaivenes sales camino del sueño
Recorriendo pisadas de terciopelo
El destino se aparta de tu camino*

Era un programa de Radio3 para una tormentosa y plomiza noche otoñal. Una luz muda y pegajosa se agarraba con pasión a la cenicienta piel de la ciudad y la calaba su turbio olor a lluvia del peor Noviembre. Algunas bandadas de pájaros componían en el cielo las gigantescas uves de su retrasada emigración y la luna era un abrumador huevo frito disimulado tras las nubes. La luna brillaba con una fea claridad de cárdena plata. La gruesa vitrina de cristal antivandálico que daba a la calle, en el formato 16/9 a pie de texto con el nombre del pub, era un oscuro mundo de luces blancas, rojas y anaranjadas que se desenfocaban con la velocidad vertical de las gotas del aguacero y la lentitud horizontal sobre el vaho interior de los coches que transitaban la calzada. Seguro que Seurat llegó al puntillismo tras una visión parisina en una parecida circunstancia. MMM habría copiado del neoimpresionismo la conocida frase que resumía su técnica:

“Los colores se mezclan en el ojo del espectador, si este se coloca a la debida distancia”. MMM no solo es mi amigo, es el mayor gilipollas que he conocido. Ríe mis lágrimas, llora mis risas y es incapaz de enemistarse conmigo. No sé a cuento de qué viene el milagro por el cual nuestra amistad es considerada profesional. (A lo peor es que hace mucho que nos cansamos de recordar.) __Hacerse amigo de MMM es como un tatuaje. Una vez que lo conoces “jódete si no te gustó”__.

Cuando llegué al hospital ya estaban Malena y Márbara con MMM. La crueldad extrema del ictus lo había destrozado. Yacía abatido, Sus brazos estaban morados y agujereados. Tenía conectadas unas espumosas bolsas de suero que parecían de orín cervecero. Sus ojos secos e inexpressivos estaban clavados en el techo como si fijamente observara el humo de un cigarro comparándolo con el incendio de un bosque. Sin parpadear. No prometían volver a mirar con ese ardor que los hacían tan peligrosos si reparaban y se detenían en alguna falda. Sus dilatadas pupilas observaban otro mundo de diferente gravedad a este donde todo se habría ralentizado crónicamente. Un mundo desconocido incluso para la ciencia. Varias amigas y conocidas, en diferentes ocasiones, habían transmitido a Márbara la incomodidad de sentirse desvestidas por MMM cuando la visitaban en casa o lo encontraban accidentalmente por la calle. Me comentaba Malena, a renglón seguido de esas observaciones, que las mismas amigas manifestaban también que desprendía el turbador mensaje de ser un seguro seductor de primera categoría y un inagotable amante fogoso. A Márbara este tipo de observaciones de Malena la sacaban de su odio para transportarla a un territorio donde el parricidio estaría premiado socialmente. Los perdidos ojos de MMM, me murmuró Malena en un aparte, tenían la misma expresión que los de Márbara cuando hubo que lavarle el estómago para limpiar el cóctel de analgésicos con el cual celebró su graduación. El hospital era muy silencioso, escueto en su moderna decoración de funcionales colores y no olía demasiado a farmacia ni a fríos sudores mal higienizados con lejía. El gota a gota del brazo izquierdo de MMM terminaba su fluir y una joven enfermera de culo gordo y respingón se esmeraba en cambiárselo con impecable profesionalidad. El hecho de que MMM no realizara el mínimo gesto para establecer contacto visual automático con sus piernas me indicó a las claras el grado de riesgo de su padecimiento. Un doctor alto, calvo y educado nos desglosó con todo lujo de detalles en la sala de visitas explicaciones pormenorizadas sobre la irreversibilidad de su estado. Su cerebro se había dañado afectando directamente la motricidad de las extremidades, que habrían de conformarse con un estado apático vegetativo y las funciones mínimas de subsisten-

cia. El habla tampoco lo recuperaría nunca. Era un devastador relato de cuadro clínico que lo desamparaba momificado, dependiente, muerto en vida y a merced de manos ajenas para el resto de su vida. Márbara comentó en voz alta: "un buen castigo para su indignidad personal y una estupenda lacra para nuestro futuro inmediato". Malena no descompuso su gesto dulce. El doctor alto, calvo y educado hizo como que no había escuchado la sentencia y apuntó algo en su agenda con un bolígrafo Bic de color verde. Yo miré los amenazadores nubarrones de tormenta de primavera tras la ventana deseando que algún desacertado rayo atravesara los cristales y carbonizara sin piedad esta secuencia de culebrón de sobremesa y me acordé de Edmundo Rivero en ritmo de tango sacrificando boleros. La soberbia de MMM aparentemente no sufriría pero la fatiga vital acabaría con su aliento en no más de cuatro abriles.

MMM respira su agonía desde las entrañas como una inmóvil ballena varada en mi jardín. Lucía juega con una pelota japonesa que le regaló su padre y que emite dos diferentes músicas empalagosas y pretenciosas. Según por qué lado se golpee. Nunca estuve enamorada de Antonio, pero estoy tan agradecida de que me diera la oportunidad de esta hija que Antonio ha pasado de ser mi amante a ser mi amor. Un gato marrón y blanco, "Albondigo", atraviesa este campestre escenario sin detenerse a mirarnos. No le interesamos. Hemos de agradecerle que no se meara en el parterre de los pensamientos que es su lugar preferido. Me ha venido a cuento la definición de impertinencia que me dio MMM cuando el día que se jubiló le pregunté por la siguiente estación de su leyenda. Me habló de un tren sin paradas donde el simple cambio de agujas sí que sería una atroz impertinencia.

-Quién abre la caja del espanto, quien descerraja la cerradura de su disimulada puerta y la deja abierta para que comience la farsa, se sume en un compromiso con lo inevitable. El software ideológico del ciudadano medio se programa en el sofá ante la televisión que todo lo ve y todo lo sabe. Las heridas que produce te dejan convaleciente de por vida. La tele, lo mires como lo mires, es un fraude al ojo del alma.

Solo un cretino de su tamaño podría soltar una pedantería tan redonda, tan fuera de tono y tan certera. Entiendo que el entendió que me merecía una frase tan rimbombante por no admirarle lo suficiente.

Ese vago ojo de cristal

La luz que observamos en la naturaleza, la que llamamos "blanca" supone el

punto de partida de toda teoría del color de la luz y por tanto del color fotográfico. Contraste, tonalidad, brillo y saturación son nuestro enfoque personal de esa blancura obsesiva que solo tiene cabida en la memoria de nuestra pupila. La luz, por principio, es la ausencia de oscuridad. Salvo excepción por efecto o defecto, la televisión es lo que se ve y lo que se imagina que se ve es casi tan inútil como lo que no se escucha. La iluminación es el estado de gracia de lo que percibe el ojo y no de lo que aprecia la cámara. La fotografía ha de acomodar automáticamente la realidad a la propuesta visual. Retratar algo es hacerlo visible a los demás como uno ambiciona que sea visto. La cámara no es metafóricamente un ojo como siempre trataron de contarnos sino una suerte de gafa que encuadra la mirada. El sentido primero de la idea de multicámara es rodear la acción y la naturaleza de la acción es la de escapar a ese cerco. Lo que se pueda enseñar bien con una sola cámara, no precisa dos. Lo que se deba mostrar con diez cámaras normalmente necesita el doble. El punto de vista de la cámara es el punto de vista de un testigo sorprendido y expectante. Cuando su punto de vista es subjetivo corre el peligro de revelar el “corazón partido” del realizador, del operador, del iluminador y del control de cámara. La distancia focal y la profundidad de campo, desafortunadamente están profundamente distanciadas de los valores estéticos en emisión. (“El truco ya lo sabéis. Un 5,6 y... ¡ahí lo tenéis!”). El mejor iluminador es el que no se nota y da servicio a la imagen. El número de ojos (o ventanas) de un programa es directamente proporcional al índice de audiencia y no a su necesidad técnica. Un programa de más del 21% de audiencia tiende a ser mimado. Un programa de menos del 10% será vapuleado con recortes innecesarios en detrimento de sus posibilidades. Una cerilla puede servir para iluminar un plató, pero un plató puede no estar preparado para iluminar una simple cerilla. Un buen director de fotografía ha de manejar los ojos como la langosta mantis. Los ojos de este bicho son un mítico modelo entre los biólogos, entre los fotógrafos inteligentes y entre los entusiastas del meritorio arte de mirar. Están dotados con 12 tipos de fotorreceptores y perciben la colorimetría en infrarrojo y ultravioleta. No existen criaturas como este crustáceo en el reino animal disfrutando de unos ojos tan complejos y ninguna otra es capaz de percibir el universo cercano con tal cantidad y calidad de matices. Culinariamente sin embargo es muy pobre y solo sirve para sopas mariscadas en caldo corto.

El pozo que se ahondó en su corazón se secó del todo cuando le notificaron el ERE. En el mismo mes descubrieron su incipiente cáncer de próstata que no revestía gravedad pero que le sumió en un estado de agitación frenética que revitalizó sus afanes de conquista. Multiplicó sus encuentros sin sentido y entró en un looping del estilo “dolce vita”

pero sin ternuras ni asomos intelectuales. Él tenía los santos huevos de entrar de espaldas a cualquier relación. Su vida de éxitos y su argumentario de actividad erótico-festiva chocaron como trenes descarrilados contra un muro de incompreensión y se convirtieron en un amasijo de fruncidas leyendas que se consumían en las tertulias de moda como picante aperitivo y que en un corto espacio de tiempo fueron pasto culebrero de las revistas del corazón. Deslizarse con sus tornillos flojos por el papel cuché le sacaba de quicio y amenazaba a los cuatro vientos con interponer demandas para salvaguardar su honor y el de los suyos desde una impropia dignidad. Pero cuando Norberto Pernes, su amigo jurista de toda la vida, «un verdadero cabal amigo profesional», le avisó del escaso rendimiento económico de ese tipo de pleitos, desistió de sus querellas y pasaron con más pena que gloria al estado de pataleo tabernario. Este momento de ira sobreactuada fue muy celebrado por los que admirábamos su capacidad de fabulación y su simpatía. Simultáneamente a estas -triumfantes derrotas para quien gusta gustar-, se tintó el pelo y lo dejó un poco más corto, cambió radicalmente su estilismo de vestuario por otro más juvenil e informal que sólo le favorecía con dos copas de más, cuando planeaba en voz alta- para nuestra diversión- las inofensivas y creativas trampas en las que se rendirían las jóvenes incautas artistas principiantas y en las que su bien ensayada especialidad brillaba con luz propia. Una luz intensa y decidida. Una luz que no fue nunca de farol. La luz natural que exigía la frescura de sus trofeos. La luz del cine y del espectáculo. Esa que favorece y dura el tiempo exclusivo de la secuencia representada. La que exhalan quienes odian la soledad. La que tiene alma de luciérnaga mojada bajo la lluvia y lucha por no ser un insecto. En boca de MMM: la cegadora luz de la basura. Pero, el día que olvidara pulsar el interruptor, todo en negro, la noche caería sobre nuestras falsas ilusiones y sólo las estrellas flotarían sobre Madrid para consuelo melancólico de poetas de provincias, barrenderos amarillos y putas sin clientela. Si MMM pulsara el interruptor habría una huelga general de plasmas y a nuestro grupo de admiradores le sobraría tiempo para vivir.

La situación se percibía fea y dolorosa como una endodoncia cuando alguna visita amenazaba con su presencia esa residencia para el carnet de identidad en la que fermentábamos imprecisamente nuestras agonías. Si esa visita era Carlos la gravedad tomaba cuerpo de catástrofe sideral. Él llegaba siempre precedido de un ramo de flores salvajes que Pepa castigaba a vivir en un búcaro estrecho donde cabían con poco desahogo y exiguo sentido poético con media aspirina disuelta para prolongar su agonía. Carlos siempre venía envuelto en ropa recién estrenada y zapatos cómodos relucientes. Su pelo, cabalmente engominado, padecía un estudiado

desaliño que le confería un aspecto jovial aunque un poco atildado. Carlos recordaba esos maniqués de los grandes escaparates de las tiendas caras que observan a los viandantes como quien no da crédito a lo que ve, como si a cada viandante le hubiera tocado la lotería. Hablaba pausado, siempre con sentido y acompañaba sus palabras con una educada gesticulación de colegio de pago. Bebía asiduamente agua sin gas con dos piedras de hielo y una rajita de limón. Pepa se lo preparaba como si fuera a darle el viático y se lo presentaba con un posavasos de rafia blanca. Era lo único que le daba porque hacia todo lo posible y lo imposible por hacer que notáramos que no le quería dar conversación. Malena y yo adorábamos su fragancia silvestre y señorial, su sonrisa franca, su elegante invisibilidad manifiesta y los piropos rebuscados con los que premiaba nuestra adolescente ingenuidad. Carlos era una agradable pausa de relleno en nuestra programación familiar: un publirreportaje sobre un producto de inexcusable adquisición que acontecía en una playa sin olas y sin arena. Una sensación poderosamente cercana que ampliaba nuestro desconocimiento sobre el género humano y sus formas de entender la amistad.

La familia, pensaba Antonio, es un gran videojuego de bajo costo con una deficiente programación y un libreto mediocre para jugadores inexpertos. Los auténticos jugones de este género han dejado el arcade y se han pasado a la simulación, a la progresión o a la estrategia. Ese es el aire nocivo que respiran los asilados, los presos y los desalentados. En mi casa el aire siempre estuvo tintado de tonos grises en sus pliegues. Mi madre, una experta enferma de incommovible respirar, se merecía una vida y nadie hicimos nada por dársela. Mi padre el que menos. Para MMM, Pepa perdió esa endeble cualidad de ser persona en una negación de sexo oral en lo oscuro de una sala de cine en la Gran Vía. Así de simples son a veces los desencuentros. ¿No podría criticar a mi padre sin reprochar algo a mi madre?. ¿Este será el menor de los defectos de estos apuntes?. Momentazo a capón para recordar a Gamoneda. Un poeta del cual sería capaz de beberme la sombra de sus andares en un lodazal o en el mismísimo purgatorio. ¿Existirá en el mundo una persona incapaz de amar la poesía de Gamoneda?

“El animal del llanto lame las sombras de tu madre y tú recuerdas otra edad: no había nada dentro de la luz; sólo sentías la extrañeza de vivir. Luego venía el aflador y su serpiente entraba en tus oídos”.

Convencerse de que lo mejor que uno puede hacer con su vida es perderla no es labor fácil partiendo del sinsentido de una inexistente culpa de un - por qué?abe queera perderla,no se sabe qué ni por qué?. Su retaguardia emocional había devenido en ser un vasto espacio helado, oscuro y tentador al que irremediamente conducían todos sus caminos. Convencida como estaba del fracaso de su amor incurable lo mejor que podía hacer con la vida era perderla acariciando sin pausa y sin habilidad un distraído desliz de jaqueca que la ocupaba -a jornada completa- sus taciturnos malabarismos dialecticos. A Pepa, le gustaba estar a solas con la televisión, su mejor y más fiel compañera. La encendía en el cuarto de la plancha y se quedaba aletargada y tranquila como un caracolito en el interior de su seguro caparazón, a salvo de nuestro crítico examen. Sintonzaba los canales de tele venta y se quedaba encogida en la silla escuchando ofrecimientos, batiendo récords mundiales de permanencia frente a esa avalancha de bondades que tienen los objetos anunciados en esas cadenas. A veces encendía la secadora sin ropa y la observaba dar vueltas hasta que terminaba el programa largo. La tranquilizaba ese girar sincero, previsible y limpio. En esos transitorios adormecimientos circunstanciales se emocionaba secando sus lágrimas en el tambor de acero como un astronauta orbitando sin rumbo. Todavía Gravity no se había estrenado, ni siquiera se había imaginado, pero ella ya se sentía como Sandra Bullock. Abandonada y obsesa en la idea de salvarse de un hostil universo, matizada su desesperación en una escandalosa y ruidosa belleza. Pepa flotaba en aquel espacio más profundamente y con más vocación que cualquier empleado de la NASA en su misión de salvar esa humanidad que componíamos como unidad familiar. Y en esas graves vueltas gravitacionales de tantísimos momentos giratorios, perfeccionaba y centrifugaba su desorden mental con la apatía de un pez. Su crónico pesimismo y su tedio rebosaban los azulejos de los pasillos encharcados de un navegable humedal de callados llantos. Porque para Pepa el silencio era un comprometido caudal de satisfacciones que todo lo habitaba. La omnipresencia de su silencio y una viscosa pleamar de olor a cristalino delta marítimo se crecían más palpables que la presencia del dios que nos trataban de endosar las monjas teresianas. Eran esas permanentes impertinencias de Pepa el agotador fracaso de nuestras risas y las travesuras que nunca llegamos a cometer se han cavado una fosa en el firmamento, en alguna sequedad de un agujero negro donde también reposará la sonrisa helada de Arturo, nuestro hermano neonato, del cual Pepa prefería no hablar. MMM trató esforzadamente de ocultarnos este abultado episodio que torturaba su disposición al optimismo en lo alto de sus logros y en lo bajo de sus desilusiones. El invisible e innombrable Arturo nos acompañó hasta que yo cumplí los 16 años y mi amiga Conchita en un reiterado descuido quedó preñada de Adolfo Gil,

hijo de don Ramón Gil, el productor de las telenovelas de mi padre, que -en un abrir y cerrar de piernas- le colocó un aborto en Londres antes de que al destino se le ocurriera pensarle ni nombre ni apellidos. Cuando entre náuseas la desenamorada Conchita nos hizo partícipes de este devastador secreto, aprovechamos para visitar todos los agujeros negros al alcance de nuestra imaginación y buscamos un decoroso acomodo a Arturo, que bien acompañado por alguien de confianza, podría conducir más apaciblemente su viaje al olvido. Conchita, antes de cumplirse un año de este suceso, marchó a vivir a Barcelona con Karel, un judío checo violinista que conoció en un concierto por la Paz. Para la celebración de su diecinueve cumpleaños ya se habían asentado felizmente en Praga, en la típica y hermosa Malá Strana, cerca de la Stare Mesto. Supimos por su tía Luisa “la chups” (otra tontita damnificada de papá), que había adoptado tres niñas chinas con diferentes discapacidades. Un fatídico accidente de tráfico fulminó su vida y la de las chinitas justo cuatro años después del primer aniversario de su aborto a pocos kilómetros de Karlovy Vary.

Nunca llovió que no escampara y siempre el amanecer derrotó la oscuridad de la sideral noche, repetía Pepa como un mantra mientras cocinaba sin pasión pero con épica disciplina esos incomestibles guisotes que ni los perros de la portera eran capaces de tragar. La cocina no es sólo ingredientes, es la forma de -transformándolos- hacerlos atractivos a la vista y al paladar. Para conseguirlo se requieren grandes dosis de amor, paciencia, un pizco de audacia y un detallito de sabiduría. Solo así se consiguen comensales agradecidos. Pepa adolecía de mano para la alquimia natural de los alimentos. El chocolate de sobre era su única virtud culinaria y absolutamente todo lo demás era un padecer gastronómico que llevó nuestros gustos a considerar el McDonald como la catedral de los manjares de los privilegiados. MMM las pocas veces que compartía mantel con nosotras hablaba de -menú chatarra- para referirse a la compartida mesa de los sinsabores. Los esfuerzos de carne y pescado los señalaba como petardeos sarteneros y a los guisos les hacía una oda con señas explosivas: guisantes atómicos, alubias dinamiteras, garbanzos reventones, habas torpederas, lentejas perdigoneras, ... remataba la descripción con un “al coño su madre”, expresión muy canaria que venía a corroborar su desafecto hacia la sazón de nuestra progenitora. Pepa era capaz de guisar un alíen y empeñarse en justificar que era ternera con mucho nervio.

__Ternera histórica o histórica. __Ternera marciana. __Ternera estatuada. Todos sus variados repertorios de recetas provenían del canal de cocina de un guaperas cocinillas del cual asimilaba lo mismo que del canal porno que había clausurado en el mando a través de un botón extraño dedicado

a la “función parental”. Pepa le puso un PIN que directamente lo archivó en el fichero “Z” de sus recursos inhumanos y Malena en un temerario ataque de valentía hizo lo mismo con el cansino canal del huevo frito. Le colocó un PIN que lo desintonizaba en molestas rayas codificadas y con el número apuntado en un papelillo de liar se fumó un porro de maría “Northern Lights” que le había regalado un colgadillo de su panda de aspirantes al roce. Desde aquel día, las recetas francesas más simples y sencillas visitaron nuestra dieta y se mejoró, sobre todo, la autoestima de la astronauta Simone Ortega: “un gran paso adelante para los pucheros y otro salto atrás en el progreso de nuestra convivencia”

__Puedo jurar solemnemente que yo he probado sus 1080 recetas y que todas estuvieron bien ejecutadas en el sentido más preciso y específico de “ejecución”.

¡Que curiosa coincidencia con las 1080 líneas estandar del modo de vídeo HDTV !.

__Auténticas bazofias orteguianas de 2 megapixels simonánticos__ decía Malena.

__Ready Horror Diario__ contestaba yo

__ FULL HD__ concluía MMM refiriéndose con el HD a -Huevos Duros- como personal alternativa a las gastronómicas calamidades.

Pepa y su HD (Habilidad Desesperante) observaban mutar estas fracasadas elaboraciones en el cubo de los desperdicios como cohetes o satélites que se convertían en basura espacial justo en el cósmico momento de su desaparición de los platos.

Si bien es cierto que esta descripción es un asalto a mano airada a la realidad, no es menos cierto que la realidad tozudamente intentaba parecerse a este poco literario trastorno de ansiedad gastrofóbica o era su desfigurado contorno. MMM era capaz de montar en una domestica -producción bajo costo- , su propio estudio de difusión de su propia realidad a la medida de su estómago.

El empalme: montaje, edición y postproducción

(Cuatro ojos mejor que dos)

Los botoneros, los pegatines, los maestros, los mezcladores y Lourdes son criaturas ineludibles que administran los recursos narrativos con la tenacidad irremediable del domador de circo. La regla primera de esta lucha contra los que manipulan nuestros materiales reside en que nuestros recursos de batalla no surgen espontáneamente. La primera regla dicta que – a lo que no tengas grabado nunca le podrás dar forma-. La última regla se refiere a los milagros y está en connivencia permanente con la primera. Un buen efecto puede

ser un terrible defecto y viceversa. Una edición es devastadora cuando no ejercita la precisa economía del contar. Si el cámara fue tus ojos, el editor ha de convertirse en tus manos, en el palpitar de tu corazón, aunque a veces tu cerebro se rebelará contra esa esquizoide prolongación del yo. La asociación de un alga y un hongo es la simbiosis a imitar. Tú y tu editor convertidos en un líquen es el efecto por antonomasia. La organización de los planos en una secuencia y la estructuración narrativa de las secuencias son el verdadero valor de la coherencia. ¿Cuando Einstein diferenciaba entre montaje métrico, rítmico, tonal, sobretonal e intelectual estaba soñando con la PlayStation?

La arqueología del entusiasmo paterno en lo referente a mujeres y trabajo estaba dando demasiado de sí. ¡Olé,olé! En cada párrafo encontraba una desafortunada falta de amor que enfriaba las resbaladizas líneas biográficas manchándolas de esa inapropiada necesidad de hermosura con que los deseos incontrolados infectan los recuerdos si además se sazonan con el odio y se juzgan con la exageración acelerada. ¡Olé,olé! La coca es mala compañera para ordenar las intimidades poniéndolas negro sobre blanco. La coca no es un estimulador positivo y su euforia va siempre acompañada de negaciones y exageraciones que hacen de la realidad un sofoco, que irritan la verdad y que descomponen con su capricho la justicia de los relatos con lo acontecido. La locuacidad de la coca echa a perder la literaria belleza de todo aquello que es verdaderamente digno de ser llamado, focalizando el relato en lo peor de lo peor. Márbara sabía que las nerviosas reflexiones que tecleaba en su HP recalentaban los circuitos y herían las entrañas de la CPU del aparato con su clorhidratada interpretación de una relación que no fue del todo buena pero tampoco tan descarnada como para procesarse en una vulgar memoria ROM (read-only memory). Mezclada con quaaludes era un escándalo: el más alucinante espejismo. En ese descubrimiento, una mañana mientras Brígida afeitaba a MMM con la meticulosidad de un cirujano especialista en tumores cerebrales, Márbara sufrió un repentino arrebato de ira y emprendió una feroz tanda de puntapiés y puñetazos contra el indefenso MMM que Brígida sólo pudo contener amenazando con patear ella la cuna de Lucía. Esa valiente actitud creativa de la boliviana, que en ningún momento puso en peligro la integridad de la niña, salvó a MMM de morir en el ataque pero consiguió para ella una sentencia de mutismo radical. Márbara sustituyó el nombre de la dulce y entregada empleada por un despectivo «tú» que la convertía en una especie de animal parecido a un perro dedicado en exclusiva a la vigilancia del momento de un estertor final que nos salvara de MMM. Un colérico perro sigiloso al que respetaría en la distancia y al que prohibiría acercarse a su cachorrita a un trecho menor de diez metros. Nunca estarían Lucía y

Brígida solas en la misma alcoba y jamás se acercaría a la cocina mientras ella preparaba los biberones. Este suceso fue el primero de los muchos episodios que nos disparó la prevención con el estado de salud de Márbara. Sus relaciones conmigo también sufrieron un fulminante deterioro. No me agredía directamente pero evaluaba con recelo de loba mis actos y ponía en tela de juicio cualquier tipo de iniciativa, por simple que fuera, si el planteamiento la rozaba. Márbara prolongó de un suspiro el infierno doméstico al que estaba habituada porque la idea de vivir en la normalidad, en un sorbo de aire, confundía su enferma razón dependiente incondicional de los blancos polvos del despertar: el universo se había confabulado contra ella y todos los satélites conjuraban una amenaza contra Lucía. Tan sólo nuestra hija y sus tiernos alrededores le permitían respirar sin agresividad. Márbara fermentaba su disparate entre la agitación y la excitación. Un día empujó a traición el rabo de Albondigo entre los radios de la silla de mi suegro que estaba cenando y el sorprendido animal le mordió y le arañó las canillas con saña tanteando a zarpazos en la urgencia que su ilusión de morir con siete vidas intactas podría truncarse junto con su larga cola que se hizo un peludo nudo con el eje. El resultado fueron 37 puntos de sutura sin anestesia a MMM, que no derramó ni una sola lagrima, y cuatro miserables puntos al gato que le dejaron rabón y cabizbajo para siempre. Ahora Albondigo lo acecha sin interés mientras se afila las uñas en un arcón del salón que no contiene el ronroneo de las memorias domésticas y sí muchos olvidos necesarios. Ya nunca se acerca al viejo cuando este babea la comida ni para mendigarle alguna sobra y ambos se observan desconfiadamente de reojo. Como si de un sobreentendido y silencioso pacto de caballeros se tratase, en los atardeceres, desaguan sus lánguidas miradas al pasado como si este no hubiera existido jamás. Como si los rabos siguieran bizarramente inhiestos en su lugar y no fuera preciso ningún quejido maullado que llamara la atención.

-La televisión se empeña, con desconcertante frenesí, en demostrar que la estupidez humana forma parte del orden natural de las cosas.

El imprescindible circo mediático de la televisión sistémica duerme en los cajones del instinto memorial de MMM entre sobresaltos y pesadillas. Sus espacios de la tarde y de la noche triunfaron entre las audiencias porque garantizaban la sangre, elemento imprescindible para la vida y también para secuestrar la atención del espectador. La sangre, ese pringoso tejido conectivo líquido, que viaja por nuestros capilares, venas y arterias es el vehículo que transporta las luces y las sombras del éxito.

-Un buen debate o un cotilleo bien estructurado ha de salpicarse con la sangre que dispara el subidón adrenalínico que reclama el espectador para

su diversión y que demanda la cadena para su beneficio-. Me dijo MMM una inspirada tarde de gin-tonics cuando ya se escuchaban con preocupante volumen los rumores de un ERE que afectaría a toda la plantilla de su empresa.

Hay dos monólogos decisivos de Calderón de la Barca en esa maravillosa obra que manifiesta que “La vida es sueño”. En el monólogo del final del segundo acto, Segismundo encarcelado en la torre, se pregunta por qué los animales tienen más libertad que él cuando su mayor delito es haber nacido. Su segundo monólogo trascendental, al final de la segunda jornada de la obra: Segismundo que sigue en la torre, se despierta y cree que su vida como rey ha sido un sueño o una desatinada ilusión. MMM, en sus borracheras más sonadas recitaba a Segismundo con un énfasis beodo muy cómicamente celebrado por nuestros amigos. Pero yo sé que estaba convencido que “el video es sueño...más allá de la vida que retrata” y profundizaba, con elocuencia de filósofo descreído, su teoría de la televisión, en una onírica interpretación de la transcendencia del -mito de la caverna platoniano- que entendía como una alegoría. (¿Del griego *allegorein* -hablar figuradamente-?, preguntó distraída Malena). La televisión aporta a la cultura “nada y menos” así concluía MMM sus disertaciones sobre el medio que le daba el pan. Sostenía muy figurín, siempre que se le daba ocasión, que “el pan no es comida, es... un chanflón engorde con culpas graves para las curvas”.

La culpa, sostenía, no ayuda a resolver ningún error. Probablemente lo empeora. La televisión no puede liberarse de la culpa porque ese hecho pasa por el aprender a aceptarse tal y como es: un engendro sin alma que salvar, devorador de tiempo y energía, que ha construido con sus eléctricas y frías tripas un escudo protector contra los ataques imposible de descuartizar. La tripicallería bien condimentada es un exquisito plato que colma los paladares más exigentes y el pecado mediático (el de la culpa) es su más preciada especia saborante: su puntito. Una buena culpa, una buena culpa incapaz de sentirse culpable, no asocia el fallo con el fracaso. Ese es su principio básico que se refuerza con el axioma de que todo error es producto de la inconsciencia. Pero la verdadera falla televisiva no es ni consciente ni inconsciente, es un mal llamado karma catódico que implica una cadena de causas y consecuencias que aprisiona los programas en la jodida rueda de su reencarnación. Al final, ahora que ya lo catódico como tal no existe...gustan sus programas y el régimen estabulado. La culpa, entendida por una sociedad de pupilas ciegas sin posibilidad de asombro, es de aquella esclarecedora ocurrencia de A.de Saint Exupery: «Se ve solo con el corazón, lo esencial es invisible para los ojos» .

Nuestra vida transcurre en una rendija entre la luz y la oscuridad. Es un tenue destello que la sombra cubre como una membrana líquida que se adapta a nuestra forma de ser. Un error irreparable de la naturaleza televisiva es poder capturar esa membrana, registrarla en video y hacer con ella moldes que nos representen, que den movimiento a nuestra imagen repetidamente en muchos lugares simultáneamente con una precisión y con una fidelidad fuera de duda. Sí lloramos, lloramos a la vez en miles de hogares y lo mismo ocurre sí reímos. Todo lo que nos envuelve se transmite y sólo la conciencia queda a salvo de las miradas arreboladas del espectador. La pobrecita conciencia de nuestros rostros populares mediáticos es un tímido bichito que vegeta escondido en lo más caliente de sus almas bajo varios mantos de sombra. La televisión es la gran maligna metáfora de Platón en el afán de capturar la superficie de los cuerpos (que es el límite de esos cuerpos que los separa del exterior). Su superficialidad es lo que se registra y se transmite. Los espectadores, como los encadenados prisioneros de la caverna que solo pueden observar las sombras proyectadas en la pared -esas superficiales sombras como verdades- porque son su única realidad visible.

Me envió una carta con estas y otras detalladas anotaciones filosóficas de igual profundidad tras la resaca de dos días que precedió a la celebración de su cincuenta cumpleaños de “artista excrementicio” en la escandalosa bacanal de la cual tendríais noticias en su momento por los periódicos. (Yo le acompañé en la celda tres días y pagué la fianza aun estando imputado en los hechos como cómplice necesario. Me reembolsó el depósito y los costos de abogado, como el auténtico caballero que era, dos meses después). La carta en cuestión, escrita en ordenador con letra Bookman Old Style, me la hizo llegar, envolviendo junto con media docena de manuscritos, una botella de ese *Whisky Macallan que se vende presentado en un hermoso tubo de acero dorado de maltas con un dibujo aéreo de Craigellachie*.

Querido Carlitos:

Sé que detestas mi obstinada incultura y que siempre te he parecido un analfabeto ilustrado, pero la globalización de las pautas culturales y la globalización de las comunicaciones (¿...?), por alguna rara razón que no alcanzo a entender, me exigen el plantearme un análisis crítico con mi trabajo al cumplir el medio siglo de flirteo con la vida. Por esas nicotínicas razones y a sabiendas de que nunca figuraré en esa Wikipedia de la que andas enamorado, te adjunto algunas páginas de lo que está llamado a

conformar, en breves remesas semanales, una especie de testamento para la profesión y a la vez un acto de contrición que espero sepas guardar en secreto mientras me bailen vivas las ganas de andar jodiendo.

Tu amigo

Márbara, con la imprevista noticia de su embarazo, me abandonó en un campo sembrado de minas que yo recorrería con los ojos vendados. Y lo hice. Sobreviví esa tarde a varias explosiones hasta que por fin una, de menor onda pero de mayor precisión, me reventó las dudas haciendo pequeños pedazos los restos de miedo que almacenaba mi pensamiento para defenderse en las batallas diarias. En ese momento la perdoné todo y me enfadé conmigo mismo. Me encolericé con el aguacero de miedos navegables que de pronto caían sobre mi ruta y que emborronaban el mapa de mis previsiones haciéndolo indiscifrado. Detrás de ese disgusto se escondía mi derrota camuflada con la felicidad de ser padre. Un absurdo orgullo de progenitor me sanaba las heridas.

Márbara adoraba lo irremediable y oreaba sus pasiones siempre cerca de ese tipo de entornos que apuran los últimos instantes de su final y que no tienen vuelta atrás. Cuando se sintió embarazada de Lucía, antes de hacerse las pruebas médicas ya decidió tenerla sin comprobar la viabilidad del feto ni sus posibilidades de malformaciones, ni su preparación física para asumir el riesgo de un embarazo, ni el futuro económico previsible a medio plazo. Lucía llegaría a su parrilla de programación aunque fuera hija de un dios menor: Yo. Su voluntad y su pensamiento se suspendieron en un vacío gozoso colgados sobre los equilibrios del futuro bebé dando por hecho probado un glamuroso parto de película americana. Recuperó, a los tres meses de la noticia, su onírico contacto adolescente con Arturo, el hermano que no llevo a ser y que cumpliría ya los 30 años. Mantenía con las largas pláticas silentes que afirmaban su idea del embarazo como acompañada autopista sin peajes al gozo de la maternidad. Se puso gorda y tetona, se especializó en caprichos inauditos y prácticamente dejó de esnifar para no incordiar al inverosímil amigo de Arturo, el hijo de su amiga Conchita que era fantasma muy conservador y la elevaba a los cielos para afearla desahogadamente su adicción a las sustancias espirituosas con una irónica dulzura que la sacaba de quicio.

Márbara, que era contraria a los anticonceptivos, había abortado tres veces antes y no se lo había contado a nadie. La primera vez se preñó de un «monísimo» monitor de gimnasio, la segunda no sabía bien de quién de los muchos amigos que habían visitado su hospitalaria vagina y la tercera de un emigrante rumano que le llenó los huecos y le vació la cuenta. Márbara y su blanco candor de talco me hicieron padre pese a mi reticencia. (Una parte mecánica de mi corazón, la que regula las bombas aspirantes e impenentes,

estaba desprevenida o casi desconectada o en ralentí. Esa pieza esencial andaba emocionalmente reticente al cambio). Las tradicionales demandas de masculinidad que se me habían planteado hasta entonces, y otras que yo me hacía por mi cuenta y riesgo, me aportaban mucho antes de la satisfacción de los instintos de procreación, una inseguridad y un vertiginoso recelo con el futuro poco más o menos que insuperables. En la antípoda de MMM, he de reconocer que mi personaje de tercera fila no admitía claras correcciones de estilo y que mi interpretación sufriría un desarrollo coral con poco papel. Yo no estaba preparado para despedir un noviazgo con buen sexo y saludar una advertida época sin sueño, sin cine, sin salidas y...sin amor. Como fatal añadido recuperaría mis idilios adictivos con las series de televisión que tanto trabajo me costó erradicar de mis arraigados hábitos de solterazo. En paralelo a mi resignación, mi imagen de tipo con talento para los negocios y hábil cazador de bellas hembras, se rompería en miles de añicos imposibles de recomponer.

El color del aire y su palpable aspereza son el resumen infame de los pensamientos de MMM que se ha colapsado soñando más de lo soportable, vino a decir el médico que nos visitaba semanalmente y que cojeando de alma poética nos hablaba desde un púlpito aupado a sus recados de paciencia. Era flaco, contundente en su diagnóstico y prolijo en sus gestos. Márbara decía que flotaba en un torbellino de limón. Un miércoles nos anunció que esa sería su última visita: un último viento sin sabor y sin rumbo camino de un outlet de felicidades. Un martes después voló desde lo alto del Edificio España con una bandera tricolor a modo de capa. La prensa destacó sus publicaciones sobre el autismo en sus años jóvenes que fueron avaladas por varias instituciones universitarias extranjeras. Su madre, una famosa cabaretera, apadrinó una serie golfa y depravada urdida por MMM («Los 120 días de Sidoma», una clara alusión a la obra de Sade) en la cual una famosa madame vasca enseñaba refinadas técnicas de geishas a las meretrices del concurso. Era un espacio de late nighth muy estrafalario que se cayó de la parrilla al descubrirse que tres participantes eran portadores del VHI. Brígida ya no le tenía en gran estima porque cuando abandonaba la consulta siempre dejaba la tele de MMM sintonizada en el Canal XXX y esa visión contaminaba su nube espesándola hasta la agitación incontrolada donde no podía confiar en nada ni nadie. La limpia atmósfera de su corazón se volvía inhabitable cuando esas escabrosas secuencias diluviaban tan explícitamente sobre sus convicciones religiosas. A MMM, sin embargo, con la misma contemplación, en el fondo de la retina se le sombreaba una imperceptible sonrisa que sólo Malena era capaz de percibir. Malena tenía entre sus muchas virtudes la de ver mudarse el color

de los suspiros y la capacidad de fotografiarlos incluso en el justo momento en el que alguien deja de gustarse a sí mismo.

El ojo de MMM en la portada del libro contempla desde el escaparate el paso de los transeúntes y los coloridos destellos de los reflejos de los coches a través de una cortina de lluvia que llena de lagrimones la fotografía de gran tamaño con la cual la editorial pretende atraer la atención sobre este mago del mirar condenado en offset a la detenida contemplación. El miedo, que siempre tuvo las pupilas grandes, no se percibe en la imagen. Ese ojo plano, en blanco y negro, se muestra encaramado, húmedo y lascivo a la cima del ego de mi padre, personificando el último y definitivo guiño a la frágil memoria de su obra menos visible. Fueron los suyos, siempre, unos cautivadores e insolentes ojos al borde del desmayo. Habría que recordarlo, pensó el diseñador gráfico de la portada, en atisbos convenientemente deconstruidos en la órbita familiar, para poder olvidarlo sin secuelas y sin contaminarse de su imposible y resuelto -egoísta afán artístico-. Resultó, en trazo grueso de pixeles, un ojo sin piedad y sin serenidad, como de un camuflado francotirador. Un ojo acerado y extraño a su visión. El ojo de un perfecto cabrón desconocido. Los auténticos famosos de la televisión cuando desaparecen no dejan huella perenne en los corazones de los espectadores, dejan el hueco para la admiración de otros nuevos famosos emergentes. A veces son los propios espectadores los que los asesinan sin piedad y esparcen sus cenizas por las cadenas, otras ellos mismos se autoinmolan en un gesto purificador. Pero cuando es la vida misma la que los aparta de las luminosas ventanas catódicas, su sombrío desvanecimiento aunque vaya acompañado de la enfermedad o el accidente se convierte en comprometida conmoción social de corto alcance. Afortunadamente no se quedan a vivir en nuestra memoria garrapeando las malsanas dosis de consumo mediático. El vidriado ojo de mi padre en el escaparate percibe perfectamente ese estado del abandono y observa indolente, sin despreciarlo, al posible interesado en las páginas de su ambiguo retrato.

Carlos, siempre atento a cualquier movimiento de mi padre, se encontró un día con Malena en la presentación del nuevo disco de una talentosa banda indie. Entre otras cosas hablaron de este proyecto MMM. Carlos es un ser generoso y divertido. Un buen crítico de televisión muy aficionado a los toros. Un buen crítico puede tener muy mala leche pero si está cargado de bondad, como en su caso, puede transformarla en un excelente yogurt. Carlos es un magnífico yogurt azucarado griego apetecible a cualquier hora del día o de la noche. Durante toda su

vida profesional fue el perfecto peón de brega de mi padre en sus escandalosas conquistas mujeriegas. Un subalterno siempre dispuesto al sacrificio, atento a cualquier necesidad del amoral maestro durante la lidia. A costa de esa dedicación y al rebufo de los capotazos, toreó en plazas impensables los sobreros y los mansos, los pastueños, los ceñidos y los huidos. Él tenía pases para todo tipo de lidia que el maestro ejecutara y noblemente disfrutaba de las corridas en carne propia con meritorias faenas fuera de aliño. La práctica totalidad de los cuernos que mi madre lució, que fueron muchísimos y de muy variopinta dimensión, pasaron también por la capea de Carlos, que heredaba los trajes a medida de mi padre embutiéndose en ellos con dignidad y finalizando con meritorias estampas taurinas el sangriento espectáculo de esas miuras que terminaban como cabestros indultados en las matadoras dehesas del Madrid Fashion donde, bien “afeitadas”, maquilladas y recompuestas, volverían a ejercer como novillas. No sé lo que le contaría Malena ni de qué manera tratarían este proyecto -que nos ocupa- en su conversación, pero dos días después de ese fortuito encuentro, Carlos me envió un e-mail con varios adjuntos. En el cuerpo de texto se deshacía en elogios para la vida profesional y personal de MMM y a la vez daba testimonio de un sincero cariño para con nosotras. (MMM siempre vivió de lujo en la cabeza de Carlos sin pagar renta alguna). En los nuevos folios que aportaba me sorprendió con más desconocidos escritos de mi padre y una especie de manual del perfecto escapista laboral que no hubiera sospechado nunca pudiera fugarse de su extravagante perspicacia. Me instaba a incluirlos en el trabajo y hacía dejación formal de sus derechos de autoría sobre los fragmentos de su novela inconclusa y de sus acotaciones. El primero de los textos que leí me dejó un anómalo sabor a metal en la lengua y dos rayas después, en la artificial lucidez, lo entendí correctamente en su dimensión.-Las dudas no hacen bien al bien-. MMM estaba jodidamente desmoralizado y tenía un encabronado recelo del futuro.

El amor platónico de Pepa fue un descubrimiento que Márbara se guardó para sí misma. Tras su fallecimiento aparecieron, en una incómoda pirueta de la casualidad, más de cien cartas perfectamente archivadas en una amarillenta carpeta oculta, como en las películas serie tres, en la trasera de un cajón del aparador del dormitorio. Evidenciaban a las claras que Pepa mantuvo toda su vida un amor epistolar con un tal N. N. Era, estudiadas las fechas, muy posterior a MMM. (Nunca sería comparable la décimo tercera letra y décima consonante correspondiente en números romanos a MIL con la jodida N y su horizontal origen de la virgulilla). La lectura concienzuda de las epístolas no dejaba resquicio a la

duda. N adoraba a Pepa hasta el punto de inmolarse por dar respetuoso sentido a la sola literariamente considerada admiración que este profesaba por nuestro padre. Una admiración imprecisa y ambigua que rebotaba en las misivas de N representándose como un obstáculo limpiamente insalvable, un fatal líquido amniótico en el que hervían sus empalagosos sentimientos de ladrón de amores. Pepa era un volcán inactivo y N un imbécil a todas luces activo. No le importaba tanto a Márbara que su madre tuviera un amante como el hecho de no haber tenido conocimiento ni sospecha de tal relación. La infidelidad, ese gran clásico en la pareja, cuando se trata de la propia madre se convierte en un confuso problema. ¿Si lo hubiera descubierto en su momento se lo contaría a MMM?, ¿Se lo contaría a Malena?, ¿Una hija imperfecta podría exigir unos padres perfectos?, ¿Es peor para una hija la falta de lealtad de su madre que su infidelidad? ¿Hubiera soportado MMM los cuernos?... Todas esas preguntas y cien más me clavó Márbara una aburrida tarde para justificar su necesidad de vida artificial. (El concepto en sí de necesidad hipoteca cálidamente en sus labios las fronteras de lo irreal). En un momento determinado de su -monólogo de trapezista inasequible al desaliento- me confesó que en su avidez de recursos para castigar a MMM no habría titubeado en contárselo. Yo le contesté, sin darle importancia, que el olvido lleva en su muñeca derecha, al igual que ella, un caro y sofisticado reloj de cuarzo. Podría haberle dicho que habría sido peor el encuentro de un DVD que contuviera una colección de fotos y videos donde se evidenciara su pasado como viciosa y morbosa pornstar en la juventud, pero temí que se podrían disparar en su convulsa mente todas las alarmas y una enfermiza sospecha se apoderara del poco cerebro que le quedaba por aprovechar.

_¡Putá mierda!. Una historia romántica que se precie nunca tiene un buen final.

Querida Márbara:

Lo de Pepa con MMM y con la vida fue un amor sin urgencias. Perdóname que te sea sincero al responderte a la pregunta del posible amante que planteas y no consideres una grosería mi respuesta. Pepa padeció una pernicioso castidad y el coño se le amotinaba haciéndole tan mala sangre que ni los perros la querrían. Ese episodio que me cuentas, lo más probable es que fuera una fabulación de tu propio padre muy aficionado a ese estilo de juegos florales. MMM nunca tendría celos porque los celos de hombre son una dolencia que solo embiste a aquellos que aman apasionadamente a su mujer. Nunca fue su caso. Más interesante como línea de investigación serían

tus seis o siete hermanos que reptan por la geografía española buscando desesperadamente padre sin saber que MMM solo habita en tu libro. Besos grandísimos. Carlos

La televisión es un puñetero periférico. ¿Quién inventaría el concepto de TV inteligente para hacer significativo que una pantalla tenga alma de ordenador? Televisores con el cerebro de un teléfono de bolsillo que te conectan a internet, te permiten el uso de las apps y jugar juegos cibernéticos. ¡Que derroche!. Con cuatro funciones pensadas para que piense la maquina intentan desprobeer al usuario de otro fragmento más de su pensamiento crítico. ¿Hasta dónde esa carrera de robarle la voluntad de ver disfrazando su truco de cómodo servicio?. Un tipo de servicio marcado por la hormona del estrés televisivo. Una hormona tecnológicamente generada y degenerada para establecer conductas adictivas en el control de la atención al gran juguete que juega con nosotros fortaleciendo nuestra capacidad de parálisis frente a los naturales ofrecimientos de la vida. La televisión que llaman inteligente, por poseer unos chips de más, es un escueto generador de inacción que fosiliza nuestra capacidad de reacción frente una inhumana sociedad, dirigida por no se sabe quién, que nos devora el cerebro. Web 2.0, sett-top box, STB, streaming, iTv, redes sociales... Grandes tecnologías para diminutos contenidos tóxicos. Nos han implantado un espabilado buffer de datos en nuestras capacidades de decisión, un espacio en un estante del cerebro reservado para el almacenamiento temporal de información, mientras que está esperando ser procesada digital o analógicamente. Siempre según sus torticeros intereses. Esta «inteligentevisión» arroja sobre nosotros, los creadores de contenidos, nuevos desafíos. Se han de gestionar nuevas formas de servir los mensajes y se ha de redimensionar el modelo de negocio que soporta el invento. La televisión global -realmente lista- será más familiar y más difícil de estructurar publicitariamente. Están trabajando apuradamente en ello. El caso es putearnos.

-Malena exuda una peculiar sensualidad tan especiada como ingenua-, apuntó un día a media voz la torera sabiduría de Carlos. Cuando Malena, “a quemarropa” le declaró a MMM su lesbianismo, este no tuvo gran reparo en admitírselo “a bocajarro” desde una estridente ironía. _Al fin y al cabo a los dos nos gustan las mujeres. Son seres superiores-. El hecho objetivo de que gusten las mujeres siempre dice mucho a favor de quien lo patrocine. Incluso si es hombre.”La mujer es un buen negocio,” dirigida por Valerio Lazarov, ese exiliado rumano que llenó de zoom la franquista televisión de la época de mi padre fue un paradigma en nuestra incongruente educación sentimental. Entre Manolo Escobar y los Beatles recuerdo con afecto un libro paradigmático de Rodríguez Méndez

titulado “Los teledictos” que sorprendió en su momento a los de la boca abierta. Que cualquier mujer puede hacer feliz a un hombre o a otra mujer si la relación excluye el amor es una revelación indiscutible, habría pensado MMM si hubiera sido capaz de leer la maravillosa novela de Auður Ava Ólafsdóttir titulada “La mujer es una isla”. En esa isla él no habría salvado su naufragio. (De hecho nunca concedió a mi madre la separación). Pero Malena, propensa a los deportes relacionados con lo líquido, incluidos los campeonatos de besos, se sumergió sin miedo en una piscina olímpica repleta de sirenas sin escuchar sus cantos, movida puramente por la irracional curiosidad que provocan la belleza y el amor. Ella estaba predeterminada a una vital celebración de la tiranía de lo hermoso y quería entregarse a esa pulsión como ofrenda en forma de artística finura. Pepa siempre ocultó nuestros cuerpos a MMM. Seguro que tendría, hirviendo en las ollas del olvido, originales razones. Mi padre nunca nos ocultó el suyo. En verano, con su calzón largo paseaba por la casa su polla pendulona sin prestarnos atención. Una polla grande y calva desprovista con delicados golpes de cuchilla barbera de molestos adminículos pilosos. Una mañana lo vi empalmado saliendo de la ducha y a él no le importó. Tomó despistado la maquinilla de afeitar y siguió su rutina de aseo como si nada. Mi padre paseaba su anaconda por la vida de una manera natural que mi madre y sus cristianos prejuicios eran incapaces de entender ni soportar. Durante semanas no dejé de pensar en su miembro erecto. Lo veía por todas partes. Se convirtió en una visión guarra compañera inseparable que me acechaba proyectándose a traición en todos mis movimientos. Mi adolescente asco visceral consiguió vencer esa sensación en la piscina municipal donde un socorrista me hizo salvajemente el amor en un húmedo sótano entre garrafas de cloro y sucias lonas azules sin quitarme las bragas. Era estudiante de arquitectura y jugaba al rugby de pilier. Su pene era muy coqueto y divertido, pero no tenía el tamaño ni el brillo de la culebrona de mi padre. No me molestaba que mientras me penetraba gimiera como un niño, con los ojos en blanco, un descolorido y rítmico “¡mamy...mamita!”. Cuando acabamos, mientras ponía orden en mi alborotado peinado y él se deshacía inexpertamente del preservativo, le pregunté por esa fijación verbal. Me susurró un “lo siento” como si llegara de una cacería de elefantes. Me dio un ataque incontenible de risa que avergonzó muchísimo su infortunada falta de glamour. Pero lo realmente importante de esa urgente sesión de sexo con este musculado Buster Keaton es que me liberó de la incómoda omnipresencia del perturbador adminículo paterno que causaba sensación y estragos en su círculo de urgentes colaboradoras.

Pepa y MMM, que no compartían ni la cama, sí eran

capaces de ensamblar sus tesis en la aversión al rollo-bollo. Esa bobería demostraba, sin lugar a dudas, que une más el odio que el amor. Yo defendí con uñas y dientes la libertad de mi hermana y en ese empeño dilapidé los restos del poco crédito familiar que me quedaba. Atormentaron a la pobre Malena y la intentaron impregnar de un absurdo y sucio complejo de culpa que no fue capaz de baldear hasta que, aconsejada por mi estupidez, mantuvo una relación completa con Ramón Urdiales, el pijo más pijo de todos los pijos conocidos en el barrio. Un experto en desvirgues y en polo. Fue la definitiva razón para olvidarse de algo que ni su cuerpo pedía ni su alma necesitaba. Ramón, todo un experto jinete multipremiado, asumió su primera horizontal derrota delante de todo el grupo de amigos jurando por su honor el rotundo fracaso de sus muchísimos recursos eróticos festivos y de sus reputados encantos. Por primera vez no había estado a la altura de las circunstancias. Malena consolidó su idea de que habría de buscar manos más finas, palabras más delicadas, caricias más enternecedoras y labios más urgidos de rocíos. Algo que los embalsamados en testosterona no estaban capacitados para ofrecerla. Ahora Malena no solo es mi hermana. Es mi confidente, mi amiga, mi consejera... mi dealer cuando no consigo los polvos que me mantienen en pie. Malena es mi todo y solo a través de ella entiendo que el todo es mayor que la suma de sus partes. Y aunque no sé para qué sirve esa jodida frase tan televisiva que tanto me da que pensar, sé que la tengo a ella. Sé que siempre está ahí. Donde debe estar. Ahí mismo. De mi lado. Antonio y la niña también están pero es una presencia más física y coherente. Malena está cuidando cada una de mis bocanadas de aire. La presencia de dios es menos palpable. Yo quiero a Malena incluso cuando me abandona una temporada para castigar mis excesos con la cocaína y los quaaludes. Entonces me refugio en Lucía, en la bondad de Antonio y en mi odio irreprimible hacia MMM. Y soy infeliz porque ella no es feliz sin verme y sin regañarme. Malena es tan imprescindible como los sueños, como las sonrisas de mi hija y como saberse querida. Malena es un premio a la inocencia y un sofisticado sabor a redes sociales en un batido de fresas.

Sin encontrarse. Viajero por su propio torso blanco. Así iba el aire

FEDERICO GARCIA LORCA

Y llenando de grises lo que se suponía el contorno de una hermosa flor hizo el gesto de cortarla sin piedad el tallo con la mano derecha. Los afables pétalos de aquella visión flotaban al trasluz entre la ventana y mis ojos. La consistencia del humo atrapó un puñado de la esencia misma del aire y le regaló esas caprichosas formas. En ese momento la primavera se detuvo a tomar aliento

y pude respirar el aroma de todas sus especies vegetales. Estábamos en ayunas tras un largo recorrido por la montaña y el estímulo de unas débiles gotas de lluvia dejaron flotar la limpieza invisible del ozono. Era muy joven, muy bella y muy sensual. La boquilla de plata, de marfil, de nácar y de coral recién estrenada se agitaba con elegante educación complacida en su recto diseño. Mantenía los ojos cerrados tras cada chupada y lo retenía en su interior. Hasta no darle al humo el calor de su cuerpo no le devolvía la libertad. Yo era muy desdichado mientras amaba aquellos turbadores gestos. Pensaba que nunca podría hacerlos míos. Hasta descubrir su secreto fue un desafortunado inconveniente. ¿Dónde podría encontrar esos cigarrillos turcos mejores que el Camel?. El conocimiento de la verdad, si se pervierte convirtiéndose en una adicción, es capaz de sumirnos en la ceguera. Ahora quedan las sombras de sus curvas y el elegante gesto de sus pestañas peinando el aire quieto y aburrido de estas estaciones invernales de cada tarde donde me pierdo constantemente. Me he convertido en la última resistencia contra el deslumbramiento porque el estanco queda a más de cuatro manzanas. La oscuridad es lo invisiblemente infame de nuestro luminoso interior.

Llegado a ese término, tan arriba, planeando sobre el murmullo de la abarrotada estancia donde aterrizaba de emergencia el jolgorio de una etílica despedida de soltero, se cardó dignamente el pelo con los largos dedos de tahúr como para recomponer su inteligente y bien estudiada figura de predicador abocado a terminar la homilía con un descubrimiento esencial del cual seríamos afortunados partícipes.

— La televisión es un gran malentendido de la sociedad y desconoce la verdadera identidad de esta. Ni es un reflejo ni es un testigo: es una torticera caricatura. Una desesperanzada máquina sin corazón que se alimenta de espejismos, de juguetes rotos y de publicidad. A esa conclusión me han llevado 35 intensos años de trabajo cuyo único fruto sustancial ha sido un sueldo regular e inestable y esta especie de cicatera beca que acompañará desganada mi vejez.-

Y Bruce, ajeno a estas confesiones, seguía obsesivamente recordando por los altavoces que el polvo es parte fundamental del camino. Y la pertinaz guitarra y la inquietante armónica le daban la razón.

Fear is a dangerous thing
It'll turn your heart black you can trust
It'll take your God-filled soul
Fill it with devils and dust
It'll take your God-filled soul
Fill it with devils and dust

Al final todo es ruido. Solo ruido. Ruido sordo. Ruido para confundir las palabras. Ruido mediático orientando nuestro viajar hacia el total silencio, abducidos por el definitivo mutismo de nuestros entusiasmos: el ruido de la manada. El ruido más primitivo de nuestra realidad social. El ruido de las copas que no saben brindar por un futuro mejor. Me encantan estos lugares con la música impidiendo la comunicación y los tipos M (Metanarcisistas) como MMM luchando porque su voz salte la curva de los decibelios de los demás.-¡Otra copa!. Necesitamos excitar el poco cerebro que nos consenten usar para planteamientos críticos.

Los solitarios tienen un pico de cortisol más alto de lo normal. Y a mi padre de un pronto le dio por hacer acopio de esa egoísta hormona esteroidea que moviliza los recursos energéticos y aumenta la respuesta a los estímulos desde un aislamiento controlado. Marchó a vivir dos manzanas más allá de la nuestra invirtiendo su empeño trascendente en disfrazar la estrenada viudez con inadecuada soltería juvenil.

Me pasaba una asignación mensual que alcanzaba justo para sobrevivir y con ella descubrí que la soledad es contagiosa: el frigorífico se vacía, la calefacción no te acompaña, tu abrigo es residente fuera de temporada, tu amor es tu mano... La soledad es un pesado huésped que te toma cariño y que es muy difícil de desahuciar.

El trapicheo de coca y de hachís se me reveló como un buen antídoto contra esa soledad que a dentelladas me devoraba la ilusión de la libertad y el piso se convirtió en el lugar de peregrinación de los más pasados de la zona: yuppies zumbados peinadísimos, ejecutivos de medio pelo, profesionales de todo pelaje, artistas peludos y barbudos, diletantes imberbes y velludos, pijos rasurados... todos con un único motivo en sus visitas: la sustancia llave que abre la puerta al paraíso. Un brillante paraíso calvo de blancas caspas.

No era preciso esperar las siete plagas del Apocalipsis porque a mi soledad ya había llegado el fin del mundo. Una soledad que me llenó el bolsillo de dinero y la vagina de apetecibles carnes, pero que reseco mi alma. Tormentas sin agua, nublados estacionarios, ríos de polvo y tempestades de mutismo. Así hasta desconocerme. No sé realmente cuanto tiempo pasé en estado volátil o si me arrolló el tiempo isotrópico del bendito Borges, que se asomaba a mis pensamientos vestido de ciego con una tortuga en la mano para susurrarme lo que le había contado su amigo Zenón de su paradoja, que trataba de convertir el continuo en una serie infinita de magnitudes decrecientes: la bomba no nuclear más destructiva del mundo. Una poción mágica: cocaína mezclada con Borges, *shabú fumado*, odio y un chorro gordo de soledad.

¡Cabrón MMM!. ¡Qué mal lo pasé por tu culpa, por tu santísima culpa!
... Y lo confieso ante Dios Todopoderoso,
y ante vosotros hermanos
que pecaste MMMucho de pensamiento,
palabra, obra y omisión.
Por tu culpa, por tu culpa, por tu gran culpa.

Las teresianas estarían orgullosas de esta plegaria que a coro podríamos recitar Malena y yo en cualquier ejercicio espiritual. Una plegaria del exilio para un dios indiferente, sordo y despistado, que abandonaba los cielos buscando su paquete de tabaco olvidado en el mostrador de un Quiosco a los pies de la estatua del Angel Caído. En el madrileño Parque del Retiro. Al final todo es ruido. Solo ruido. Perturbador ruido. Ruido sordo de melodrama. Ruidito tramposo de opereta. Ruidazo semantico incomunicativo... ¡Un Cristo de ruidos!. (Todo el sonoro universo que nos rodea es ruido menos -el ruido rosa- , un despreciable rumor de laboratorio cuyo nivel sonoro es constante en todas las bandas de octava).

EL OÍDO, el sonido y las otopatías.

El oído es un órgano al revés: sólo escucha el silencio. Si el oído no fuera un órgano al revés, es decir, un órgano hecho para escuchar el silencio, sólo oiríamos el ruido ensordecedor que producen las galaxias, nebulosas, planetas y demás cuerpos celestes en sus desplazamientos a través de los enormes espacios interestelares. Los sonidos, ruidos, palabras, etc., que capta nuestro oído, son realmente burbujas de silencio que viajan desde la fuente emisora que las produce hasta el órgano receptor de silencio que es el oído". Quien no haya leído al desconocido JUAN LUIS MARTÍNEZ, (un tipazo), se ha perdido un fabuloso y enriquecedor viaje interior en "gran-clase". Los mudos no es que no hablen porque son mudos, sino porque no oyen. El oído humano sólo está capacitado para oír un rango concreto de ondas sonoras (margen de frecuencias) ya que no percibe las vibraciones menores a 20 veces por segundo ni mayores a 20.000 veces por segundo. Los órganos de la audición comparten alojamiento en el hueso temporal del cráneo con los órganos del equilibrio. ¿? Escuchar no es igual a oír. Lo primero es un fenómeno biológico y lo segundo pertenece al dominio del lenguaje siendo un factor determinante la interpretación. El audio en televisión ha de buscar el equilibrio entre ambas actitudes.

En sentido físico, el sonido es una onda longitudinal que se propaga a través del aire, que es un medio elástico. Una errónea apreciación dicta que una palabra vale 999 veces menos que una imagen. Bob Hope decía que la televisión era un invento estupendo: -"le quitas la imagen y se parece a la radio"-. Un partido de fútbol de cualquier cadena nos demuestra que su aseveración no ha perdido vigencia. (Sigue siendo un antiguo espectáculo radial y redun-

dante). *Un micro puede verse o puede estar oculto a los ojos del espectador pero ha de registrar con fidelidad el sonido. Esta perogrullada es motivo permanente de discordia entre técnicos de iluminación, sonido y regidores. Los planos de sonido son tan importantes como los de imagen, pero en la actualidad los productores han determinado que sean tan planos como su cerebro. Cuestiones importantísimas del sonido han firmado su acta de defunción televisiva. Ejemplo fácil es la utilización de la anticipación. El audio en cine sigue cumpliendo azarosamente su función de engrase narrativo mientras en televisión ha pasado a ser masaje descriptivo. La música es un tipo de ruido muy socorrido no para subrayar o enfatizar situaciones sino para disfrazar imperfecciones de la toma de audio. Un buen sonido ambiente es un ruido simple, limpio y evidente que mejora el contexto de veracidad en las secuencias. El sonido recreado más inverosímil acentúa los valores del plano más y mejor que cualquier registro natural por buena que sea la mezcla. El sonido digital es chivato por naturaleza y delata sin piedad las imperfecciones más escondidas. El sonido no es solo lo que se escucha sino la sensible administración y articulación de los silencios. El ruido es tan necesario como el silencio. Grandes genios como Schumann y Wagner han carecido de oído absoluto, aunque otros lo han poseído en grado excesivamente marcado.*

¿Qué finalidad tendrían estas ambiguas páginas de mi padre? ¿Por qué están tan deshilachadamente dispersas? No sé si servirán a alguien en concreto pero su utilidad la percibo como un collage de adornos de escaso provecho y de dudosa validez. Su pensamiento además de frívolo y altisonante es autista y endogámico, lo cual unido a su falta de miedo le resta proyección y recorrido. Algunas tardes, mientras Lucía duerme, le releo estos textos con prosopopeya de escolar aventajado para observar sus reacciones en la silla que me hubiera gustado fuera eléctrica. (Él ha sido merecedor no de un trono de acero sino de un potro de tortura medieval). Su rostro, al paso de las palabras, esquivo la emoción y la curiosidad desde ese desgastado parapeto de carne y huesos que ya no obedece a ninguna orden propia ni ajena. Él duerme perennemente con los parpados abiertos. Los mismos parpados que cerraba para sostener la oscuridad necesaria del descanso. Un cuerpo ya arruinado clamando por la muerte desde una absurda quietud viva de la que desconozco la intensidad de sus dolores. Y le leo. Creo que es una sutil forma de tortura el volver a golpear contra su cabeza aquello que su cabeza descubrió con no se sabe qué intención. No dar consuelo ni descanso a su mente terminal es el ejercicio.

MMM Tenía la boca tan abierta que las moscas entraban bailaban 'In Your

Eyes' ese tema de Peter Gabriel para la película 'Un gran amor', hacían picnic con sarro, botellón de saliva y luego cuando ya estaban totalmente devoradas de aburrimiento se marchaban a golpearse repetidamente sin tino contra los cristales. A veces se quedaban a dormir en algún implante. Brígida se las quitaba con mucho cuidado y las llevaba al jardín en un bote de cristal. Antes de dejarlas libres les arrancaba un ala para que los pájaros más jóvenes tuvieran alimento fácil. Brígida, decía Márbara, era incapaz de matar una mosca y sin embargo engordaba los pajaritos con esa inexplicable crueldad que traía alborotados trinos y aleteos de gorrión al balcón de su dormitorio. Nunca Brígida dejó de echar en falta las gallinas de La Paz. El olor ácido de MMM se las traía a su mente con la puntualidad de sus deposiciones. MMM era un viejo que ya no sabía lo viejo que era, que ya no reflejaba ninguna luz en sus ojos y que no entendía nada de aves de corral, pero por complacer a Brígida no tosía ni cerraba la boca para no espantar las moscas que engordaban sus pájaros libres. Márbara comenzó a preocuparme el día que me confesó desde su diáfano rencor, escondida tras un montón de papeles mientras fumaba un cigarrillo de la risa, que sospechaba que Brígida estaba fabricando un ataúd de plumas para MMM y que nos ocultaba que le estaban creciendo alitas en los costados. Yo que cierro los ojos y cuento hasta diez cuando una sensación me desborda, esta vez conté hasta veinte respirando ese humazo. Brígida, siempre generosa, hace como que no se entera de los embriagadores cigarrillos de Márbara y aprovecha para cazar moscas atontadas, firme en su causa inverosímil y en su determinación de no mirar para la televisión aunque permanezca todo el día encendida en el Canal Golf. El tiempo hace acopio de todas las causas de muerte en un baúl de memorias, al borde de los labios, que sirven de postre a las moscas más comilonas y que dan al zumbido de sus alas el eco de todas las palabras hermosas que en su momento la boca fue incapaz de pronunciar.

La importancia del desorden y sus justificaciones eran para Márbara un motivo de conversación recurrente en el cual deshacía encendidos elogios no solo del azar sino de la casualidad entrópica y su benefactor reflujo sobre cualquier acto creativo. Si además se le añadía el tiempo de dedicación a tiempo total que Lucía requería, el proceso de fabricación del libro no corría por buen cauce. Varias veces nos visitó Carlos y en ellas se despachó a gusto sobre la inoportunidad del trabajo con tan pocos recursos y su desnaturalizada versión confidencial preocupándose del cabreo del mono de Márbara. Ese mono insaciable amenazaba con romper sus barrotes y putear fuera de su jaula con una cuchilla barbera recién afilada. El imprevisible mono, cuando Malena no prodigaba su presencia, se volvía agresivo y pertinaz, nos tiraba cacahuetes a la cara y

llenaba de excrementos nuestro entorno con desánimos y neuras fuera de lugar. Entonces rebasaba el estadio que supera el desbarajuste y que los expertos en entropía llaman irreversibilidad. Pisar el rabo al mono, aun siendo sin querer, desataba una tragedia en el estado emocional de mi esposa que en sus globos “estrato-férricos” vivía a salvo del simple orden cotidiano: acostumbrándose y disfrutando el empeoramiento de cada día. Márbara sin polvos mágicos, le dije a Malena en un wathsaap, es como un supositorio a traición. Es como si se le hubiera regenerado el himen y como consecuencia primera no pudiera equivocarse más ni peor. Un renacimiento imposible de empeorar. Y todo, me contestó, porque gastó muchos años sin estar a solas consigo misma y entrenarse en asumir ser una adorable sociópata fatalmente diagnosticada.

¿Por qué el odio está tan mal visto? El odio está infravalorado. ¿Tenemos miedo a que su jodida levedad nos aplaste la conciencia? La falsa y grave levedad del odio es una hoguera que necesita más odio para mantener su combustión, para que todo arda sin detener la llama. Lo mejor del discurso del odio es su capacidad para asegurarnos no solo de nuestra disconformidad con lo odiado sino también como afirmación de nuestra inocente inocencia que así se pone a salvo en su desatendido paraíso. Por eso lo maltrato con sus propios argumentos. Lo atosigo sin compasión con sus deposiciones escritas en voz alta. Brígida hace como que no me escucha cuando le atormento con esas átonas interpretaciones que ya le resultarían insufribles cuando estaba en plenas facultades. ¡Que se joda!. La sufrida Brígida, cuando lo dejo cicatrizando esas intensas sesiones de recitados, lo envuelve de silencios en su habitación llena de fetiches absurdos de sus más floridas etapas profesionales: fotos, placas recordatorias de plata, cuadros dedicados, esculturillas conmemorativas... un depósito polvoriento de fragmentos de autobiografía que restablecen el orden de su mundo y que se limpian una vez al mes por obligada higiene y sin cariño. Un bien fraguado odio sólido se fortalecía en mi alma cada día de vida que el tiempo daba de limosna a la postración de MMM. -En familia no existe el arte de odiar y tampoco el arte de amar lo inesperado- escribí encabezando un folio que recogí de la papelera. Todo en una abominable familia es monótonamente previsible.

A MMM, me contaron sus íntimos, le excitaba hasta la desmesura contar a los maridos de sus conquistas que el y no otro, -por su cara bonita-, era quien les había plantado el trofeo de unos cuernos en toda regla y para ello esgrimía con un ampuloso lujo de adjetivos los detalles cuando se le pre-

sentaba la ocasión hasta hacerlos chocar y cruzirse contra el fondo negro de la evidencia. Era el tipo de favor que más le gustaba dispensar: el terror vertiginoso de la caída. Se soltaba de lengua y se venía arriba hasta que él abochornado interfecto, descendido, se derrotaba y lo intentaba golpear sin fuerzas desde la humillación vertiginosa del veloz derrumbe. Tras perpetrar esta arrugada gesta, corría a los brazos de la infiel y se deleitaba en relatar con pelos y señales la tragicómica escena de la confesión de sus episodios amorios al cornudo y ese momento que el llamaba «final intestinal» donde se evidenciaba “la gran caída de la relación y su descomposición absoluta”, era la cresta emocional de sus devaneos. Un punto final con olor a empleado de cloaca donde se evidenciaban las dotes de un artista bestial, despiadado y furibundo: -un salvaje en la cama y un bárbaro en la verticalidad del sublime y difícil ejercicio del adiós-.

—A la gente normal ni le gusta ni le interesa nada la verdad, nos instruía en ocasiones especiales donde entre copa y copa la lengua se le soltaba hasta casi rozarle el culo. Prefieren la ignorancia y refugiarse en ella como caracoles escondidos dentro de sus caparazones, sin interés por la luz brillante del sol que daría claridad a la realidad de su gris existencia. Cuando MMM los iluminaba con su -don de gentes- buscaban deslumbrados por la deslealtad, a tientas por la piel de la traición descubierta, un sórdido agujero donde caerse muertos sin correr el peligro de conocerse y sobrevivirse en la vergüenza, o en las oleadas de nostalgia de los buenos tiempos donde la fidelidad era el motor del bienestar con vocación de eternidad. Por esa debilidad estratégica de un don nadie o por su ilusión, MMM con una simple materialización de la -cuestión de detalle- conquistaba la cima del truco mágico donde ninguno de los dos afectados por su revelación volvieran a ser los mismos.

--MMM nunca había sabido querer a nadie. Ni siquiera a sí mismo. Y nunca se interesó en darse la ocasión de compadecerse de un ser tan despreciable habitándolo al completo.

La ansiedad se apoderó de Marbara y no la soltó ni para bostezar. Antonio sabía que cuando un cristal se rompe es imposible recomponerlo sin dañar su transparencia y sabía también que Malena había hecho mil pedazos la relación al descubrir que su hermana caía por la empinada catarata de su desgracia braceando a favor de la corriente. Era la tristeza como una piragua agujereada y abandonada en el medio de una gran aventura glacial de la que, antes de concluirse, tuviera el final congelado sin dudas razonables. Era como si el agua estancada hubiera en-

contrado la salida bajo un endeble tapón de plomo. Abrigaba su desidia la esperanza del abandono y sin embargo todo era urgencia cuando se trataba de polvos o pastillas. Y la desidia se balanceaba en un arriesgado ejercicio sobre un laberinto de súplicas y de cóleras tan desgarradoras que el sueño se escapaba a dormir en otros mundos lejanos con ambiente de carnicería del arrabal. Malena ocupada y empeñada en copiar la realidad mejorándola, se sentía impotente contra la creciente locura de su hermana y su menguante huida hacia otros lejanos paraísos imposibles. (Sólo la dieta de sonrisas de Lucía y el tequila la calmaban). El castigo de Malena era suministrarle placer en largas dosis distanciadas que dejaban madurar el tiempo en burbujas de ausencia con luz de gas donde se descansaban sus ansias y sinsabores a palo seco. Y es que hay puntos de vista que necesitan reinventarse para ser reales y no enrocarse ni en lo inconsolable ni en el alejamiento. Y Márbara se iba vestida de insolente ser amargo. Y Malena si no venía nos distanciaba del necesario descanso. Y la vida sin sustancias era poco menos que insoportable. Y el infierno asomaba su hielo y su llama tras cualquier puerta de la casa. Y sólo la sonrisa de Lucía nos reconciliaba con la existencia. Por eso, cuando tras un mes de ausencia apareció Malena, sólo con su noticia, en un instante se vivieron varios años de felicidad sin tequila y sin llantos. Además las dosis eran generosas y durante al menos dos meses estaría garantizada la paz. Brígida hizo un delicioso pastel de manzana y yo le regalé una caja de bombones de cereza que olvidó al marchar en el aparador del salón. A MMM no le gustaban y se resistía con todas sus fuerzas a que Márbara se los introdujera en la boca, pero las dos docenas desaparecieron en tan sólo tres días sin que nadie salvo él los catáramos. Brígida limpió los baberos con una solución de amoníaco y alcohol a partes iguales haciendo desaparecer el feo marrón de los delantales y de nuestro asco.

“No hace falta sólo esconder un secreto, también hace falta un secreto digno de ocultar”.

Chesterton.

Cuando el teléfono comenzó a sonar, Manuel ya tenía la mano puesta en el auricular. Había pasado tres años esperando esa llamada. Tres interminables años en la playa de Luba viendo bailar atardeceres y tiburones al seductor compás de los tambores negros. Por fin el otro mundo le indultaba. Dudó un instante antes de levantar la escucha y cuando lo hizo fue tan solemne que se le escapó una maliciosa sonrisa al contemplarse en el espejo. Encendió con ternura y parsimonia un puro antes de intentar escuchar la voz que tanto apetecía. Paladeó con placer la primera bocanada de humo: la más difícil, la que más esfuerzo cuesta y la que más gratifica.

Tres años de abstinencia son demasiados días para un vicio tan severo. Al otro lado una dura voz femenina preguntó: ¿Conseguiste dejar de fumar? Un largo silencio flotó en las hermosas nubes del húmedo contraluz junto a la cortina de estambre mecida por una leve brisa salina donde los mosquitos se chocaban con cegueras incomprensibles. Exactamente siete segundos después un resignado clic viajó por el hilo de cobre en dirección a la interlocutora.

Un silencio tan largo puede ser tan elocuente como la apreciación pretenda. Una hora más tarde el último tercio del cigarro penetró donde la magia de evolucionarse en sensual festival de embriagadores sabores. El aroma del trópico tiene ese nebuloso dulzón olor a nicotina que hace adictivo cualquier deseo.

Nada parecía ser real. Nada cabía en su cabeza. Así de grandes eran sus ilusiones y su inquietud. Malena era un borbotón de incalculables ideas y el pasaporte a la felicidad que Márbara no abandonó ni a sol ni a sombra desde que en la adolescencia recibiera su primer favor. En él se quedó dependiente de por vida. Ese favor esclavizó su fuerza de voluntad y su futuro convirtiéndose en un espejismo sin matices. Márbara era un apósito pendiente de Malena a cambio solo de guardarla el gran secreto y cuando este saliera a la luz luchar en su bando codo con codo. Cuando la BBC grabó el documental de Malena para su programa de plástica, en la entrevista a Márbara se le deslizó una frase que sirvió para dar título a una sección de la serie: fantasías absortas. MMM salió tan empalagoso hablando del futuro de la obra de Malena que en edición lo dejaron poco menos que en testimonio comparsa. Recuerdo que había una imagen de una mujer desnuda en el brillo de un diente y que justo donde se adivinaba la procedencia del foco de luz había un bebé y un ratoncito asustado de igual tamaño que se estaba zampando un helado de vainilla que derritiéndose mostraba en otro brillo menor una encorvada mujercita que no parecía de este mundo y que a mí se me antojaba que era Brígida cocinando una especie de ají de gallina con solo plumas. Y mientras yo me asentaba en la invisibilidad. La climatología de los acontecimientos venideros anunciaba tormentas tropicales. Tiempos nocivos y tan llenos de pesadumbre que hasta los relojes se adelantaban para salir de ellos. Brígida daba cuerda a las ausencias y nos mantenía en hora sincronizados: el desayuno, la comida, la merienda y la cena proporcionaban a nuestra vida el falso ritmo de una formal familia en calma. Márbara escribe obsesivamente sobre su propia historia desconociéndose en ese ejercicio de consumir la memoria que le falta, sin perder nunca de vista a Lucía, que la deja exhausta en un territorio junto al limbo donde nunca podríamos acceder sin ser heridos de muerte.

El televisor del salón está apagado y en su pantalla se refleja oscuramente el ventanal del jardín al atardecer. MMM lo mira como quién mira a dios desde la cara oculta de la luna, embelesado y abducido en aquel hipnótico disco de Pink Floyd. Es una serenidad densa y viscosa la que recorre el vidrio negro que separa las tripas del aparato del pegajoso mundo real. Ese cristal negro cargado de electricidad estática que hace las veces de párpado donde, inanimado en su silla, MMM es como un reloj que no hubiera aprendido a contar el tiempo o que hubiera perdido el interés en contarlo o que hubiera detenido sus agujas en un artrítico ataque de sinceridad, o que se hubiera retrasado tanto que necesariamente hubiera de sentarse a esperar la llegada de otro día para sincronizarse con la verdadera hora solar de los universos conocidos, o que deseara reinventarse en forma de cronómetro para contar edades de morir y no tiempos de vida. A ratos MMM respira tan hondo como si fuera un ser humano y concentra su desvalida atención en los densos brillos que las metálicas cortinas de láminas proyectan intermitentemente en finas rayas, sobre el inerte monstruo rectangular. MMM permanece conectado, sintonizando el dial de la nada convertida en silente nana. El gato virtual de Malena, en ausencia de Albondigo, ronronea y extiende esa ronca vibración sin ilusiones por todas las alfombras.

El día que nuestra familia descubrió que ya nadie importaba a nadie culminé la firme convicción de que siempre había sido así por imperativo sanguíneo. Al menos hasta donde me alcanzaba la memoria nunca había recreado en mis pensamientos la necesidad de sentirme parte de esa dilatada farsa y nunca percibí que nadie tuviera interés en que demostrara ser parte de este raro grupo. Éramos un archipiélago muy poco convincente como unidad y si navegábamos juntos las tormentas ni siquiera era por conveniencia o por supervivencia sino porque las mareas y los vientos empujaban porfiadamente nuestra frágil patera sin bandera en una dirección imposible de torcer a golpes de timón. Espacio de existencia y la noción de cohabitación eran groseros conceptos que en mi cabeza pesaban igual que un leve sueño freudiano de pez sobre el equilibrio de los que no tienen esperanza. En el primer momento que vi a Lucía, despeinada entre toallas manchadas de sangre, lo primero que hice fue preguntarme por qué la amaba de esa forma tan absoluta e irracional y antes de contestarme le juré que nunca le faltaría ni un gramo de mi cariño y que nunca formaría parte de esta decaída y asfixiante estirpe. Inmediatamente después me cercioré concienzudamente de que no tenía ni un solo rasgo de Pepa ni de MMM. Alejada esa nube negra, Lucía tampoco se parecía a Antonio, que emocionadísimo no paraba de llorar a mi lado. (Antonio es de natural lacrimógeno, un Boabdil ciclado de esteroides

“anabólico-androgénicos» con una cómica hipera incontrolada de pésimo actor). A renglón seguido, por primera vez escuché el hermoso llanto de mi hija que era diferente a todos los que había escuchado a lo largo de mi vida. Era un llanto que nacía de mis entrañas, salía por su boquita desdentada y le aullaba al mundo, con todas sus fuerzas, que se detuviera un momento para que en el aire pudieran por fin construirse castillos.

En la tapia norte del nuevo cementerio de Alcorcón, el nicho de mi madre estaba situado en la esquina de la quinta fila superior de un pabellón de cincuenta nichos de largo por cinco de alto. Era el número 241. Un número soso al que no se le encuentra simbología con nada. Un número tan aburrido como mi madre. La única ventaja que tiene al estar sobre nuestras cabezas es que MMM estaba obligado a mirarla de abajo arriba y no de arriba abajo como siempre lo hizo en vida. El operario que colocó la lápida, un sirio de negros dientes raídos distraídamente la colocó del revés. Cuando se retiró y vimos el desaguisado Malena saltó como un tigre enfurecido sobre una gacela.

—¡Quiere usted poner boca arriba a mi madre!

—Señora. Su madre está muerta. No irá ni arriba ni abajo.

MMM me miró de reojo y se le escapó una mueca sonriente mientras decía por lo bajo.

—Pepa nunca fue muy original. Está bien que repose aplastando la nariz contra el seno de la tierra.

El albañil al caer en su error no le hizo ningún caso y azoradamente se dedicó a voltear vergonzosamente el mármol grabado. Cuando terminó, Antonio le dio una generosa propina. Y tomando a mi padre por el hombro escenificó camino de la puerta del cementerio una secuencia de hombre educadamente compasivo acompañando a hombre cortésmente entristecido. Una falsa secuencia de esas que tanto empalagan en las malas películas americanas. Es posible que la mirada de Malena se perdiera en el infinito después de esta batalla y que no la encontrara hasta pasados 10 minutos agazapada tras algún ciprés. Ese triste árbol que sin motivo huye hacia el cielo y mientras, sus raíces se hunden con desesperación en la tierra. El ciprés es la esencia de la contradicción en los ojos de Malena donde su verticalidad desesperante dibuja una raya oscura que les imprime un decidido aire felino incompatible con su dulcísima personalidad. Sus pupilas parecen querer corroborar que lo imborrable de cualquier imagen, por muy poderosa que esta sea, no deja rastro alguno si no interponen una cámara entre ellos y la realidad. Esa ecuación siempre manifiesta en la clarividencia de mi hermana, más que inquietante es su único rasgo amenazador.

__Pepa no merecía marchar boca bajo camino del olvido.
__Ciego destino el suyo. Su vida fue como un mal ensayo.
__Ni siquiera la calva de la quimioterapia consiguió motivos para enter-
necerme.
__Márbara, ¿crees que debería borrarse del revés de nuestras vidas?
__No le costará mucho llegar al más allá. Una vida vacía, peso no lleva.
__Incluso la muerte de un ser despreciable tiñe de negro el aire.
__Tras tanto dolor, Pepa sintió la muerte como la única bendición que
dios podría otorgarla.
__Lo mejor de la muerte es que es para siempre.
__Mi padre era tan cobarde que ni siquiera se atrevió a odiar a Pepa.
__Pepa “la seca” hubiera sido una feliz Doña Nada si se hubiera casado con
un Don Nadie.
__Una siria confusión es el último recuerdo de Pepa.
__Mi madre murió como esos televisores de negro culo gordo y abombado
tubo gris. Fue como un despedirse en blanco y negro desde un apestoso
estercolero moral en technicolor.

El timbre del teléfono sonaba rítmicamente con una melodía de urgencias contenidas pero, por norma, se dejaba que el contes-
tador hiciera su trabajo. El teléfono no hacía saltar ni nuestras alertas ni
nuestra ansiedad. Un timbre que manoseaba, “lenguoseaba”, y penetraba
el acrobático desequilibrio interior de Márbara no poseía facultad para
pinchar la burbuja de nuestro ensimismamiento. Por redundancia
habitual, ni siquiera Lucía se inmutaba con la monótona persistencia de su
reclamo. Márbara, cuando se sobrepasaban las llamadas tolerables, lloraba
en silencio hasta que se le secaban los lacrimales desahogándose con furia
de un dolor tan irracional como ineludible. El dolor de la falta de amor es
tan inesperado e injusto como incontrolable es el odio que genera. Para ella
ese odio era un río infranqueable tan extenso como la lluvia que no llega
nunca al mar. Era la persistente pesadumbre de un negro nubarrón que
contuviera un helado lago de agitadas aguas turbias persiguiéndola con
su oleaje de barro y alcanzándola justo en su solitaria y frágil debilidad,
junto a MMM, donde la imposibilidad de un paraguas sería un motivo
menos para la desesperación. (Lo observaba embebida hipnóticamente
entre los azulados y difusos golpes de luz que emanaba callada de la
pantalla del televisor como se mira a un rugoso y viejo animal de zoo
acuático). Ella, se aseguraba, nunca limpiaría el “culo cacoso” de MMM
porque ya no ocupaba ningún lugar en su corazón y, por descontado, pre-
feriría pateárselo resueltamente hasta hacerse un esguince severo en cada
pie. En días sin la polvorienta ayuda blanca, las lágrimas hacían un reguero

plateado de salpicones sobre el suelo de maldito damero en blanco y negro del pasillo. Brígida, que las enjugaba con la fregona como una reina del ajedrez limpiando el escenario de un crimen, se maliciaba que el pringoso ectoplasma del espíritu de Albondigo había tomado por costumbre venir a escagarrutarse justo allí. Una noche soñé que las baldosas eran televisores y que todos tenían imágenes diferentes de Márbara y me desperté sudando a chorros sin encontrar el interruptor que los apagara. Márbara no merecía verse tan fuera de sí.

Querida madre:

Me alegraré de que al recibo de la presente los niños y usted se encuentren bien de salud. Les envío unos regalitos que les encantarán. Querida madre, los echo mucho de menos. Ya se cumplen dos años lejos de mis huerfanitos y de usted y de toda la familia y al escribirle se me llenan los ojos y el corazón de lágrimas. Pero esta es la única opción que tenía para darle un futuro mejor a sus nietitos que ya estarán hechos unas personitas. Espero que en carta de respuesta me obsequie con unas fotos de medio cuerpo con los niños sonriendo. La última, en el entierro del papá, salieron demasiado seriecitos.

Le envío también 400 euros ahorrados, además de la habitual remesa mensual, para que las próximas navidades puedan ser más ricas y felices. Ya ve que he prosperado. El año pasado, por estas fechas solo fueron cien. ¿Lo recuerda?

Aquí aunque las cosas corren difíciles las alcanzo de lo más bien y en esta casa estoy tratada y respetada como cristianamente. Me ocupo sobre todo del hombre mayor que anda impedido y que ya no siente la vida. También hay una niñita que con sus lloros a veces me devuelve allá a nuestras alturas, sobre todo en la oscuridad, aunque miro las estrellas y no son las mismas. Ya la contaré lo de las estrellas diferentes de acá cuando pueda besarla. Este es otro mundo y tiene otras estrellas.

Ya tengo papeles en regla y puedo pasar por al lado de la policía sin miedo a que me detengan. Las dos veces que me llevaron a la comisaría el año pasado pasé mucho, mucho, mucho miedo. Ahora camino por cualquier parte libremente. Soy una señora trabajadora del servicio doméstico. Tengo papeles madre. Una trabajadora libre que tiene papeles y trabaja honradamente sin ilegalidades ni miedos.

Me ha dicho una mujer abogado del Servicio Social que en un año podré reclamar algo que aquí se llama la reagrupación familiar y que nos darán a todos los derechos a ser casi como nacidos aquí, con escuela y médicos aunque seamos cholitos. Sé que a usted lo de venir a Madrid no le entusias-

ma del todo, pero creo de verdad que seríamos muy felices todos juntos y que nos acostumbraríamos a estas otras pocas estrellas y a esta oscuridad tan brillantota. Aquí las estrellas no son incontables. Y el señor cuando las mira se le ve como saludable y se blanquean los ojos como si los tuviera recién hechos. El señor cuando estaba sano seguro que podía mentir sin pestañear. Eso se nota.

Mi madre querida, no sabe cuánto la extraño a usted que siempre nos dio todo lo que pudo y como la agradezco el buen cuidado de mis hijos. Cuando termine esta cartica, antes de dormir, rezaré por toda nuestra familia a la Virgen de la Candelaria, Nuestra señora de Copacabana y también por el señor del que antes le hablé, el que no sabe que todavía está vivo, y por sus hijas, que aunque no lo quieren como es debido lo cuidan a través de mis desvelos. Yo me encargaré de que viva mucho y bien aunque él no lo entienda ni lo disfrute. Le prometo madre que lo tengo mimado como una flor. ¿Recuerda como usted mimaba a Silvana, la abuelita viuda del Chaco que nos cumplió los ciento dos años?, pues así sirvo yo a este señor que ya no tiene palabras ni movimiento aunque no haya cumplido los setenta. Sopitas, mimos y cariñitos de montaña. Más nada.

Madre, dígales a mis hijos que llevo a la familia muy calentita dentro de mi corazón y por favor no esté triste. No me gustaría que la vieran llorar los niños y que ellos también sufrieran. Bendígalos de mi parte con una sonrisa de las suyas, una sonrisa de las de cuándo en la fiesta de la patronita nos invitaba a humintas humachas y bebíamos mocochinchi. Esa es la sonrisa de mi mamá querida.

La dejo con esa sonrisa y con mis joyitas bellas. Lo mejor de mi vida y de mis amores. Madre querida, el futuro nos viene de camino y viene sonriendo. Dígaselo a mis hijitos lindos y haga que se lo crean. Usted sabe cómo hacerlo

Que Dios la bendiga a usted y a nuestra familia.

Suya querida

Brígida

MMM era un puto ángel desplumado que recorría zumbando los platós con vuelo de mosca de la fruta en un viaje a través de los sentidos más escalofriados. Un depredador emocional enroscado en su propia rigidez celeste, egocéntrica y narcisista. Un chulo sideral “on the rocks” con la arrogancia de un político, la soberbia de un sindicalista y el orgullo de un trabajador. Un humanizado espécimen de *Drosophila Melanogaster* (literalmente «amante del rocío de vientre negro»), esa mosca con la que compartimos más del 50 por ciento de los genes con posibilidad de enfermar. Un descatalogado orador capaz de pronunciar discursos tan

elocuentes como aquel que derramó sin tino, atrincherado tras un copazo de vodka que parecía agua, en la Asociación de Profesionales de TV. Solo conservo el primer folio:

Los seres humanos tenemos exactamente 46 cromosomas. (Dos menos que la patata). El empeño de algunas televisiones por acortar esa distancia, por llevarnos a lo patatero, es notable. Ya hemos iniciado el viaje de ida a los 62 cromosomas del burro. Viajamos por la galaxia a 220 Kilómetros por segundo y nuestras empresas fabrican programas para que el cerebro de sus espectadores se mueva a la velocidad de sus inmovilistas criterios. Resplandecientes espacios de basura cegadora que nos atrapan en sus ondas como arenas movedizas. Quisiera hacer un llamamiento desde este estrado a los responsables de estas “máquinas de ensuciar ojos” para que depongan su actitud y recuperen los antiguos valores de la televisión: Informar, formar y entretener. LA TELEVISION este genial invento que nos ha permitido desarrollarnos profesionalmente no soporta la única idea de entretener.

Las virtuosas pupilas de MMM eran claras y transparentes. A través de ellas se podían advertir montones de pensamientos desordenados, domesticados, presos en su vanidad, atrapados en unas cintas de video sin etiquetas que transparentaban su intimidad inmóvil como si fueran alimentos congelados dispuestos para la cocina. Algunas cintas flotaban desplazándose al compás de una asmática respiración y otras parecían aplastadas por su propio peso. Cuando las aéreas rozaban a las depositadas en el suelo ambas se estremecían fundiéndose en un solo rollo. Ese fenómeno era fácilmente observable en las horas tardías, después de las copas, en el inicio de las resacas que nos llevaban al lodazal del sueño flojo abandonando la conversación sin terminar. MMM quedaba rigurosamente postrado en el sillón de orejas y yo horizontalmente desatendido en el sofá. La elocuencia de nuestro silencio participaba de la frialdad del amanecer como un recurso de cine pobre de los años cuarenta. Éramos una muda secuencia sin subtítulos, sin argumento y profundamente tintada de incomunicación. A veces, cuando nos acompañaba alguna puta, parecíamos un quieto fotograma perdido de una cutre película del neorrealismo italiano. Dábamos más pena que gloria. Nuestras imperfecciones, desnudas y relajadas, eran más patentes. Es terrible observarse de vuelta de un festín cuando se han sobrepasado todas las líneas rojas. MMM dormía profundamente con los ojos abiertos como platos en estos casos, cuando el sexo, el alcohol, las drogas y el ansia estaban de vuelta y media regresando a la página uno. Agonizábamos iluminados por las pálidas lunas, los cercanos planetas y las estrellas lejanas del ventanal. El detestable sonido del arrullo zureante de las palomas en el chopo del jardín era el

encargado de bajarnos de la nube de los excesos. Esas impertinentes aves cagonas eran nuestro odiado despertador. Nunca más ninguna mañana sería como la que acababa de nacer. No es fácil mantener la amistad con una tan exagerada vida aunque se pueda contemplar y disfrutar a través de sus pupilas el rostro insomne del ingenio creativo. MMM, incluso en sus prodigiosas pesadillas de adicto a la noche, mantenía abiertos los ojos atentos a la maravilla de cada amanecer: -el video original que reproduce en cualquier horizonte mi fatal insuficiencia de lágrimas-.

Desde que conozco a Márbara observo preocupado la colección de maletas vacías que llenan la habitación de Pepa. Son maletas nuevas que no han viajado nunca, que no tienen llaves y que esperan ordenadas como un ejército zombi el momento de salir de un letargo que se me antoja amenazador. Una maleta sin dueño y sin destino es como un hombre sin espíritu. Si por mí fuera, cada semana llenaría una de sueños rotos envueltos en calcetines desaparejados y la facturaría a cualquier dirección inventada. No las procuraría remite para que fueran diseminándose por el mundo sin capacidad de volver. Cuando hubiera acabado con todas las maletas y con todos los calcetines de la casa las reclamaría en la Oficina de Objetos Perdidos y haría de ese complemento indispensable para el viaje un apasionado motivo de búsqueda. Sería como una perturbadora poesía lírica en forma de contenedor, sudando la gota gorda, tratando de reencontrar y recuperar su arañada identidad viajera. En sus cicatrices vendrían escritas las suertes que hubieran corrido saltando de estómago a estomago de sus transportistas para concluir su periplo en ese lugar de abandonos donde suelen morir las esperanzas aventureras en liquidación. Si alguna apareciera, retomaría los sueños rotos envueltos en calcetines y les daría una nueva oportunidad. Un sueño roto, si se consigue recomponer, gana en belleza y en consistencia porque el pegamento del alma para esos casos lleva una estudiada mezcla de miedo y de pasión que lo convierte en admirable e inquebrantable al mismo tiempo. Un sueño roto recompuesto es una joya que luce las fisuras con inusual resplandor y con orgullo. Pero, Márbara piensa que sus maletas están rellenas con las tinieblas de sus toyboys y con nortes de brújula de astronauta, de esos de la Estación Espacial Internacional que se fuman al día 15 amaneceres y quince anochecheres. Amores más lunáticos que estratosféricos. Y esa incongruente maravilla vuelve loca su antena GPS. (Se encoleriza cuando le pregunto por esos apilados equipajes de colores. Cambia de canal y se marcha con la niña a otra habitación donde le pide perdón por sus aciertos). A veces espío como muestra los forros vacíos de las maletas a Lucía y como sus dedos delicados trazan en sus sedas viscosos juegos de sombras con la leche ma-

ternizada. La niña hace esfuerzos por entender sus mensajes. (A escondidas Malena paseaba las maletas por Madrid para que respirando calle ni enfermaran ni murieran. Las daba un viaje de varias estaciones de metro y otras veces las hacía una pequeña ruta en autobús). La sensibilidad de Malena y su compasión alcanzaba incluso a las maletas. Mantenerlas vivas era uno de los muchos caprichos que Márbara la envidiaba. (“Yo nunca conseguí hacer viajes sin viajar ni soñar sin sueños. Mi pobre inteligencia artística me mantuvo siempre en un estado vital difuso, encogido y equivocado. Malena me descubrió que viajar consiste en amar los caminos. Yo solo supe pagar los boletos del transporte”). Brígida les limpia el polvo pacientemente los viernes por la mañana que es cuando toca esa ocupada estancia que todavía conserva el perfume de Pepa. Ese soso aroma con tan buen gusto que mezclaba tufo a nuevo con perfume Fougere: maderas, lavandas, comino, bergamota y musgo. Una clase de fragancia que no trata tanto de reproducir el olor a hehecho como de intentar evocar el ambiente de un bosque.

A MMM se le desembotelló el sueño con un sacacorchos de oro como el que casca un huevo y el genio salió vestido de puta a tiro. Y, ya puesto al lío, le llenó de carne todos los orificios hasta que se dio cuenta de que era ciega. El arrepentimiento le llegó al alba cuando comprobó que no la podría volver a introducir en la botella. La abandonó como quien abandona una camada de gatos llorones dentro de un cesto en la puerta de una casona de millonarios y sólo entonces concilió de nuevo el sueño. Fue su peor pesadilla de pollavieja. Su desmemoria fue decisiva para olvidar la dirección y retornar indemne a su círculo vicioso, su desesperación nunca fue del todo sincera, su apagón de alma no tenía el interruptor en esa cama caliente aún y su habitual diarrea nocturna lo dejó sin fuerzas, desmayado en la taza del inodoro. La puerta de la vida se abría y se cerraba a golpetones como un repetitivo espasmo griposo del mundo real que no hubiera probado nunca la leche con miel y coñac. Eso decía Carlos sin despeinarse cuando se pillaba la vermutera.

Claro que MMM pasó por dificultosos estados de ánimo. Primero entró en shock con Pepa cuando esta le cerró a la vez sus piernas y su corazón, luego con sus hijas que, abducidas por su neurasténica esposa, no supieron gestionar su abatimiento y no somatizaron con normalidad la forzada distancia que esta les impuso al atrincherarse. Luego se enfadó como un banquero cuando bajan a la cota cero sus activos, más tarde se asustó como un ratón en una fiesta rave de gatos y finalmente, sin resignación, aprendió malamente a vivir sin enfadarse consigo mismo, gozando

de ser como era. Una irreplicable época de antologías carnales, desdioses y cocidos con tagarninas esparragás en Casa Paco. MMM tenía una auténtica devoción por las tagarninas que eran la síntesis de su salvaje manera de vivir como un cardo “*Scolymus hispanicus*”. Disfrutó el beneficio de la falta de esperanzas con desesperos otoñales como los mejores toros de lidia en la plaza: berreando y llorando. Un dolorido y mágico espectáculo. Un alarde de su animal hipnosis. Capote al quite sin clarín desamparado en el redondel para la suerte final. La peligrosa enfermedad de padecer una vida normal nunca se le contagió

En esos días que solo sirven para cumplir fechas de calendario, en los que no existe nada extraordinario que recordar o immortalizar, se esconden los sentimientos confabulando contra la olvidadiza naturaleza de la memoria. Es una amarga conspiración silenciosa y secreta que cuando se materializa en venganza adquiere forma de virulenta revuelta emocional. Quienes hayan de soportarla han de estar vacunados contra su demoledor afán que no tiene respeto ni piedad por el enemigo. Sus ataques solo pueden ser rechazados empuñando las agujas de escarcha que se fabrican en los oscuros almacenes del corazón donde se conservan nuestras más insidiosas frustraciones. Esos diminutos cristalinos y afilados estiletes, cuando alcanzan a clavarse en las vísceras, desgarran con su rabia contenida las partes funcionalmente sensibles colapsando al sujeto del ataque y dejándolo a merced de sus hemorragias, que por lo general lo debilitan dejándolo exangüe sin causarle la muerte. ¡Qué barbaridad!

Con esos convalecientes enemigos desmayados, MMM fabricaba unos móviles de colores que colgaba en su despacho haciendo equilibrios casi imposibles. Recortaba meticulosamente sus fotografías sobre cartón de colores y con alambres los emparentaba con animales u objetos que en el aire dibujaban coreografías tan absurdas como descriptivas. Un arte cinético aplicado al vudú que copiaba las aéreas estructuras abstractas de Alexander Calder. Cuando desmantelaron su despacho, la última creación que había colgado se la robó un becario. Un cantante se contrapesaba con una vaca y de esta pendía un político y una muñeca hinchable china con un cascabel de plata. A su contra, un caracol hacía pértiga balanceándose con una gran col morada y de ambos se colgaban dos laureados directores de cine, dos conocidos terroristas internacionales y dos reputadas actrices porno. En el centro del móvil, en recortables más grandes los títulos de tres series en antena y los corporativos de dos cadenas en lucha por la audiencia de una franja horaria, que venía representada por un antiguo reloj sin agujas al que le había dibujado a rotulador una extrañada pupila. Cuando la brisa del aire acondicionado movía esa estructura volandera que el nylon

mecía flotando, las alargadas y cambiantes sombras de la pared danzaban una alegre canción que se sincronizaba con cualquier música sin repetir nunca sus pasos. Nadie alcanzaba a ver con claridad el simbolismo de estas representaciones pero cada vez que mudaba sus personajes y objetos las secretarías las fotografiaban y se las reenviaban con divertidos mensajes especulando con los posibles significados. Cuando MMM hablaba de estos juguetes ingrátidos de su despacho siempre dejaba que se desprendieran de sus palabras alguna consideración fetichista que restaba importancia al hecho de emparentar en peso y circunstancia iconos tan diferenciados, tan contrarios y tan en equilibrio.

El dominio de Márbara sobre la alucinación, su forma de alejarse del mundo real, se potencia con los polvos blancos. Duerme de pie, en un pasillo, sobre una palabra pequeña, nadando en un vaso de agua o preparando un biberón. Tiene un dormir urgente, un despertar de búho asustado y salta de la nada a lo poco y de lo poco a la profundidad con una preocupante desenvoltura. Duerme la profundidad de un minuto, absorto cada uno de sus segundos en la ligereza de los sueños y vive en esos sesenta fragmentos de salvación grandes aventuras indescriptibles que compensan su cotidianidad con premios cortos. Son las pausas que su cuerpo se regala para su propia publicidad interna en una televisión que trasnocha y que padece fatales ojeras. Unos elaborados anuncios oníricos dirigidos a la parte más débil de su espíritu-molleja que necesita un eslogan diferente para cada situación diferente. Mensajes de naufrago en botellas abandonadas en las desiertas playas de la sangre. (Había leído con entusiasmo a Benjamín Prado y recordaba su lúcida profecía augurándole que algún día habría de despertarse para salvar sus sueños). En ese ejercicio se serenaba y se entretenía porque nunca se repetían y abandonaba en su memoria -de aguas turbias- frases que cuando era capaz de transcribir literalmente se convertían en apoyos psicológicos llenos de sentido para soportarse. Una vida pendiente del respirar de Lucía. Una vida dedicada en exclusividad absoluta al tiempo de la crianza y al maltrato de MMM. Márbara gasta polvos blancos para sentirse próxima a sí misma y reconocerse desde una lucidez maleable. Márbara gasta polvos blancos para tener dominio sobre su fragilidad emocional y su desdén. Márbara gasta polvos blancos para iluminar su cara con un efecto porcelana. A veces le gustaría gustarse e incluso quererse, pero la astuta blanca no tiene esos efectos secundarios y al poco tiempo de uso produce dinámicos cuadros de reacciones contrarias. Anima al propio desamor, a la apatía y al embotamiento de la afectividad. Te empobrece los ideales y te adhiere al sentimiento una indiferente ansiedad. Es un tipo de calefacción de la memoria que consume recuerdos

malos y buenos sin discriminar para dar vida a extensos vacíos templados donde pone la proa, siempre con desgana, la pesadilla de existir. La coca no es un ecosistema personal sostenible y en el caso de Márbara es, además de improductiva y frustrante, muy ...bárbara.

__”En la parte inferior del bulbo raquídeo la medula oblangeta se ocupa entre otras cosas del mantenimiento del ritmo cardíaco, la deglución, la micción y la defecación. MMM controla con deífica maestría el centro anospinal cuya función es regular la contracción y la relajación del esfínter anal y sus veleidosos reflejos. Los programas que diseña pertenecen sin duda a la intumescencia lumbosacra, un lugar muy videovisivo”. Despachó muy orgulloso y sin cortarse nuestro amigo Ramón como el que hace ostentación de tirarse un silencioso pedo inodoro a los que hacíamos corro en la sauna.

Cuando un cirujano obeso como Ramón sentencia con esa precisión técnica, se crea un silencio de alumnado sobrecogido, pero, desnudo como estaba, rodeado de toallas, de vahos de eucalipto y luz ámbar, nos ahogamos en un incontrolado estallido de risas que duró hasta la llegada de MMM. Ramón todavía tuvo fuelle para, haciéndole sitio a su lado y fingiendo que le miraba sus partes, soltarle: __Tienes que venir un día a la consulta y te miro la intumescencia. MMM, como siempre tan seguro de sí mismo, contestó secamente: _A mi polla y a mí nos la sudan los proctólogos. Pero querido Ramoncín, conviene conmigo que los que os pasáis el día perforando culos sois cuando poco sospechosos. A lo que Ramón, en otro ataque de risa alegó: -__Los cirujanos proctólogos y los artistas como tú sabemos con certeza que -la buena mierda es la que mancha-. Y por si no quedara claro remató: __ Una evacuación regular, consistente y sana es la que mejor mierda produce. Tu cadena de televisión y la de tu cuello están más sucias que la del baño de un prostíbulo gay de la tercera edad: color cafecito. Paco Mardón, que fue cura hasta que en el ejercicio constató que la Iglesia era más dada a la alianza sumisa con los ricos que al socorro de los pobres, en contra del mismo Cristo que la fundó, se descolgó con una solemne flatulencia que ratificó su risa desbordante. Después de esa procaz acrobacia anal nos miró como si realmente mereciera un aplauso. Paco, “el místico”, era un consumado -follador sin fronteras- al que ninguno del grupo invitaría nunca a la propia casa. MMM, con los dedos tapándose la nariz, me miró y entre carcajadas consiguió articular: __Carlitos... diles algo a estos mamonzos que a mí me han torpedeado la línea de flotación. Yo quise seguir el enredo y tímidamente apostillé con el viejo refrán que casi venía a cuento, mal traído por los pelos: “La vida es una puta que nunca deja de joder”. La nuestra es una “vida premium” que...Nadie me hizo caso.

Se quedaron a vivir en otros chistes de mariconzones. Es así de jodido ser homófobo en grupo. Yo no era competentemente brillante ni original para esos niveles dialecticos. Además el tanga de estampado leopardo me hacía sentir ridículo. Y me enfadé. La verdad es que no puedes permanecer mucho tiempo resentido con alguien que está firmemente decidido a hacerte reír. La sauna "LOVE" daba cobijo los jueves a nuestras confidencias más procaces. Luego hacíamos un mus largo en "El as de copas". Esa jornada no salí con ellos de putas y me ahorré las obscenas bromas de mi tanga. Nunca debí abandonar el clásico bóxer que me marcaba hasta los dientes y que me diferenciaba de Ramón y su cacareada afición a la entomología. Ramón es un -gilipollas de libro-, incapaz de amar los escritos de Borges y de Faulkner pero, incluso con ese hándicap, MMM lo tenía en gran estima. A Ramón la vida no le trató todo lo bien que él se hubiera deseado y le dio cartas regulares, pero tampoco le hizo trampas ni le dispensó de mano barajas marcadas.

Hacía tan solo una semana que estaba firmada su acta de defunción y ya se sentía razonablemente bien. (Está claro que una vez muerto te conviertes en inmortal "de hecho".)

-Tengo toda la muerte por delante y no retrocederé porque no tendría donde caerme vivo- Le intentó murmurar a un gusano que paseaba por su paladar. Lo razonable, para él era sinónimo de lo posible, pero incluso -dentro de lo posible- la falta de tabaco seguía siendo su peor enemigo.

¿Cómo podré hacer para renunciar a esta maldita delicia?

Un temblor se apoderó de sus restos. En el precario espacio del ataúd de caoba su mano buscó a tientas el mechero.

-Aquí, tan lejos, tan hondo y tan negro, no molestaré a nadie-.

A MMM le hubiera gustado borrarse de la lista de sus escasos enemigos de un fatal braguetazo. Un Gross Rattig Point que contabilizaría y abarcaría perfectamente, sin olvidos, el número de impactos que su estrategia del adiós merecería. En el funeral de mi MMM éramos poco más que -cuatro miaus-. Mi hermana y su novia, un periodista de una revista amarilla, dos cámaras de agencia, un beodo funcionario del ayuntamiento y una putita muy aparente que moqueaba a braga caída y qué ni mi hermana ni yo sabíamos quien le habría dado la vela en este entierro. Carlos, de viaje en Londres -para un alarde oratorio de su grafomanía taurina-, se perdió en ese ridículo este ridículo adiós. Fue una ceremonia sencilla y fría pese a la veraniega mañana. Nadie vestía de luto y nadie quiso hacerse cargo de las cenizas que presidieron la burocrática

ceremonia en un tarrito de alabastro. La compañía de decesos se hizo cargo muy profesionalmente de todo. (Incluso de ese pesado protocolo administrativo que hace más engorrosa la tristeza y amarga el respeto debido a esta última despedida). A la salida de la siniestra sala de los oficios funerarios, la pobre putita desconsolada descubrió que se había confundido de velorio. Su muertito era un taxista del barrio de Carabanchel que había caído cosido a balazos en una reyerta de -traficatas- por el distrito de Tetuán. Habían detenido al chino, presunto autor de los disparos, pero esa diligente actuación policial no la consolaba lo suficiente. La novia de mi hermana le regaló su sofisticado bote de rímel y polvos para que restaurara su desencajado rostro. Porque esa mañana Márbara se olvidó de olvidar a su madre y de aborrecer a su padre, al fin difunto. Los ojos se le hacían torrenciales aguas de mayo. Los ojos son como las anillas que se trazan en el interior de los troncos de los árboles y que solo se advierten al cortarlos, pensé al mirarla afligida y distante esperando el hacha que cortara su erguida posición de liberada. Resplandecían así sus profundos ojos más jóvenes que los años que ha cumplido y sin embargo sus parpados decían a gritos lo contrario. Tenía esta mañana tan bella la mirada, que yo hubiera deseado que su padre muriera otras mil veces más para pasearme otras mil veces por sus ojos acompañando el silencio sobrecogedor que reclaman los cadáveres. Los Ojos de Márbara y los de MMM estaban deshidratados, arrugados, venosos, retadores... Nadie entornó los ojos de MMM y quedó entre pasmado y plasmado para la posteridad -relajadamente asombrado- dijo Brígida, camino de un más allá en armonía consigo mismo que era a quien más devoción profesaba y que nosotras maliciábamos tan azabache como los finales de sus series favoritas.

__A MMM se le paró el corazón tras una dosis letal de naftalina en forma de resucitado recuerdo.

__Definitivamente, dios no era inmortal y el mar muerto no podría ni enfermar ni resucitar.

__ La cocaína recupera los milagros de la memoria y los reparte por sus espejos rotos.

__Ahora las lentillas no le ayudarán nada.

La quietud de los muertos no es la paz y su tiempo es su espacio interno con el reloj parado, decía la inscripción de una tumba con flores frescas. Como si toda la intranquilidad que colmara las vidas de los difuntos se hubiera fugado en el último momento de lucidez para dejar al cuerpo reposar a perpetuidad. ¿A quién pretenderán confundir?

Querida Marbara:

Un mal amor es lo que resta tras un buen orgasmo. Un buen amor es lo que se suma a una buena temporada de orgasmos. Un excelente amor es el que tiene orgasmos cada vez que siente necesidad. Los demás tipos de amor son pésimas redacciones literarias para pésimos lectores fracasados. Esa era la filosofía que MMM trataba de inculcarnos. Su epitafio “POLVO ERES” sólo lo estimamos en su justa medida los muy iniciados en su dialéctica amatoria y en su verde sentido del humor.

Carlos

El vaho. Eso habíamos sido nosotras. El vaho en un espejo donde solo él eclipsaba cualquier visión. No existía ni una sola huella de nuestras vidas en sus escritos y ni un solo vestigio de Pepa. Yo nunca supe resignarme a ser una simple neblina, a licuarme en gotitas con cada sentimiento, a ser tan delicadamente fina como una estúpida película de agüitas manchando un cristal. No era yo. No podría consentirme serlo. Nadie podría obligarme a licuarme. Ni siquiera mi madre que para detectar mis mentiras me hacía ponerme frente al espejo, sin gafas, para descubrir en mis ojos algún resquicio de falsedad. En esos casos, Malena, o su espíritu “trotamentes”, dejaba descarrilar su fantasía entre las largas pestañas enrimeladas con máscara de pestañas de cepillo grueso (que da volumen y hace más grande la mirada) y autorretratándose como en un falso daguerrotipo confundía a Pepa con sus cliks hasta colapsar su voluntad de control. Malena no tenía el necesario don de la mentira.

El 20 de julio de 2012, un tal Juan Morenilla escribía en el País: “En un mismo hoyo, el último, en el golpe final de la jornada, se cruzaron dos momentos, dos sensaciones, dos estados de ánimo. Tiger Woods tenía la bola clavada en el búnker. Sergio García, a unos tres metros del hoyo, cómodamente posada sobre el *green*. Ambos golpeaban para lograr un *birdie*, pero la ventaja era mayúscula para el castellonense. Y así se demostró por qué el golf es un deporte tan mental. Tiger sacó un golpe de genio, una exhibición de precisión para embocar directamente desde el búnker, lograr el *birdie* y acabar la jornada con seis golpes bajo par, a cuatro del también estadounidense Brandt Snedeker. Lo celebró asomando los dientes entre la perilla y apretando con fuerza el puño. Sergio García falló. Su golpe con el *putter* se marchó muy desviado, perdió la oportunidad del *birdie* y finalizó con cuatro sobre par, y eliminado del Open Británico, fuera del corte, cabizbajo, hundido.” Eso sí que es una auténtica cabronada y no el hecho de que mis descuidados cruasanes se hayan carbonizado en el horno. Yo puedo vivir sin desayuno pero no puedo morir sin ver el triunfo de ese

genio en un grande. Márbara no lo entendería nunca, Malena probablemente tampoco, MMM era una estatua de carne y a Brígida la lentitud del golf no le gustaba. Solo Lucía y yo éramos felices viendo las retransmisiones en directo de esos golpes que daban a la bola los maestros y cómo la cámara la seguía cercana al azul y como en lo verde se paraba cerca de una bandera y como la empujaba al hoyo rodando delicadamente y como se cerraba esta sinfonía de ritmos físicos con un alegre klok final. El golf es una pasión infantil esférica. Una maravilla de equilibrios inútiles y simples. El golf, la buena mesa y la ópera son las únicas propuestas capaces de superar en muchos casos al sexo, le comento a Lucía que juega con su biberón sin hacerme demasiado caso. Estoy seguro de que algún día llegará a entenderlo y a disfrutarlo como yo, que mejorará mi hándicap y que tendrá un hermoso swing. "Dios no sabe perder", me dijo un día mi padre, pero este es un juego de caballeros. "Aprende a disfrutar de cada golpe. Incluso de los malos". No me ha tomado demasiado tiempo el convertirme en un artista de la derrota y lo he conseguido con buena nota. No es fácil.

Estremecidos, otros tantos y otros tontos

-Cuando el dedo señala la luna los tontos miran el dedo-, dijo con su voz metálica sin levantar la cabeza del periódico. Todos sabíamos de quien hablaba porque a esas horas solo tenía programado leer la página dedicada a la televisión. Unos segundos después continuó su discurso sin preocuparse de que lo atendiéramos.

-No sólo hay infinitos tontos, sino que los hay de muy diversas clases. A lo largo de toda la obra de Santo Tomas de Aquino se encuentra toda una variadísima tipología: nescius, grossus, fatuus, asyneti, tardus, insensatus, credulus, hebes, stupidus, imbecillis, inanis, incrassatus, inexpertus, insipiens, rusticus, stolidus, stultus, turpis, cataplex, vacuus, vecors... -Observó mecánicamente perezoso antes de continuar si había captado toda nuestra atención y la impasibilidad de su airado rostro no recogió ni un solo rayo de luz.

-¡Yo me cago en la puta madre de todos!

Entonces, sin percatarse de nuestra pasividad, se golpeó febrilmente contra la mesa una y otra vez hasta reventarse la cara y dejar al descubierto su circuitería de maniquí para ensayos de colisiones. Era un obsoleto reivindicador DUMMIE sindicalista de cadena pública versión KK.KKO.2015. Como ya se habían acogido al ERE la totalidad del Equipo de Mantenimiento y Entretenimiento pudimos observar estremecidos, sin prestarle ayuda, cómo sus últimas energías desaparecían entre las grietas de sus vidriosos ojos de muñeco roto. Dos jóvenes y apáticas marionetas contratadas del Gabinete de

Relaciones Laborales se lo llevaron arrastrando. Nadie se preguntó a quién se había referido con sus imprecaciones el deslenguado dummie y aburridos persistimos absortos en la inútil tarea de no hacer nada más allá de lo irremediable.

Alguno silbó calladamente el tema de «Los bandelirantes».

LOS BANDELIRANTES

El silencio respira

tan grande como el mundo

escondido en un papel.

LOS BANDELIRANTES son bandoleros sin bandera

que enloquecieron al paso alegre de la paz.

(En el aire quedan tres

que juegan a la petanca los días impares del mes).

La noche desperdiga

luminosas fragancias sobre la espera inmóvil.

LOS BANDELIRANTES son la octava maravilla

de un pasado imperfecto sin memoria.

Ya hay demasiadas octavas maravillas

en el mundo antiguo y en el de ahora mismo.

Por lo menos una por país.

(Dios bendiga el Internet

y a los que encuentran consuelo

del derecho y del revés).

En la garganta del perro

hurga ansiosa la nicotina

apagadas toses azules.

LOS BANDELIRANTES heredaron

la última letra de la risa.

Se hicieron con ella un crucigrama.

Se durmieron dentro de un paréntesis.

Despertaron sobre unos puntos suspensivos.

Con sus mutismos construyeron un altavoz

y emiten un programa de un segundo

cuyo título es “Pláticas del siglo –conmigomismo-”.

Tan breve dialogo... y tan total.

BANDELIRANTES

-CamaradasCamaradesCamaradisCamaradosCamaradusCamaradas-ca-
maradurasaspensas...Nacidos sin ombligo y sin culo.

De la misma mierda que Dios barrió

antes de descansar el séptimo día

y dedicarse a la inútil tarea de contemplar el mundo por un cuadrado
sentando su aburrimiento en un sofá de caramelos insípidos.

Solo en el ojo del pájaro dormido

descansa sereno el perfil atrevido de la ausente.

Y la absurda heroína

de cartón piedra y braga de seda cagada

que decretaba los destinos de los fabricantes de sueños

cuando el ultimo respiro (el más escaso de oxígeno)

sintió la vergüenza de ser la elegida

para escenificar el ultimo susurro

de un indescifrable juramento de silencio

de una conjura contra la obstinada pereza

de una sinrazón razonablemente torturada

desmayó su vagina en los brazos del chulo

como quien cae una baba descuidada.

Ya nadie espera a nadie en este andén sin trenes.

Esto no es un destino.

Los BANDELIRANTES y su exclusivo endemismo

se van de lutos a ninguna parte

que es un lugar próximo al limbo

y al resplandor imperfecto del pasado

donde la nada acecha su futuro sin maldad evidente

entre sepulturas analógicas y criptas digitales.

Los ojos de Lucía son de un optimista gris azulado. Estoy seguro de que nunca se oscurecerán. Los ojos de Lucía se saben de memoria todos los techos y lámparas de la casa y en esta primavera han descubierto las nubes del cielo que no descansan, los vencejos que no descansan y los mosquitos que no descansan. Los ojos de Lucía miran la verdad de la vida -que no descansa- con la inocencia intacta en su claridad porque no han

aprendido a mirar atrás y porque no nos reflejamos en ellos. (Cuando los cierra para dormir nada ni nadie quedamos dentro). Los ojos de Lucía ven los mundos invisibles que a nosotros nos están prohibidos. Yo le canto suavemente una canción de cuna que lleva musitado un estribillo de Tagore “Yo sé, amor mío, que las nubes sólo duran un momento y que el sol es para todos los días”. Lo hago secretamente –piano, piano-, sin que me escuche Márbara que está vertida sobre sus desordenados folios en la mesita del porche con la mirada líquida y ausente. ¿Me escuchará Lucía?

Lo mejor y lo peor de esta profesión reside en su intrascendencia. Cualquier programa pésimo o maravilloso está condenado al olvido en un corto espacio de tiempo. Ningún espacio emitido sobrevive en esa jungla del saber en RGB, (el modelo aditivo de los colores), donde se aparca lo innecesario y muere aplastado por el peso de la mediocre banalidad en la que nuestra vida mediática deriva. Olvidaremos los rostros de los presentadores, los bailes de los músicos, las editoriales de los periodistas y las interpretaciones de los actores. Este electrodoméstico cuadrado y embaucador, entre otras características tiene la virtud de condenar a la desatención aquello que no es persistentemente repetido. Nuestro cerebro odia los recuerdos televisivos porque el omnipresente aparato es un periscopio miope con el que contemplamos el mundo que no parpadea y que no gobierna su curiosidad para lo que en cada instante nos pueda interesar. Es una entretenida trampa de la luz que pretende guiarnos por mucho que nos resistamos a ello. Su compañía es tóxica y está tan densamente rodeada de vida como cualquier cementerio de metrópoli. Una buena televisión es un despiadado asesino en serie que se deshace del cadáver de nuestros tiempos en la alfombra de nuestro salón. Comete sus crímenes en el espacio que flota ingrávito próximo al limbo de la torpeza y de la miseria mental, y sin arrepentimiento no se hace responsable de las bajas. En su cotidiano aumento de víctimas usa el analfabetismo garbancero como arma letal principal y la imperfección social como elemento para sacudir nuestras más bajas pasiones. La puta tele es un ojo aburrido de ser ojo con dismorfia cuando en realidad su reivindicación primera es la de ser nuestro hogar: una compañía familiar que a cualquier hora está dispuesta para nosotros. Pero ya sentenció con acierto el sabio Antonio Gamero «como fuera de casa en ninguna parte». Lo peor de lo peor es que este seductor aparato, igual que la familia, es...para siempre.

Brígida cabalgaba sobre su sombra con su olor a lejía y su incorrupta bondad. Mientras las techumbres de la casa nos apisonaban haciéndonos andar a cuatro patas ella mantenía erguida su dignidad. Era, en boca de Carlos, de esos raros seres que nunca han tenido lástima de sí mismos. A mí me daba trato de nuero y siempre interponía entre

nosotros un educado pero intransitable túnel negro sin final. Yo tomaba el café de Brígida como quien toma la extremaunción muriendo del gusto. Ella sabía de mi debilidad por su maestría y con una sola mirada, que era un ofrecimiento, me tenía rendido a su aromática virtud. Lo hacía en un pucherito barato que compré en Portugal hace tantos años como historias. Lo colaba hirviendo con dos cucharaditas de torrefacto antes de volcarlo espumando en la taza. La sensación que se escenificaba en estas ocasiones era la de verme a mí mismo disfrutando de un fragante trago placenteramente amargo a través de la mirada esquiva de la empleada. Brígida también se satisfacía viéndome cerrar los ojos y deleitándome sin pudor, absorto en una taza que era lo mejor que me sucedía en el día. Si yo fuera perro movería continuamente la cola ante la presencia de Brígida con su pucherito. Cuando me acercaba la blanca taza de porcelana en la que me servía el humeante café pensaba en esa imagen y la sonrisa me delataba ladrándola, aullándola y raboteando de puro agradecimiento. Nunca cometí el sacrilegio de azucararlo pero en ocasiones especiales le agregué unas gotitas de Calvados y el resultado fue maravilloso: esa sabrosa mezcla era el calco de color y sabor de los pezones de mi novia de tercero de bachiller. Los de la de cuarto, que era rubia, tenían color y sabor de enebro fermentando para convertirse en transparente ginebra. Una mañana, descuidadamente, le conté estas adolescentes y culinarias impresiones eróticas a Brígida que permaneció callada, sin mirarme a los ojos, farfullando con respeto mientras acariciaba su trenza negra sobre el hombro izquierdo del patriótico chandal rojo amarillo y verde en el que se enfundaba y se escudaba: *—Señor, dicen en los costados del Illimani que el desamor es como el café,... por mucho azúcar que se le ponga, siempre en el fondo queda sabor amargo.* Me quedé callado pensando en qué cantidad de amor es necesaria para olvidar un amor, para perdonarse a uno mismo, o para convertir en respuestas esas preguntas que por miedo no me atrevería nunca a contestarme y qué cantidad de tazas de ese magnífico negro brebaje de Brígida necesitaría para no amargarme definitivamente. Lucía juega con el aire.

La cuna, casi en sombra. El niño duerme.

Dos hadas laboriosas lo acompañan,

hilando de los sueños los sutiles

copos en rucas de marfil y plata.

Los Sueños – (Antonio Machado).

El oxígeno puro es insano, y en ocasiones, tóxico. La culpa de casi todo lo que sufro la tiene el aire. El aire vulnerable y taciturno. El aire esculpido por lloriqueos malinterpretados. El luminoso aire con masa en su transparencia y volumen en su invisibilidad. El aire teñido de blancas

alas de cristal. Isaac Newton y su resistente resistencia del aire. Galileo y sus objetos caídos que golpearían el suelo a la par si no existiera esa resistencia del aire. ¿Por qué ninguno de los dos intentó explicarnos que el aire es una de las materias más indigestas que existen?. El oxígeno blanco puro es insano, y en ocasiones, tóxico. Lo siento cuando tu pequeña respiración se hace parte de la mía. Cuando compartimos el mismo metro cuadrado en la estancia. Cuando respiro el aire que respiras. Lucía, eres tan necesaria como insana. Pero te amo. Te amo porque eres la única parte resistente de mí. Y no sé si tengo la necesidad de equivocarme contigo o prefiero atinar conmigo misma. No está tan claro eso del tener necesidad de oxígeno y resistencia para vivir. No sé si es necesario vivir a tu aire o acometer el mal de tu altura, ese que me retuerce el pulmón haciéndome estúpida de remate. La altura de tu aire y el vértigo de dios sobre las nubes. Un antojadizo dios decretó que Abraham habría de matar a su propio hijo (en el Génesis 22:1-12) para ponerlo a prueba. Un dios que todo lo puede y todo sabe, ¿por qué demonios se le ocurriría esta cruel y absurda prueba??. La historia tiene un final no todo lo truculento que se pudiera esperar. Cuando tras engañar la limpia inocencia de su hijo Abraham se dispone a quitarle la vida con un fatal golpe de cuchillo, un ángel alado le anuncia que ha conseguido superar la prueba y que puede sacrificar un carnero. ¡Que atrocidad!. La ventana abierta y un abecedario de vientos sin voz que me empujan a escribir contra Lucía la palabra fin ante un MMM que ya es nada y ante la ausencia de Brígida. Entonces llueve. Lluve con ganas. Lluve como si llorara a mares un cíclope gigante. Tan grande que cada una de sus lágrimas colmaría diez pantanos del norte. Un cíclope con un ojo bobo que guiña asustado con los truenos. Porque también hay muchos truenos y relámpagos. Y como Brígida está descuidada planchando me llevo a MMM hasta el centro del jardín y lo dejo empaparse hasta ver si con suerte le cae un maldito rayo y le parte la contemplación en mil retratos de plata fina contra su cara de hijo de puta. Pero ni los rayos le quieren. Puede ser que no se apiaden lo bastante de su mala vida. Los rayos tienen también su corazoncito. A los rayos les cuesta mucho salir del estado plasmático. Lucía en el porche no para de berrear asustada y temiéndose lo peor. Brígida, que es un poco sorda, tiene la novela “El cese de los Hernandez” a tope de volumen para poder seguir su sonido desde dos habitaciones más allá. La cabecera, muy conseguida, -en época-, tiene unos dramáticos ecos de versos de Miguel Hernández tintados de guerra civil y cantados por un hombre batallado:

Un carnívoro cuchillo
de ala dulce y homicida
sostiene un vuelo y un brillo
alrededor de mi vida.



...
Umbrío por la pena, casi bruno,
porque la pena tizna cuando estalla,
donde yo no me hallo no se halla
hombre más apenado que ninguno.

Una grave promesa de lluvia en forma de nube borra la luz. “Bajo un diluvio de hombres extinguidos”, MMM, que ha recobrado la capacidad de rezar, se riega y se cala de pulmonías ahora que, por fin, se le han bajado los humos. Márbara observa estatuada en una pose indolente esa acobardada figura hecha un cuatro. Se lo merece. Cuando Brígida aparece en escena ya es demasiado tarde. Sus inmunodeprimidos bronquios se han dado un atracón de aire frío y húmedo. El aire. Siempre el aire. El aire blanco de la montaña nevada. El aire que no respira Lucía, el aire del que se la cuida. El aire que baña la vida de unos y que encharca la muerte de otros. El aire de la falda quieta de Márbara y el desasosegado aire de la pollera de Brígida que intenta reanimar a un desabrigado MMM cerca de la idílica piscina recién depurada que se llena de ondas azulonas. Y el ozono dando aromas a un baile con sus tres átomos de oxígeno en el luminoso crepúsculo *índigo*. Tantos y tantos sueños girando en la rueda de marfil. No han pasado los años en un segundo por su mente. Ni ese tiempo ha tenido. No era un muerto cuyo rostro reflejara serenidad. Mientras MMM se ausentaba bajo el agua Márbara pensó si no sería mejor encerrarlo en el garaje con el coche en marcha y dejar que el monóxido de carbono hiciera su trabajo, pero no le gustó la idea del aliento corrompido de una chatarra Seat para terminar con él. Su confundida mente se decantó por la celebración de un parsimonioso hundimiento. Dios dé paz a MMM, rezó para sus adentros una Brígida compasiva que sin querer pensaba en otra paz, la Paz que resiste con sus recuerdos entre Potosí y Cuzco a 3650 metros de altura. Muy cerca de Dios. Donde lo irrespirable. En el Cementerio General. Con sus bonitos mausoleos y sarcófagos engalanando las calaveras de los “ajayus”. Allá esa paz donde no existe la muerte como final de la vida, sino como un tránsito obligado para volver a la naturaleza. Una elevada paz andina que emigra a Madrid era menor que una guerra entre dos nadas. Lucía se ha dormido y nadie hará nada por despertarla hasta la siguiente toma de biberón. *Malena dice que su sobrina duerme* en slow motion sobre una gran panorámica de nocturnas golondrinas, -como un diminuto Supermán dando vueltas a la tierra para ir hacia atrás en el tiempo, en busca de los secretos del arco iris que perdió Márbara-. Márbara había escrito por la mañana en un papel ya gastado por una cara: “Mi padre se las arregló para quedarse a vivir hundido en la mierda con la cabeza bien alta en el empeño de hacer genial

lo intrascendente”. Un familiar olor a pañales sucios, arrebujados en bolsa de plástico, sentido como un enema de castigo contra el estreñimiento de alma inundó el ya irrespirable universo MMM.

Todo espectador corriente ante cualquier propuesta visual quiere ver sus miedos, interpretarlos y reconocerlos como verosímiles. A un espectador común no le vale cualquier miedo, procura ver el suyo proyectado en un espejo. La valiente Malena, en su soportable infelicidad, era una privilegiada espectadora de sí misma, entrevelada día y noche, reparando en lo invisible y descubriendo sus rasgos en lo sugerido por su iconografía cotidiana. Los psicólogos que trataron sus doloridos conflictos personales, surgidos a consecuencia de la muerte de MMM le diagnosticaron una leve disfunción emparentada con la parálisis del sueño. Sufría pequeñas alucinaciones disueltas en episodios conscientes que le interrumpían su ritmo vital y la atrapaban en su interior con una irresistible fuerza en la que o se dormía o dilataba su vuelta a la vigilia. Mezclaba Malena inconsciente o conscientemente realidad y pesadillas, habitualmente alrededor de su infancia, y se sumía melancólicamente en una agobiante ansiedad estática. Una menuda forma de angustia donde, además de sentirse vigilada y amenazada por las sombras, perdía toda su voluntad de supervivencia. Malena, en esos desquiciados accesos, se dejaba llevar con la misma resignación del que transportan a un cementerio donde nadie visitará nunca sus restos. Se aislaba dentro de sí, se encapsulaba cada vez con mayor frecuencia y hermetismo hasta convertir su desasosiego en un trozo de carne viva que podría infectarse al menor soplo sobre su nube. Una lenta nube de su invención que derramaba copiosas gotas en su más próximo alrededor creando unos charcos de gérmenes bacterianos que no podría atravesar sin contaminarse y perderse en su propio laberinto de viciadas imágenes. En ese descontrol se gustaba a sí misma y se quería con las preciosas dosis de ternura que era capaz de regalarse sin sentirse derrochadora. El prólogo que su pareja le escribió para su última exposición confirmaba estas apreciaciones que nunca confesó a nadie para no interferir en su refinado trabajo de espectadora activa. Convertir en información desde la macrofotografía los deformes comportamientos cóncavos y convexos que tienen las gotas de agua al reflejar su mundo es una tarea que exige meticulosidad, empeño y una capacidad de ensañación que se nos escapa al común de los mortales. Lo más difícil de sus composiciones es maniobrar la solución técnica que permite ocultar o disimular el objetivo y al fotógrafo camuflándolos en el paisaje. Malena es tristemente genial en sus encuadres desiertos de maldad. Malena lleva muchos años sin retratar a Márbara. Sombras de luna en sombras de agua hasta que por sus ojos respire la miel del alba. Que podría decir yo que soy

su tío postizo: Adoro a Malena sumando frases y el pozo sin brocal y sin fondo de la palabra retrato. Cuando la visito siempre llevo unas latitas de sardinas. Los Peperetes para su gato virtual sin nombre. (Esta conservera de Carril (Pontevedra) tiene las mejores sardinillas del mundo nadando en aceite de oliva de Rianxo). Al festín de la terraza siempre acuden otros gatos de la vecindad que nos lo agradecen con un concierto de maullidos que Rossini firmaría con satisfacción.

El día era como una lejana montaña que al aproximarse se volviera un amenazador volcán que no confiara en el fuego y bromeara vomitando nieblas sulfurosas. El abogado, que estaba sentado muy recto, tenía las ojeras negras de un panda resacoso. Era igual de blancuzco y regordete. Esa apariencia bonachona ocultaba un despiadado killer de cine negro con prosopopeya de burócrata payaso enharinado.

...por esta resolución la progenitora queda suspendida de la patria potestad por incumplimiento de los deberes derivados de la misma por sentencia judicialtras la tramitación del correspondiente juicio ordinario... al quedar probada la puesta en peligro de la formación de...

Antonio hacía caso omiso del relato, enfrascado en la lectura del periódico, resignado, dejando mansamente que las lágrimas corrieran por sus mejillas como si todas sus nostalgias se hubieran licuado y tuvieran la imperiosa necesidad de desaguar por un hondo sumidero de piel apretado al cuello de su blanca camisa explorando horizontes alejados de este lúgubre momento.

Estimado señor:

Por la presente me comunico con usted para hacer partícipes a los lectores, a través del diario que usted dirige, de una situación que considero a todas luces injusta. Le escribo desde la enfermería de este Centro de Internamiento donde se me ha recludo a petición de mi marido contra mi voluntad y que confío hará llegar hasta sus manos la única persona que no me ha tratado como a un sarnoso animal: una empleada de la limpieza. Me gustaría transmitir a su público el pavor del calvario y las vejaciones de la detención en mi domicilio del que me sacaron con desmedida violencia, del transporte en un lamentable estado de sedación en una sucia furgoneta hasta una mazmorra donde me mantuvieron tres desquiciantes días incomunicada, semidesnuda y con una sospechosa dieta blanda que no probé por precaución y asco. En ese macabro contexto

se me insultó, se me tachó de asesina y como oponía porfiada resistencia a sus intentos de medicación me golpearon repetidas veces con toallas mojadas. La peor de las palizas ocurrió cuando intenté llamar a la policía con un móvil que robé a un descuidado celador. Me partieron las gafas, sin las cuales soy incapaz incluso de verme los hematomas que, repartidos por todo mi cuerpo, he llegado a contar al tacto, serán unos treinta y tantos. En la sucia enfermería, donde me dieron varios puntos en una ceja, conseguí un bote de Valium que al llegar de nuevo a la celda ingerí completo para ver si me sacaban a un hospital civilizado, pero un médico internista -sin experiencia- del centro me practicó un doloroso lavado de estómago del cual se derivó una iatrogenia que me mantiene postrada, alimentándome de sueros a día de hoy. (Ya han pasado tres meses desde este suceso). En este psiquiátrico donde me considero secuestrada y conmigo todos mis derechos, no se me ha diagnosticado (que yo sepa) ningún tipo de enfermedad mental y sin embargo luchan constantemente por someterme a un tratamiento al que me niego. Pinchan en mi suero, porque no han conseguido inyectarme, Oloperidol y Sinogan, fármacos que anulan mi voluntad y que me hacen viajar mentalmente por mundos extraños y fantasmagóricos improbables de describir por su infame malignidad. Me han cortado el pelo al doble cero. Dos compañeras de habitación estuvieron a punto de estrangularme el domingo durante la misa con beata devoción. No puedo conciliar el sueño atrapada entre los aullidos de los disminuidos psíquicos que vagan día y noche por los pasillos como fantasmas heridos. Un ATS gorilero, cuando estoy drogada, me viola sistemáticamente. Lo hace con unos condones secos que me dejan ardiendo la vagina durante varias horas. No me dejan circular por el recinto y me mantienen atada a la pared con unas gruesas cintas de cuero la jornada laboral de 9 horas de los celadores.

Este tipo de inhumanas torturas y humillaciones espero puedan ser denunciadas jurídicamente en su momento y espero hallar satisfacción por parte de los jueces. No pretendo ejercer acciones legales que puedan perjudicar a mi familia y solo le pido a la Justicia y a Dios que me dejen estar con mi hija. ¡Por favor ayúdenme!. Gracias por su atención

Márbara Monterde Sánchez

Hacer televisión cenagosa es un relevante proyecto para el que hay que prepararse concienzudamente. No cualquiera vale para realizarlo. Es básico partir de un tipo que tenga bien desarrollado el gen de la perversidad, que, como todo el mundo sabe, esconde en algunos prototipos humanoides una bomba de tiempo a la espera de ser activada. Valen para ello por igual un ejecutivo

que haya fallado en muchas empresas, un sinvergüenza reconocido, un probado estafador, un cretino de gran proyección o un funambulista político. El gen masculino o femenino de la maliciosa estupidez catódica define una tendencia exhibicionista en su portador, que obtiene placer y beneficios infligiendo cargas de estulticia en forma de sexo, escándalos y violencia a sus congéneres, haciéndoles partícipes y convalcientes de lo que habríamos de llamar –realidad sucia-. La manipulación y el engaño son el colorante perfecto para falsificar el transgénico que corresponde a la realidad como espectáculo y hacer de él un show con una buena audiencia cuyo ADN, ya modificado por años de estulticia, está ávido de entretenimientos menores y a ser posible zafios. El nuevo dispensario de suministros intelectuales familiares tiene la forma cuadrada.

Pepa y MMM volvieron a la nada. A él, aunque se bañara en luz de estrellas, ninguna mujer le perdonó nunca y ella nunca perdonó a la vida aunque esta la hubiera tratado como el pulso a un púlsar. Recluida Márbara, flota muerta, encapsulada y medicada en un yottabyte indescifrable. La siempre innovadora Malena que ha dado sepultura a su gato virtual, ya se gusta a sí misma y retrata desnuda su vulnerabilidad en Ultra Hi-Vision -- 8k UHD. Antonio se ha biodegradado tensioactivamente en su imbatible negocio de los reciclados plásticos, o al menos eso nos intenta hacer creer desde su extrema delgadez. Lucía, que ya camina sin tacataca, solo sabe decir “papá”. Brígida vigila, sin contraer matrimonio, el duermevela de un célebre telepredicador que la dobla en edad y en enamoramiento y sus hijos estudian internos en un pijo colegio privado de Valladolid.

A la hora de la siesta, un día lluvioso y gris como suelen ser los de la estación de la soledad, Carlos, movido por un somnoliento instinto, se detuvo a pasear su aburrida y fatigada vista entre los muchos papeles, dvds, facturas y cintas que le dejara MMM. Una raída libretilla contenía en la portada, escrito a bolígrafo este link:

<http://entrepocos.blogspot.com.es>

Lo miró como quien mira al infinito de una blanca pared vacía. ¿Pensaría otra vez más de lo demasiado?. Nunca se interesó en surfearlo. Carlos, concienzudo buque de carga con bandera y gonadas de conveniencia, soltero, rico de familia y sin suficientes motivos para el suicidio, no disimulaba su enfermiza aversión a Internet, a los antitaurinos y a las antenas en los tejados.

Ni mas ni menos

Yo nunca tuve mucho de nada
Excepto vergüenza
Nunca tuve un exceso de amigos ni enemigos
Tampoco me faltaron detractores ni admiradores
Ni anécdotas notables ni pasiones desmedidas
Ni sueños incompletos ni bárbaras vigili-
as
Ni luminosas suertes ni desgracias oscuras
La vida no me regaló grandes éxitos ni sonados fracasos
Ni en los grandes proyectos ni en las pequeñas ambiciones
No gané grandes sumas ni sufrí carestías
Y así llegue hasta hoy día, dándole tiempo al tiempo
Sin grandes sobresaltos y sin firmar las paces con el futuro
Me pregunto si nunca tuve mucho de nada
Por la vergüenza propia o si fue por la ajena
Y no es culpa de nadie que la vida se empeñe
En hacer flotar corchos donde se hundan los barcos
Y nada sea que nada se ahogue en esta marea
Desvergonzadamente al grito de costumbre :
-¡ Que se salve quien pueda!-

Otros han estado con los que se rebelan contra la luz; no quieren conocer sus caminos, ni morar en sus sendas.

De día tropiezan con las tinieblas, y a mediodía andan a tientas como de noche.

La luz del día es para ellos densa oscuridad; prefieren los horrores de la noche.

Para ellos el alba es la sombra: el clarear del día les aterra.

Job 24

FIN

